

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA DE VERANO

UNOS ASPECTOS DEL REGIONALISMO DE DON JOSE MARIA DE PEREDA

TESIS

Que presenta, para recibir el grado  
de "Maestro en Artes en Español" de  
la Escuela de Verano de la Universidad  
Nacional Autónoma de México, el Señor:

JIM P. ARTMAN



• • • • •

MEXICO, D. F.

Agosto de 1949



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS

XN49

A7

Con todo cariño para mi  
querida esposa;  
Martha Artman  
y para mi querido hijo  
Joe David.

A mi estimado consejero;

Dr. Julio Jiménez Rueda

con inmensa y profunda gratitud  
por sus consejos e inestimable  
ayuda en la realización de este  
sencillo ensayo.

A mis Maestros

De La Facultad De Filosofía  
y Letras y de la Escuela de  
Verano.

. CC187



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS

## INDICE

	<u>Página</u>
ADVERTENCIA . . . . .	i
La Vida y La Obra de José María de Pereda . . . . .	v
<u>Capítulo</u>	
I. <u>EL SABOR DE LA TIERRUCA</u> . . . . .	1
La Tierruca de Pereda . . . . .	1
Los Habitantes de la Montaña . . . . .	15
Las Costumbres de la Provincia . . . . .	32
II. <u>PEÑAS ARRIBA</u> . . . . .	42
Los Paisajes de <u>Peñas Arriba</u> . . . . .	44
Los Habitantes de <u>Peñas Arriba</u> . . . . .	54
Las Costumbres de la Montaña . . . . .	70
III. <u>SOTILEZA</u> . . . . .	80
Los Marineros de Pereda . . . . .	82
El Mar Cantábrico en <u>Sotileza</u> . . . . .	93
Las Costumbres del Santander Marino . . . . .	100
El Lenguaje de <u>Sotileza</u> . . . . .	107
CONCLUSIONES . . . . .	115
BIBLIOGRAFIA . . . . .	122

## ADVERTENCIA

Al presentar esta tesis, conviene explicar que, a mi modo de ver, sería imposible pretender condensar tan vasta materia en unas cuantas páginas, y por esto, en este sencillo trabajo, voy a limitar el campo de mi estudio a tres de las novelas más representativas de Don José María de Pereda, en las cuales deseo analizar los aspectos más importantes y más interesantes que han hecho que Pereda sea considerado como uno de los mejores autores regionalistas de la literatura española. Hay muchísimos aspectos del regionalismo de Pereda, pero mi propósito, por lo pronto, se reduce a tratar los de mayor importancia. Conviene explicar que en este sencillo estudio no me propongo prestar mucha atención a la trama de las varias obras, al alcance del lector en varias ediciones, sino examinar a los personajes de la región, las descripciones del paisaje, el lenguaje provinciano y las costumbres de la provincia de Santander, la región natal de nuestro autor. Debo advertir al lector que me interesa mucho el asunto de esta tesis aunque vi la necesidad de limitarla al estudio de los elementos sobresalientes en vez de ahondar en los aspectos de las obras de Pereda que ofrecen problemas complicados. Puesto que son tan numerosos los estudios que han sido hechos sobre estos mismos aspectos, en los puntos dudosos y contravertidos siempre me he inclinado a las conclusiones de los más doctos entre los eruditos que han dedicado la vida a la literatura española. Este estudio no pretende ser una crítica

de la producción literaria de Pereda sino una sencilla discusión de los pormenores más importantes del regionalismo de este famoso escritor montañés.

En este trabajo, pues, mi deseo es presentar mis propias observaciones e ideas en cuanto a los tipos, los paisajes naturales, las costumbres y el lenguaje de la región montañesa y de los marineros de la costa del mar Cantábrico, y al mismo tiempo hacer un breve examen de la vida en general de la querida provincia de nuestro autor.

Las tres novelas que he escogido para formar este estudio son El Sabor de la Tierrauca, Peñas Arriba y Sotileza. Para mí son las más representativas de la producción de Pereda y nos ofrecen el mayor número de aspectos de la vida local que en esta tesis nos interesa. En dos de estas novelas el autor nos ha presentado la vida de la Montaña, particularmente en Peñas Arriba, en que Pereda nos conduce a la parte más alta de su provincia y nos permite conocer los aspectos más íntimos de la vida local. En Sotileza hemos de conocer a los mismos caracteres humanos pero se nota un gran cambio en el escenario, porque en vez de las tremendas cordilleras nos encontramos metidos en otro ambiente muy distinto, el de la costa del mar Cantábrico. Sin embargo, por medio de un sencillo análisis de las dos existencias, la de la Montaña y la de la costa marítima, espero que tenga el lector una idea más exacta de esta raza que habita esta región de España y que para el autor representa lo mejor de su país.

En esta advertencia he tratado de exponer claramente el propósito de este ensayo, haciendo las explicaciones necesarias para el mejor entendimiento de lo que contienen estas páginas. Esta tesis, dentro de su brevedad, encierra el resultado de mi propio estudio sobre el famoso novelista santanderino y una discusión elemental de los elementos sobresalientes que he observado en las novelas que comprende el trabajo. Los varios capítulos que forman esta tesis van a arribar a unas conclusiones personales que formarán más o menos un resumen de mis propias opiniones sobre el gran valor de Pereda como escritor regionalista.

Espero que con este ensayo haya cumplido, en fin, con todo lo que me propuse. Ruego que el lector me perdone los errores que inevitablemente encontrará en mi estudio, pero que se dé cuenta al mismo tiempo de que esta tesis representa un interés vivo y personal de entender mejor las ideas y los pensamientos que contienen las obras de Pereda, por las cuales, hago presente al lector, por medio de este estudio, mi gran admiración. Ojalá que mis esfuerzos despiertan interés al lector cuya opinión sinceramente respeto.

A mi parecer, la biografía y una idea de la producción literaria en general de Pereda son cosas indispensables para entender bien los aspectos que examinaremos en este trabajo. Para que el lector se dé cuenta de la gran influencia que el ambiente provinciano ha tenido sobre las obras de Pereda, he

dedicado esta primera parte de la tesis, que puede considerarse un prólogo, a un brevísimo resumen de la vida y de la obra que ha traído al autor tanta fama literaria. El deseo de entender mejor a Pereda nos obliga a fijarnos en ciertas épocas de su vida cuya influencia se refleja tan claramente en sus obras. Porque, a mi modo de ver, pocos son los autores que han escrito obras en que el ambiente y el pensamiento regional se reflejan tanto. Espero que con esta sencilla tesis yo haya logrado hacer que el lector entienda mejor la importancia de las obras de Pereda y la gran significancia de estas palabras de José Montero, quien, en la dedicatoria de su libro titulado Pereda, dice: "En mi memoria vive, grabada en fuego, la castiza figura de este ilustre varón, montañés por nacimiento, insigne por sus letras y cristiano por sus costumbres, que se llamó en el mundo y se llama en la Inmortalidad José María de Pereda."<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>José Montero. Pereda. Madrid; Imp. del Instituto Nacional de Sordomudos y de Ciegos, 1919. p. 4.

## LA VIDA Y LA OBRA DE DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Don José María de Pereda, el ilustre intérprete del realismo nacional y regional en España, nació en Polanco, provincia de Santander, el día 6 de febrero de 1833. Allí nació, en la opinión de muchos críticos literarios, el hombre que más tarde llegó a ser el maestro moderno del regionalismo en la literatura castellana. Pasó su juventud en una atmósfera de tranquilidad que dejó su huella sobre su carácter, como hemos de ver durante el análisis de sus obras.

En muchos de sus primeros artículos encontramos elementos autobiográficos que nos permiten conocer mejor este período formativo del novelista. Por ejemplo, Cossío nos cita una frase de Pereda en que éste nos demuestra con toda claridad su gran amor a su provincia natal, cuando habla de aquel Santander y nos dice que "...a ojos cerrados se atrevería a trazarle con todo su perímetro, y sus calles, y el color de sus piedras, y el número, y los nombres y hasta las caras de sus habitantes".<sup>1</sup> En estas sentidas palabras de Pereda tenemos un indicio de la gran importancia que la provincia de Santander tuvo en la vida del famoso escritor montañés.

El año 1858 tiene mucha importancia en la vida del joven escritor porque en aquel año se publicó su primer artículo que

-----

<sup>1</sup>José María de Cossío. Estudio Preliminar de las Obras Completas de José María de Pereda. Cuarta Edición. Madrid: M. Aguilar, 1945. p. 15.

se titulaba "La Gramática del Amor", artículo que apareció en "La Abeja Montañesa", una revista local en que había de aparecer la mayor parte de sus primeras muestras literarias. Desde la publicación de estos primeros artículos Pereda se puso a escribir y colaborar en varios órganos periodísticos de la región.

El primero de sus triunfos literarios tuvo lugar en el año 1864, con la publicación de sus ya famosas "Escenas Montañesas", y este año es el más decisivo, a mi parecer, porque con la publicación de sus "Escenas" Pereda empezó a aceptar su destino literario y poco después firmó por primera vez uno de sus escritos.

No podemos menos que hacer mención del aspecto político de la vida de Pereda, porque su propia experiencia en las actividades del gobierno fué la causa del gran odio hacia la política que se exhibe en varias de sus obras. Basta decir que fué designado candidato para diputado a Cortes y el viaje electoral que hizo le sirvió para escribir sus Hombres de Pro. La gran importancia de este viaje electoral y el recorrido por las regiones más remotas de su provincia se puede ver en dos de sus obras, Don Gonzalo y Peñas Arriba, como dice Cossío: "...puesto en contacto con lo más arcaico y característico de la Montaña..."<sup>1</sup> Pereda recibió "...en su espíritu la simiente que había de fructificar en el Don Gonzalo y culminar gloriosamente en Peñas Arriba".<sup>2</sup> Será imposible discutir sino brevemente la importancia de este aspecto político en su formación literaria, pero merecen un

---

<sup>1</sup>José María de Cossío, Ob. cit., p. 22.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 22.

recuerdo estas palabras del Sr. José R. Lomba, quien habla de este período de la vida del autor y nos dice: "Allí comenzó a mostrarse Pereda carlista decidido, que lo era por la tradición de familia y por convicción personal, de orden religioso principalmente y un poco de orden estético, en odio a las alharacas de multitudes seducidas y de pedantes ambiciosos y huecos. Este es lo que revelan muy bien sus obras, como Don Gonzalo González de la Gonzalera y Pedro Sánchez".<sup>1</sup> Sin embargo, dejaremos a un lado el elemento político porque todo ello queda fuera del estudio que me he propuesto hacer.

La amistad entre Pereda y Benito Pérez Galdós merece un recuerdo por ser tan profunda y por la influencia de ella que se puede notar en varias obras del autor. En el año 1871, Galdós visitó a Pereda en la Montaña y en estas sentidas palabras nos ha dejado una magnífica descripción de la gran admiración que sintió por el talento literario de Pereda. En esta forma el famoso novelista canario rinde homenaje a Pereda, en su prólogo a El Sabor de la Tierrauca: "Y es que hablando de Pereda y subiéndole hasta donde alcanzan mis fuerzas de sectario apolo-gista, siempre me parece que no lo enaltezco bastante y quisiera volver a emprender de nuevo la tarea hasta ponerle más alto, más alto y donde debe estar."<sup>2</sup> Aunque Galdós y Pereda representan, en muchos aspectos, dos polos muy opuestos, estas palabras del íntimo amigo de Pereda tienen para mí una gran significancia.

-----

<sup>1</sup>José R. Lomba. "D. José María de Pereda." Cultura Española, III, 1906. p. 716.

<sup>2</sup>Benito Pérez Galdós. Prólogo a El Sabor de la Tierrauca. Madrid: abril de 1882. p. 3.

Pereda, desilusionado durante esta época por la recepción de alguno de sus escritos, oyó bien los consejos de otro famoso montañés, Marcelino Menéndez y Pelayo, y la influencia de los consejos del "niño prodigio" confesó Pereda mismo en una entrevista publicada en "El Nervión" (Bilbao, 1-VII-1892) en que dice:

"puede decirse que Menéndez y Pelayo es quien más ha influido para que siguiera escribiendo. Allá por los años de 1872 recopilé las 'Escenas Montañesas', y después pasé cinco años sin acordarme para nada de libros ni de novelas. En 1876 Menéndez y Pelayo me incitó tanto y tanto me dijo, que empecé a escribir de nuevo, y desde entonces no pasa año sin que escriba algo."<sup>1</sup>

Así sabemos que Pereda pasó por un período muy difícil durante el cual dejó de escribir y estas palabras que acabamos de citar nos hacen ver la importancia de su amistad con el famoso crítico español. En este breve estudio he deseado hacer mención de estas dos amistades porque además de ser de gran importancia, son, para mí, de sumo interés.

Aprovecho la opinión de Menéndez y Pelayo al mencionar brevemente las "Escenas Montañesas" porque en esta serie de cuadros de costumbres se puede notar los mismos elementos que se exhiben en sus novelas. Dice el famoso crítico: "Si yo dijera que para mí son las dos series de las 'Escenas Montañesas' lo más selecto de la obra de Pereda, no diría más que lo que siento;...".<sup>2</sup> Porque en estas "Escenas" aparecen los ya famosos

<sup>1</sup>José María de Cossío, Ob. cit., p. 23.

<sup>2</sup>D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Estudios de Crítica Literaria. (Quinta Serie) Madrid: 1927. p. 393.

tipos como El Tuerto y Tremontorio que han hecho que la fama de Pereda como creador y pintor de personajes se extienda por todo el mundo literario y que estos personajes creados por él expresen bien su propia filosofía, mostrándonos claramente su gran habilidad como pintor de tipos y como fiel observador de la raza humana. En las magníficas páginas de "La Leva" podemos notar muchos de los mismos elementos que hemos de observar al analizar Sotileza, la novela en que Pereda canta la miseria y las virtudes de la gente de la costa cantábrica.

En el año 1876 aparecen sus "Bocetos al Temple" y bajo este título se publicaron tres obras, "La Mujer del César", "Oros Son Triunfos", y "Los Hombres de Pro", la sátira político-humorística que Menéndez y Pelayo considera como "el glorioso trofeo de la única campaña electoral y de la única aventura política de Pereda".<sup>1</sup>

Al año 1877 corresponde la publicación de los "Tipos Trasmuntantes" en que se encuentran fotografiadas muchas de las personas que solían venir a veranear en la costa de Santander.

Con la publicación de El Buey Suelto se abre la segunda época de la producción literaria de Pereda, la de las novelas largas y las de tesis. En el año siguiente se publicó Don Gonzalo González de la Gonzalora, novela en que se exhibe todo el odio hacia la política que nuestro autor sintió.

En 1879 se dió a la luz una novela en que podemos ver con toda claridad la religiosidad tan honda de Pereda. Me refiero a

-----

<sup>1</sup>Menéndez y Pelayo, Ob. cit., pp. 395-396.

De Tal Palo, Tal Astilla, en que Pereda contesta a su amigo Galdós, en son de protesta contra las ideas religiosas expuestas por éste en su novela Gloria.

Tres de sus novelas principales merecen capítulos aparte en este estudio, pero debemos mencionar aunque brevemente las demás obras que forman el conjunto de la producción de Pereda. En Pedro Sánchez, publicada en 1883, encontramos muchos elementos autobiográficos que son de gran interés.

En 1888 se publicó La Montálvez en que el autor nos describe de nuevo los vicios de la ciudad y dirige un ataque contra la sociedad madrileña y todos los problemas sociales de aquella época en que escribía.

El año siguiente se publicó La Puchera, una colección de relatos de costumbres en que Pereda nos hace ver por medio de su estilo narrativo la vida costeña con sus costumbres y habla tan pintorescos. Al año de 1890 corresponde la aparición de la novela Nubes de Estío, en que Pereda nos presenta "la novela del Santander mercantil y aristocrático, como en Sotileza había dado la del Santander popular y marinero".<sup>1</sup> Pereda ha hecho en esta obra una caricatura de los veraneantes que visitaban a Santander cada verano, y como dice Ragucci, "cada capítulo es un cuadro de precio indiscutible".<sup>2</sup>

Inmediatamente después vino la publicación de Al Primer Vuelo, una historia romántica de dos jóvenes en que Pereda nos

---

<sup>1</sup>José María de Cossío, Ob. cit., p. 28.

<sup>2</sup>Rodolfo Ragucci, Letras Castellanas. Sociedad Editora Int. Buenos Aires, Quinta Edición, 1944. p. 552.

habla de nuevo de los vicios de la ciudad y nos habla de las virtudes y ciertos aspectos desagradables de la vida provinciana también.

En 1896, un año después de la publicación de Peñas Arriba, fué publicada la obra Pachín González, en la que se nos describe la tragedia que tuvo lugar en Santander el año antes de que Pereda terminó su Peñas Arriba, cuando el buque "Cabo Machichaco" fué completamente destruído por la explosión de una carga de dinamita que causó la muerte de muchos de los habitantes de la ciudad. Con esta crónica Pereda concluye su producción literaria por medio de la cual ha logrado descubrir al mundo la vida marítima de las costas de su provincia y la de su querida Montaña.

Para Pereda el año 1897 tuvo una significancia muy importante porque en aquel año fué elegido a la Real Academia Española. Dijo su discurso de recepción sobre la novela regional al cual, en una ceremonia muy solemne, contestó su amigo Pérez Galdós. Así recibió Pereda la medalla de académico en una ceremonia en que "ingresaba entre los oficialmente inmortales; reconocimiento tardío de su auténtica inmortalidad literaria".<sup>1</sup>

Durante un viaje que hizo Pereda a Andalucía en 1904 sufrió una serie de ataques reumáticos que le causaron su invalidez completa, y poco más tarde dejó de existir el famoso pintor de la mar cantábrica, quien había "incorporado el rincón de la tierra que le vió nacer a la geografía poética del mundo".<sup>2</sup>

<sup>1</sup>José María de Cossío, Ob. cit., p. 30.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 31.

Para conocer bien a Pereda es preciso examinar sus obras porque de ellas se puede sacar los datos más importantes que nos permiten entender las ideas y los principios que siempre le guiaban en su carrera literaria. Hasta cierto punto, los datos biográficos son muy útiles para entender a un autor, pero solamente por medio del estudio de sus obras es posible conocerle bien. En el caso del famoso montañés su obra literaria "tiene el valor de una confesión íntima".<sup>1</sup> Esta confesión nos permite estudiar detalladamente su concepción de la vida, y los personajes que aparecen en sus obras expresan, con gran frecuencia, las ideas y la filosofía del autor mismo. Al finalizar este brevísimo estudio preliminar de las obras completas de Pereda, y un sencillo resumen de su vida, es preciso detenerme un instante para recordarle al lector que esta primera parte de la tesis no pretende ser una crítica de la producción literaria de Pereda sino un breve resumen cronológico de su vida y de su obra. No tiene otro fin que el de hacer que el lector entienda mejor el gran valor de este famoso escritor montañés y que tenga una idea más exacta de lo mucho que Pereda ha contribuido a la literatura castellana.

Existe, hoy día en Santander, un hermoso monumento dedicado al ilustre santanderino en el año 1911, como una forma de homenaje rendido al gran talento literario quien descubrió al mundo por medio de sus obras e hizo famosa la vida de su querida Montaña y la de las costas del mar Cantábrico. Este monumento re-

---

<sup>1</sup>José María de Cossío, Ob. cit., p. 31.

presenta una expresión de la gran admiración de la gente de su provincia por el maestro moderno de la novela regional, pero los personajes y los magníficos cuadros que él dió al mundo son los monumentos que siempre existirán para recordarnos que las obras de Pereda, aunque regionales por lo general, contienen, a la vez, una universalidad que nadie puede negar, y cuya importancia se mantiene viva hoy día más que nunca. Con esta expresión de mi propia opinión, termino este breve resumen de los datos biográficos de José María de Pereda y de la producción literaria que le ha traído tanta fama. Espero que este esquema de la vida de nuestro autor ayude al lector a entender mejor el análisis de las obras de Pereda que forman la parte principal de este sencillo ensayo.

## CAPÍTULO I

### EL SABOR DE LA TIERRUCA

#### La Tierruca de Pereda

Tarea difícil es la de pretender exponer al lector en unas cuantas páginas todo el valor que hay en una novela como la que nos toca analizar en este capítulo. Creo preciso hacer esta advertencia porque será imposible, en tan breve espacio, hacer justicia a una obra como lo es El Sabor de la Tierruca, de José María de Pereda; novela en que el autor nos ha revelado en forma tan clara su gran amor por la naturaleza tal como solía observar durante sus excursiones por los senderos de su querida provincia montañesa. Sin embargo, espero que con mis esfuerzos logre ofrecer al lector de este sencillo ensayo una idea, por lo menos, del contenido de la novela de Pereda en que se muestra definitivamente su gran capacidad como descriptor del paisaje regional y de los caracteres provincianos que forman una parte tan inseparable del ambiente que nos pinta con tanto vigor en estos cuadros. Conviene explicar que deseo que este análisis de El Sabor de la Tierruca ayude al lector a entender mejor las ideas y las descripciones de Pereda en las dos otras novelas que van a formar parte de esta tesis, porque esta primera obra que hemos de analizar es una serie de magníficos cuadros de la naturaleza en que el autor demuestra claramente el gran amor al terruño que lo vió nacer y es movido por el deseo de presentarnos una idea de los encantos de su querida Montaña.

Pocas son las obras en que el autor logra exponer a sus lectores, en una forma sencilla, su propósito al dedicarse a su tarea literaria. Tal caso es el de José María de Pereda, quien nos explica con toda claridad, en las últimas líneas de la novela, exactamente cual fué su deseo al ofrecer al público las magníficas descripciones de la naturaleza y de la vida de su provincia natal. Pienso que si el lector tiene presentes estas palabras del propio autor, podrá conocer mejor el espíritu que tanto se refleja en las páginas tan admirables que comprende esta obra. Por eso, me permito citarlas antes de emprender el análisis de los elementos sobresalientes de ella, esperando que sirvan para guiar al lector en el estudio que sigue. Dice Pereda:

"¡Qué suerte la mía si con este librejo, ya que no lo haya logrado con tantos otros informados del mismo sentimiento, consiguiera yo, lector extraño y pío, darte siquiera una idea, però exacta, de las gentes, de las costumbres y de las cosas; del país y sus celajes; en fin; del 'sabor de la tierra'!"<sup>1</sup>

Qué más podría decir un novelista para explicar su intención al ofrecer al público el fruto de su talento literario? Le suplico al lector que tenga presente esta advertencia de Pereda, tan fácil de comprender, al iniciar la lectura de este breve estudio de El Sabor de la Tierra, la primera de las obras del autor que comprende esta tesis.

En el capítulo inmediatamente anterior se ha presentado un sumario general de la producción de Pereda en que he querido presentar nada más que un resumen de la contribución del famoso montañés a la literatura castellana, para dar al lector una idea

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Obras Completas. El Sabor de la Tierra. Cuarta Edición. Madrid: M. Aguilar, 1945. p. 1276.

muy concisa de su producción. Vale la pena explicar nuevamente que no fué mi propósito, en el primer capítulo, el de pretender hacer una crítica de la obra completa de Pereda porque la brevedad de esta tesis impide tal empresa. Vamos ahora a considerar la primera de las novelas peredianas que nos proponemos examinar en este estudio, a fin de ofrecer, a la consideración del lector, ciertas observaciones e impresiones recibidas através del estudio que hemos hecho de esta novela. Estas observaciones tienen el objeto de hacer que el lector conozca mejor esta tierruca de Pereda que hemos de observar en esta obra y más tarde en las dos novelas que se consideran como las más importantes del autor, Peñas Arriba y Sotileza.

Para la tarea que me he impuesto será necesario hacer una división de los elementos que me quedan por examinar, para que cada característica reciba la atención que merece. En este primer estudio comenzaré por examinar las descripciones de la Naturaleza y del paisaje montañosos que tanto abundan por todas las páginas de la novela. Me he permitido citar ciertas selecciones que yo considero buenos ejemplos de la maestría de Pereda como paisajista, talento que reveló por primera vez en sus "Escenas Montañesas". Deseo examinar también el lenguaje de la provincia a través del análisis de los tipos y personajes creados por Pereda, con sus características peculiares a la región que los vió nacer. Quiero examinar también las costumbres que tienen un valor tan importante en la novela regional, y hacer un breve análisis de la trama de dicha novela, cosa que yo considero de

importancia secundaria para nuestro estudio. Expuesto mi propósito, comenzaré por invitar al lector a acompañarme al pueblo de Cumbrales, la aldea que llegaremos a conocer bien por medio de las descripciones que nos ofrece Pereda.

Nuestra entrada a la Montaña toma la forma de una orientación en el primer capítulo en que Pereda nos lleva a la cumbre que se llama "La Cajigona", sitio que ocupa una cajiga o roble y que ha de servirnos de observatorio para contemplar desde allí la región en que nos encontramos. En este primer capítulo son varios los elementos que nos llaman la atención y que debemos mencionar, porque la primera descripción que hace el autor, la de la cajiga, sirve para darnos una idea de las magníficas escenas que han de desarrollarse ante nuestros ojos. Después de hacer las descripciones de la cajiga, en que nos presenta al "...personaje bravo de la selva montañesa, indómito y desaliñado", y tras de hacer un reconocimiento pormenorizado de todas las extremidades del roble, nos señala los prados y maizales que forman una zona muy extensa, una clase de meseta, según nuestro guía, en el centro de la cual "se desparrama un pueblo". Hemos llegado a Cumbrales, aldea montañesa que ha de ser el centro de nuestro estudio, y cuyos habitantes nos serán mejor conocidos por medio de las expertas pinceladas de nuestro escritor-costumbrista.

Desde el campanario de la iglesia, al cual hemos subido a invitación del autor, podemos presenciar el espectáculo del paisaje que se extiende por todos lados, con sus prados, mieses, árboles y vegas, y a lo lejos una serie de montañas que forman

una barrera natural. Al fijarse en esta escena que tiene ante sus ojos, el espectador se da cuenta de la existencia de otro pueblo, menos alto que Cumbrales, que tiene por nombre, Rinconeda, según nos lo dice el autor. Conviene explicar que la relación entre los dos pueblos se va a hacer muy clara al entrar en la trama de la novela, y que por lo tanto no vale la pena considerarlo en esta primera parte del estudio que se refiere al paisaje y a las escenas de la Naturaleza. Abandonemos el campanario y volvamos al sitio donde vimos por primera vez la extensión de tierra que el autor denomina "El Escenario", título de este primer capítulo que tiene por fondo a la propia Montaña.

Sería interminable señalar todos los paisajes que figuran en esta novela; por lo que prefiero ocuparme de ciertas escenas más sobresalientes que nos revelan claramente la habilidad de Pereda como paisajista. Como ya hemos dicho, en esta obra hay muchas escenas de gran mérito, en cuanto a lo descriptivo, porque a Pereda nada se le escapaba. No hay más que fijarse en estas escenas para ver por qué se le considera el maestro moderno de la novela regional, particularmente descriptiva.

En el segundo capítulo debemos detenernos un instante para examinar una escena descrita por uno de los personajes principales, Pablo Mortera, quien explica a don Baldomero el por qué dejó sus estudios en la Universidad. El joven se pone a contemplar la escena que tiene ante sus ojos desde el observatorio de "La Cajigona", y dice que siempre al dedicarse a estudiar le sucede la misma cosa, que los paisajes familiares de su querida Cumbrales

llegan a ocupar tanto sus pensamientos que no puede pensar en otra cosa que la región donde había nacido. En estas palabras tan sencillas nos explica sus sentimientos:

"--¡Si parece mentira lo que se ve desde lejos, mirando hacia la tierruca con los ojos del corazón! Si es en abril y mayo, jurara que veo a mis convecinos arando en la vega, o moliendo los terrones con los cuños del rastro, o cubriendo los surcos después de la siembra; si es en junio, cuando ya verdeguea el maíz sobre el fondo negro de la heredad, veo en largas filas, con el sombrero de paja, la saya de color y en mangás de camisa...Pues que avanza octubre y se coge el maíz; y déme usted las deshojas, y tómate la siega del retoño, y el derrotar las mieses...; ¡como si lo tuviera delante, don Baldomero; lo mismo que si lo tocara con las manos, veo yo todo esto y mucho más en cuanto me alejo de aquí! Lo veo, lo palpo...y lo huelo, porque no me negará usted que, en punto a olores, estos del campo de Cumbrales parece que vienen de la gloria."<sup>1</sup>

Este sentido discurso de Pablo, tan fácil de comprender, contiene, además de una breve descripción de varias costumbres de la región montañesa, un mensaje del autor mismo quien desea explicarnos todo lo que se echa de menos y cómo siente la persona nacida en la Montaña al alejarse de ella. Creo que Pereda también había sentido estas emociones durante los períodos en que salió de la provincia, y que se aprovechó de esta oportunidad de introducir este elemento personal.

Aunque sea en unos cuantos renglones, merece nuestra atención un párrafo muy breve en que Pereda nos habla del mar, haciendo una comparación entre el estado del alma de don Juan de Prezanes y el mar después de la tormenta cuando la fuerza de las

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1164.

olas ya está agotada. Dice Pereda:

"Quien haya visto el mar, después de un temporal deshecho, tenderse en la playa, rumoroso y ondulante, lamiendo manso lo que antes azotó iracundo, y trocados en arrullos sus bramidos, tendrá una idea del estado de Juan de Prezanes horas después de la borrasca que el lector presencié."¹

Me he permitido citar estas frases porque me parece muy interesante el contraste que el escritor ha hecho entre el mar y el estado del alma, contraste en que se muestra de nuevo el gran talento de Pereda como observador de la Naturaleza en todas sus manifestaciones.

Debemos mencionar otra descripción del autor en que nos pinta una noche en la Montaña. Más tarde nos describe el aguacero, pero en esta selección nos presenta la descripción de una noche tranquila que merece un recuerdo por la serenidad que la caracteriza. Contrasta mucho la serenidad de esta escena con la furia de la tormenta que hemos de examinar más adelante:

"María, sentada a un lado, contemplaba la luna, redonda y resplandeciente como un disco de oro bruñido, en el no muy ancho lugar que los nubarrones le dejaban libre en el cielo, y aun allí no imperaba a su antojo sobre las tinieblas de la noche, pues de cuando en cuando sus fulgores eran atenuados por pardos crespones que el viento llavaba por delante en la senda que recorría en el espacio. Estaban envueltas en sombra las montañas, y sólo las del Sur perfilaban sus crestas gallardamente sobre un fondo diáfano y luminoso."²

Yo veo en esta breve descripción otro ejemplo de la capacidad de Pereda en cuanto a los temas descriptivos, y de la brillantez con que logra pintar los escenarios naturales.

¹José María de Pereda, Ob. cit., p. 1187.

²Ibidem, p. 1199.

Pero sigamos con otro capítulo de la novela en que hemos de escuchar de nuevo la voz de nuestro autor, voz que nunca se cansa de alabar los encantos y las virtudes de su provincia. Me refiero al capítulo en que Pablo y Nisco hacen el viaje al cierro durante el cual se descubre aun más todavía el gran amor de Pablo al terruño y a la región que lo vio nacer. Durante la conversación y la inspección que hacen del lugar, el lector se da cuenta de que nada escapa a la atención de Pablo y que está presenciando el espectáculo natural de los prados y la sierra como si fuera la última vez que tuviera que verlos. Esta relación entre Pablo Mortera y la tierra se aclara un poco con la lectura de este párrafo que me he permitido citar:

"Así llegaron al cierro, verdadero muestrario de cultivos; vasta extensión de terreno, labrado en la sierra inmediata al monte, bien soleado y circuido de un vallado con hondo foso, y erizado de una espinera blanca, recia y tupida, en la primavera, cargada de flores, parecía un muro de nieve. Allí ensayaba Pablo sus atrevimientos de cultivador cuando estaba en el pueblo;...Cómo volaba el tiempo para Pablo mientras estaba allí metido con Nisco examinando el cierro planta a planta y hierba a hierba, ponderando esto y lamentándose de aquello:..."<sup>1</sup>

En este párrafo Pereda nos ofrece otro de sus cuadros de la Naturaleza, pintado con toda la exactitud que le caracteriza cuando se dedica a elogiar su tierra natal y la vida en que se refleja la influencia del ambiente provinciano.

En el próximo capítulo, "Una Deshoja", se encuentra un párrafo en que Pereda describe el principio de la temporada de la cosecha. Dejaremos la discusión de la "deshoja" para la parte de este capítulo que he dedicado al examen de las

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1204.

costumbres, pero este primer párrafo merece nuestra atención aunque sea en estas pocas palabras. Para que el lector vea esta descripción, voy a citar la primera parte en que Pereda nos dice:

"Con la 'secura', que no cesaba, por seguir el tiempo al Sur, las mieses se pusieron hechas una bendición de Dios, y en la última semana de octubre no quedaba una caña de alubias sin 'pelar' en las heredades, y las panojas, bien granadas y bien secas, iban a desprenderse ellas solas de los maíces, si muy pronto no las amontonaban sus dueños en el desván. Pero ¡con poco mimo las observaban éstos uno y otro día, para dejarlas expuestas a la voracidad de los cuervos o a los riesgos del temporal, que podía presentarse a la hora menos pensada! ¡El fruto de tantas fatigas, el pan de todo el año!"<sup>1</sup>

Sería imposible citar en tan breve espacio toda la descripción de la cosecha tal como Pereda la pinta en este capítulo. Sin embargo, le recomiendo al lector que lea estas páginas si le interesa conocer mejor la tierruca del escritor. Es lástima que no podamos examinar todos los pormenores de esta escena campestre, tan importante para los campesinos de Cumbrales. Creo yo que esta escena en que se pinta la cosecha puede compararse con cualquiera de las otras descripciones de Pereda que en esta novela aparecen, porque el autor logra llevar al lector personalmente, por medio de sus observaciones tan exactas, a las mieses para que observe las actividades de los campesinos y para poner aun más en claro la importancia de la Naturaleza en la vida de los habitantes de la Montaña. Nos pinta con gran exactitud la temporada en que recogen los montañeses los frutos de sus labores y nos hace ver toda la energía y la actividad tan llena de colorido que caracterizan la vida de esta región

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1214.

agreste. Además de describirnos con tanta maestría cómo hacen la cosecha los de Cumbrales, creo hallar en estos cuadros costumbristas un deseo del autor de elogiar la industria del pueblo montaños y al mismo tiempo de darnos una idea de la riqueza que la Naturaleza ha puesto en esa región. Como he dicho antes, es de lamentar que no nos sea posible analizar cada una de las magníficas escenas que han sido creadas en esta obra por nuestro paisajista, sin embargo, en realidad hay tantas que sería casi imposible escoger la mejor y he creído preferible citar unas que a mí me parecen sobresalientes para que tenga el lector una idea, aunque sea incierta, del inmenso valor de esta novela regional.

Al hojear la novela llegamos a otro capítulo que merece definitivamente nuestra atención porque está encerrada en él, una de las escenas más vigorosas que hay en la obra, tanto por la descripción del paisaje y de los prados como por el lenguaje que caracteriza el estilo de este autor. Me refiero al capítulo en que se describe "la derrota" o la suelta del ganado en las mieses, y la actividad de la gente que sigue los animales. La pintura de esta escena es considerada por Rodolfo Ragucci como una de las mejores de la novela y merece citarse aquí, por lo menos, en parte. Así describe Pereda "la derrota":

"Los muchachos, armados de sendos palos, terminados en gruesa y curva cachiporra, se lanzaron mies abajo, silbando al vacuno, apaleando a las burras, ladrando a las ovejas y espantando a los potros con gritos y aspavientos. Pero no era necesaria tan ruidosa excitación para que las inofensivas bestias dieran al traste con la formalidad, pues no bien sus pezuñas

hollaron el blando suelo de la mies, toda la extensión de la vega les pareció poco para campo de su regocijo."<sup>1</sup>

Sería imposible presentar la escena en su forma completa, sin embargo, le recomiendo al lector que la lea porque en ella se muestran claramente los elementos que comprende la maestría de Pereda en lo descriptivo. Es una escena inolvidable, pintada con toda la gracia y frescura que caracterizan la obra del autor.

Regresemos otra vez a la descripción de los cuatro elementos de la Naturaleza, tales como Pereda los pinta. En esta serie de escenas naturales el autor nos describe la furia del viento que trae la borrasca y nos hace ver el resultado de una tormenta de esta clase en la Montaña. Tan vívidas y claras son las descripciones que hace, que a veces el lector cree estar viendo la ferocidad del viento y sentir los azotes de la tempestad montañesa. Citaremos un fragmento de esta descripción para dar al lector una idea de los términos empleados por el escritor en la pintura de esta tormenta en que se puede observar de nuevo la exactitud de Pereda en la descripción de todos los aspectos de la Naturaleza. Un contraste muy digno de mencionarse aparece en este capítulo que el autor titula "Entreacto Ruidoso", capítulo que no tiene otro fin que el de explicarnos cómo vienen estas tormentas en la Montaña y el efecto que causan cuando llegan a tener las proporciones de un huracán. Entre la primera parte del capítulo, en que se describen la madrugada en las montañas y las condiciones tranquilas que prevalecen, y la

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1219.

segunda parte en que nos pinta toda la furia de los elementos, existe este contraste tan marcado que me parece un magnífico ejemplo de la habilidad del autor en lo descriptivo. En la primera parte dice Pereda:

"El aire era tibio y pesaba sobre el ánimo como sobre el cuerpo; ni una hoja se movía en los árboles, ni una hierba en los campos; la vista y el oído adquirirían un alcance prodigioso; las tintas de las montañas, más que calientes, parecían caldeadas; los contornos y relieves flotaban en un ambiente seco y carminoso que, acortando las distancias, engrandecía las moles; y el silbido del pastor y el sonar de las esquilas del ganado llegaban claros y perceptibles al oído desde los cerros del Mediodía."<sup>1</sup>

¡Qué contraste entre esta escena y la que sigue, cuando la tormenta, ya crecida, estalla con toda su furia para mostrar su dominio sobre los pobres humanos que se creen dueños de la Montaña. Así describe Pereda el furor de la tormenta:

"No había punto en el lugar donde la furia no metiera su cabeza, y con la cabeza, las garras, y con las garras, el azote. Por eso todo era estrago y fragor en torno suyo. Silbaba furioso en huecos y rendijas, bufaba en los arbustos, bramaba en los callejones, y en las arboledas rugía; y en ocasiones hasta las campanas lanzaban solas desacordes sonidos, con pavor de los fieles que se guarecían en la iglesia.

A lo lejos, un rumor incesante, como el del mar cercano en noche tormentosa; aquí, el crujió de la rama desgajada o del tronco que se quiebra; allí, el estruendo de la pared que se derrumba, o el zumbido del bardal que se agita desesperado y extiende sus greñas espinosas, buscando de qué asirse para que no le arranquen de la tierra que la nutre;..."<sup>2</sup>

Los que hayan presenciado los huracanes en los trópicos encontrarán en esta escena tempestuosa, tan exacta en todos sus pormenores, una magnífica descripción de la atmósfera que prevalece durante una borrasca de esta clase y de la relación, casi

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1240.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1242.

personal, que parece existir entre "el monstruo", como llama Pereda al viento, y los seres humanos objeto de su ira. Después de haber leído este capítulo y las escenas tan emocionantes que lo llenan, el lector debe darse cuenta de que el hombre que nos ha descrito la acción de todos estos elementos posee facultades de gran observador, y que vive en contacto con la Naturaleza, porque estos cuadros son magníficos y sería imposible pintarlos de lejos. En las otras novelas de Pereda, en Sotileza, por ejemplo, encontraremos escenas en que el autor describe las tormentas, con igual vigor, pero son pocas las que logran superar esta descripción de la tempestad en Cumbrales.

A todas estas magníficas escenas hay que añadir otra para hacer completo nuestro breve estudio de los paisajes pintados por Pereda en esta novela. Me refiero a la última descripción de la obra, en que el autor nos pinta la llegada del invierno a la Montaña. En todos los cuadros que hemos examinado el autor ha mostrado su gran amor por la Naturaleza, y a esta lista tenemos que agregar esta última escena porque en ella se revela, en forma muy clara, su admiración por "la tierruca" y los espectáculos maravillosos que la Naturaleza ofrece al observador en esta región. Dice Pereda:

"Y en esto avanzaba diciembre; desapareció por completo el sur, y aunque la alfombra de verdura, con todos los imaginables tonos de este color, cubría la vega, la sierra y los montes, porque estas galas no las pierde jamás el incomparable paisaje montañés, los desnudos arboles lloraban gota a gota por las mañanas el rocío o la lluvia de la noche; relucía el barro de las callejas porque el sol que alumbraba en los descansos

de los aguaceros no calentaba bastante para secarle; ...reinaba la soledad en los campos y la quietud en las barriadas; iba la 'paci6n' de capa caida; y mientras al anochecer se arrimaban las gentes el calor de la 'zaramada', ardiendo sobre la borona que cocia en el llar, y se estrellaba contra las paredes del vendaval la fria cellisca, ...señales, éstas y aquéllas, de que se estaba en el corazón del invierno, nunca tan triste ni tan crudo como la fama le pinta, ni tan malo como muchos de ultrapuertos, que la gozan de buenos sin merecerla."<sup>1</sup>

En este último fragmento le mueve al autor el deseo de presentar al lector el invierno montañés tal como existe, y para lograr su propósito nos brinda unos pasajes que son, a mi modo de ver, sobresalientes, en cuanto a lo descriptivo.

Un examen más detenido de estas escenas sería imposible en tan poco espacio, y, por desgracia, no podemos prestar a todas las descripciones la atención que justamente merecen. Digo que sería una imposibilidad porque en El Sabor de la Tierruca abundan tantas magníficas escenas que solamente en un estudio dedicado a examinarlas detalladamente, podríamos llevar al cabo tal empresa. En esta primera parte del capítulo, hemos tratado de examinar solamente uno de los elementos que, en conjunto, forman lo que Pereda llama "el sabor de la tierruca". Los otros elementos nos quedan por examinar si hemos de conocer bien la Montaña del autor y entender todos los componentes de su arte regional. Esta obra tiene por fondo estos mismos paisajes naturales y su único centro de atracción que es siempre Santander.

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1276.

Los Habitantes de la Montaña

Como dice M. Romera-Navarro, en su crítica de esta novela, El Sabor de la Tierruca, "su mérito principal está en el escenario, en aquel animado escenario de la naturaleza, con toda la vida que en ella ponen los elementos".<sup>1</sup> En la primera parte de este capítulo he pretendido analizar brevemente los paisajes principales en que el autor nos describe este escenario. Tiene razón el señor Romera-Navarro, a mi parecer, cuando dice que los cuadros naturales y las descripciones del paisaje son los elementos que cautivan la atención del lector, sin embargo, en la segunda parte de su crítica hace mención a la vida que existe en esta región. Aunque he dedicado más espacio a las descripciones de las escenas naturales en la primera parte del capítulo, sería imposible conocer la Montaña sin haber examinado la vida de la gente de esta región, porque, en esta novela, como en las otras que deseo analizar, el autor no se ha limitado a describirnos la tierra sino a presentarnos también la vida de sus habitantes y a ofrecer para nuestra consideración un grupo de personajes entre los cuales se destacan unos que me parecen sobresalientes. Ahora nos toca ver quiénes son estos habitantes de Cumbrales que el escritor ha creado con tanta exactitud para hacernos conocer la clase de gente que vive en su provincia natal. Creo que el escenario tiene un rival muy importante en este conjunto de tipos montañeses que Pereda ha logrado pintar y con los cuales forma el reparto del drama aldeano que se desarrolla

-----

<sup>1</sup>M. Romera-Navarro, Ob. cit., p. 568.

a través de las páginas de la novela. Más tarde llegaremos a conocer a otros personajes en nuestro análisis de las obras del autor que comprende este sencillo estudio, personajes que quizás tengan más fama y que sean mejor conocidos, pero tipos como Don Valentín, Juan de Prezanos, Pedro Mortera, Resquimín y Tablucas, todas creaciones del mismo genio, pueden compararse favorablemente con los marineros de Sotileza y con sus paisanos de Peñas Arriba. No quiero decir que todos los tipos creados por Pereda en esta novela igualan a los de Sotileza, novela en que los personajes forman la parte central, sin embargo, los montañeses forman una parte esencial de esta obra, cuyo fin es el de presentarnos "...una idea, pero exacta, de las gentes, de las costumbres y de las cosas; del país y de sus celajes;..."<sup>1</sup> Para conocer la Montaña tal como Pereda la pinta en esta novela, es preciso conocer a sus habitantes porque ellos forman una parte tan inseparable de los cuadros que el autor nos ofrece, que sería imposible entender lo que quiere decir Pereda cuando habla de "la tierra" sin haber hecho un análisis de los que ocupan esta región que se llama la Montaña.

Este grupo de personajes forma el pueblo de Cumbrales, y es tan variado que al examinarlo el lector recibirá muchas impresiones y sentirá una gran variedad de emociones. Aparecen en esta novela, como veremos, los tipos que nos hacen reír, con sus ideas y peculiaridades provinciales y su lenguaje tan lleno de colorido, y los que nos hacen sentir lástima cuando hablan

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1276.

de sus problemas y preocupaciones. Surgen figuras en que predominan las ideas supersticiosas, cosa más común en los lugares aislados como Cumbrales. Por medio de este breve análisis de estos personajes, espero presentar al lector ciertas características de los habitantes de la Montaña, magníficas creaciones del genio de Pereda, que merecen estas palabras tan exactas del crítico Montoliu: "Sus personajes son fragmentos vivos de la misma realidad. Pereda tiene el soberano don de presentar al desnudo las pasiones y las flaquezas humanas..."<sup>1</sup>

Comenzaré por repetir que en este trabajo la trama misma de la novela tiene una importancia secundaria, y le suplico al lector que tenga presente esta advertencia al iniciar el estudio de los habitantes de la Montaña. Conviene explicar también que los personajes que predominan en la acción no son necesariamente los que valen más para este análisis. Por eso, el lector se dará cuenta de que muchos de los tipos que han recibido la mayor atención son los que desempeñan papeles casi insignificantes en la novela pero que son de valor indiscutible para un estudio de los pormenores del regionalismo de Pereda. Es de notar que unos personajes de menos importancia en la trama de la novela son los que mejor demuestran las características de la región, en cuanto a sus ideas y creencias típicamente provinciales, y con su lenguaje corriente y al mismo tiempo tan pintoresco. Tomando en cuenta esta explicación, el lector verá por qué he dejado a un lado ciertas figuras de la obra que parecen tener

-----

<sup>1</sup>Manuel de Montoliu. Historia de la Literatura Castellana. Quinta Edición, Editorial Cervantes, Barcelona, 1947. p. 875.

una importancia innegable para la comprensión de la trama de la novela. Hay que recordar que todos estos personajes son creados por el autor para hacernos conocer mejor a la gente montañesa. Me permitiré citar ciertas frases de la novela en que Pereda muestra su habilidad como pintor de tipos y su ingenio en el arte descriptivo. Espero mostrar con estas citas que el valor de Pereda como paisajista tiene este rival muy fuerte en su maestría como creador de los tipos montañeses, porque a través de los varios capítulos de la novela, en medio del paisaje que describe con tanta exactitud, surgen estos personajes unos de los cuales son para mí inolvidables.

En este análisis de los tipos que Pereda ha creado en esta novela, ha de pasar ante nuestros ojos una gran variedad de personas, porque cada nivel social de la vida aldeana tiene en esta obra sus representantes. La gente que vamos a ver aparecer en el escenario que el autor ha preparado para recibirlos, puede dividirse en dos grupos muy distintos. Es claro que todos son montañeses, sin embargo, Pereda ha hecho una distinción muy marcada entre la gente de la clase más alta de Cumbrales, la aristocracia provinciana, y la que hemos de observar en la taberna, en las mieses y en el mercado. Las dos extremidades de la escala social se encuentran dignamente representadas en esta obra, pintadas con toda la exactitud y el realismo que siempre caracterizan los cuadros de Pereda, y el lector se da cuenta al instante de que no son meramente creaciones de su imaginación sino productos de su observación tan aguda, como

dice Valbuena Prat, al hacer mención de los tipos peredianos, diciéndonos que el autor los ha trazado "...pensándose en modelos arrancados de la realidad para sus personajes".<sup>1</sup> Entre esta muchedumbre que comprende el pueblo de Cumbrales, se destacan unas figuras magníficas que nos demuestran claramente las peculiaridades del carácter provinciano. Sin detenernos más, pasemos al análisis de estos personajes si hemos de ver las características de los que habitan la Montaña!

Según la división social que ya hemos mencionado, analicemos primero a los personajes que forman las dos familias principales de Cumbrales. Aquí, en este grupo, tenemos a Don Pedro Mortera, el rústico hombre de bien quien recuerda mucho a Don Celso de Peñas Arriba, como veremos, al llegar al análisis de aquella obra. Sus ideas y principios son, a mi modo de ver, nada menos que los de Pereda mismo y se puede notar cierta semejanza entre la vida del hidalgo de Cumbrales y la del famoso escritor santanderino. Nacido en la Montaña, Don Pedro había salido una vez con el fin de educarse en la Universidad, pero su gran amor al terruño le hizo dejar sus estudios para regresar a Cumbrales donde se dedicó a trabajar la tierra, llegando a ser un hacendado de gran influencia en la región. Hemos mencionado la comparación entre Don Pedro y Don Celso de Peñas Arriba y debemos señalar los aspectos en que los dos hidalgos se parecen. Al regresar a su tierra natal, Don Pedro llega a aceptar las responsabilidades que su posición le impone y sabe contentarse con la vida sencilla

---

<sup>1</sup>Angel Valbuena Prat, Ob. cit., p. 716.

del campo, siendo su único interés el bienestar del pueblo que lo vió nacer. Pereda nos ha descrito, en un párrafo digno de citarse, la actitud de Don Pedro ante el peligro que más tarde viene a amenazar el pueblo, y nos hace ver, al mismo tiempo, unos aspectos del carácter de este hidalgo montañés. Dice Pereda:

"Pesaba la influencia de don Pedro Mortera, por hacienda y méritos personales de éste, sobre media comarca; es decir, tanto como la de don Juan de Prezanes y sus auxiliares juntos; pero, hombre sesudo y de buen temple, veía con honda pesadumbre el uso que hacía su amigo de las huestes que por necesidad le seguían al combate, y a qué móviles obedecía; y ociosos fueron cuantos esfuerzos se tantearon para obligarle a que tomara parte en las batallas que iban poco a poco des-organizando y corrompiendo la comarca."<sup>1</sup>

El personaje de Don Pedro es un buen ejemplo del hacendado montañés, pero es una figura que no cuesta trabajo encontrar en varias obras del mismo autor. En otra sencilla frase se describe el objeto de todas sus acciones cuando habla a su amigo Don Juan de Prezanes y dice: "...Contigo---decía el testarudo labrador a Don Juan de Prezanes, contigo, y para hacer el bien de este pueblo, cuando quieras y adondequieras."<sup>2</sup> Aunque es otro buen ejemplo del hidalgo perediano, no ofrece para nuestro análisis tantos elementos de interés como presentan otros tipos de menos importancia en la trama de la novela.

La figura de Don Juan de Prezanes representa, como ya hemos dicho, un contraste muy claro, cuando se le compara a su paisano, Don Pedro. Vamos a ver en qué consiste esta diferencia de ideas y principios que siempre resulta en conflictos entre los dos.

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1172.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1172.

Pereda mismo, al discutir ciertos aspectos de los hombres como Don Juan de Prezanes, atribuye esta diferencia a varias causas, entre ellas, la educación. Dice Pereda, en un párrafo en que hace una crítica de estos ambiciosos cuyos intereses personales son la causa de tantos disturbios:

"En el ordinario comercio de la vida, creen poner una pica en Flandes los que hallan una fórmula, a modo de ley social, por la que deben regirse los hombres que quieran tener derecho al pomposo título de 'gentes de buena educación. ¡Qué sandez tan triste! ¡Como si todos los hombres hubiéramos sido moldeados en una misma turquesa y con el barro en iguales dosis y calidades! ¡Como si el alferazo que apenas ensangrienta la epidermis de uno no fuera en otro puñalada que penetra hasta el corazón!"<sup>1</sup>

Además de presentarnos un aspecto del carácter de Don Juan, Pereda ha introducido en esta forma muchas de sus propias ideas en cuanto a los ambiciosos que no están contentos de gozar la tranquilidad tan característica de la provincia sin buscar los medios de satisfacer sus deseos personales. Es una forma de crítica que el autor hace por medio de este contraste entre Don Pedro y Don Juan. Éste, siempre deseoso de hacerse más influyente, aunque sea a costa de su amistad con Don Pedro, es el que provoca los conflictos que con tanta frecuencia brotan entre los dos amigos, conflictos que, en realidad, no tienen importancia para nuestro sencillo estudio. Aunque son dos de los personajes principales de la novela, no me parecen tan representativos como tipos de la Montaña, comparados con otros tipos que aparecen en la obra, y vale más seguir con el análisis de

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1171.

los demás personajes, unos de los cuales poseen en sumo grado las características que debemos observar.

Consideremos a Pablo Mortera, el hijo de Don Pedro, a quien encontramos en el sitio de "La Cajigona", contemplando el escenario montañoso y discutiendo sus ideas con otro personaje que todavía no conocemos, Don Baldomero. Si fuéramos a repasar la vida de este joven, sería casi una copia de la de su padre durante su juventud. Había estudiado también en la Universidad, sin tener interés en los estudios ni en la ciudad. Abandonó sus libros y regresó a Cumbreles, y en forma sencilla nos explica el por qué no podía vivir contento fuera de la Montaña. Dice Pablo: "...y en la posada, y en la calle, y en el teatro me duermo, y en la cátedra, y no pienso en otra cosa que en Cumbreles, y en cuanto hay en Cumbreles, y en esta cajiga, y en este banco, y en esta sombra, y en esta fuente..."<sup>1</sup> Parece como si nos estuviera hablando Pereda mismo, describiéndonos la nostalgia que sienten los de Cumbreles cuando se alejan de su querida Montaña y los encantos naturales que ejercen una fuerza tan enorme sobre ellos. Estas palabras de Pablo nos permiten conocer el elemento más importante de su carácter, su gran amor a su pueblo y a todo lo que forma una parte tan esencial de su existencia. Su único deseo es seguir los pasos de su padre, pasando así la vida en la región en que había nacido. Es un joven sumamente sentimental, como son todos los montañeses al hablar de la Montaña, y a la vez una reproducción casi exacta

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1163.

de Don Pedro en cuanto a sus ideas y características regionales. La energía y el entusiasmo son los dos elementos que caracterizan a Pablo, elementos que siempre predominan cuando se pone a contemplar la extensión y la hermosura de los prados y las montañas.

Aunque son fieles amigos, la figura de Pablo Mortera contrasta mucho con la de su amigo Nisco, el hijo del alcalde de Cumbrales. Me parece típicamente provinciana la figura de este joven porque en cada aldea existe un Nisco, y en estas palabras de Pereda se encuentra la mejor descripción de este tipo:

"En esto salió del cuarto del portal, pieza de carácter en las casas montañesas, un mozo como un trinquete; recién peinado, bien vestido, aunque no de gala, y con los zapatos, sobre media de color, ajustados al empeine con cordones verdes. No tenía tacha el mancebo en lo tocante a lo físico; buena estatura, hermosa cabeza y artística corrección en las demás partes del cuerpo; pero en el modo de llevar el sombrero, en lo artificioso del peinado y en la forzada rigidez de sus miembros al moverse dentro del vestido, del cual parecía esclavo más que dueño, muestra daba de ser con exceso presumido y fachendoso."<sup>1</sup>

¡Qué descripción tan clara y tan exacta la que Pereda acaba de hacer de Nisco! Para mí, Nisco representa perfectamente el tipo de carácter regional, que nunca había salido de la Montaña, y cuya conducta en la novela muestra claramente su temperamento variable e indeciso, como se puede notar en sus relaciones con Catalina. En él se nota también cierta ambición y el deseo de mejorarse, aunque sus visitas a la casa de Pablo para estudiar son nada más que pretextos para ver a María, la hermana de Pablo. Al hablar con ella en este párrafo, Nisco nos hace ver su carácter rústico y al mismo tiempo nos da una muestra del

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1185.

lenguaje de la Montaña, cuyas peculiaridades hemos de notar en todas las obras que comprende este estudio. Dice Nisco:

"Onde está quien más valé que Catalina---logró decir el mozo--, bien lo sé yo. Si me conviène u no me conviène más que 'la otra', también lo sé...Si me dirá que sí u si me dirá que no...ahí está el ite de la cosa, porque hablando en verdad, si la merezco, caso es de pleitarse mucho."<sup>1</sup>

En Nisco se puede ver varios aspectos del carácter provinciano, uno de los cuales, la rudeza, es el elemento que más caracteriza a este tipo tan pintoresco y tan típicamente local.

Antes de pasar al análisis de los tipos que considero los más representativos e interesantes para nuestro estudio, debemos prestar nuestra atención a las figuras femeninas tan humanas que Pereda ha logrado trazar en la novela. Dejaremos a un lado a la esposa de Don Pedro, Doña Teresa, porque esta señora tiene poco que ver con la trama de la obra y aun menos que ofrecer para este análisis. Su hija, María, y la hija de Juan de Prezanes, Ana, son las dos figuras que debemos considerar aunque brevemente, para hacer completo nuestro examen de las dos familias principales de Cumbrales.

María y Ana, a pesar de ser bellas y simpáticas señoritas montañesas, son mujeres típicamente peredianas cuyas mismas características femeninas aparecen en varias de las otras obras del autor. Para la trama de esta novela son de valor indiscutible, pero en cuanto a su contribución a nuestro estudio de los pormenores del regionalismo perediano, tienen poco que agregar a nuestro análisis de la vida rústica de la región. Se mueven

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1192.

por las páginas de la novela, siempre femeninas pero a la vez muestran las características femeninas que son universales más que regionales. Estas dos señoritas se pasean por la escena siempre aceptando la importancia de su posición social en la aldea y siempre se portan como las reglas de la sociedad de Cumbrales se las exigen. De las dos, Ana es, para mí, la más interesante tanto por sus expresiones e ideas como por la alegría que siempre es una parte tan esencial de su carácter. Ambas son mujeres de horizontes muy limitados cuyos caracteres llevan el sello del ambiente provinciano. Si no tomamos en cuenta los episodios románticos en que Ana y Pablo descubren el amor que entre ellos siempre había existido y el capítulo que se trata del amor de María por el joven de la villa, la importancia de las dos mujeres locales comparada con la de los demás personajes de la novela es insignificante, con respecto a nuestro estudio.

Ahora bien, nos toca examinar un grupo de hombres entre los cuales se destacan los que me parecen más interesantes y que son a la vez los más importantes para un análisis de esta clase. Para hacer este breve análisis nos conviene visitar la taberna de Cumbrales donde podemos presenciar una reunión de estos tipos tan pintorescos y oír las expresiones tan llenas del colorido local, porque Pereda ha dedicado un capítulo entero de su obra a la descripción de esta escena de la taberna.

Conviene explicar que la gente que veremos en este cuadro de la taberna es de temperamento y carácter muy distintos de los personajes que hemos visto hasta este punto. Estas personas que

hemos de observar en la taberna no son de la clase alta de la sociedad aldeana. Son tipos muy variados, unos viciosos y otros ambiciosos y celosos, pero todos se distinguen precisamente por la rudeza y la simplicidad que tanto caracterizan la vida de esta clase provinciana. En este capítulo singular, Pereda ha logrado exhibir, a mi modo de ver, su maestría en el arte de crear a los personajes y al mismo tiempo hacerlos hablar como él desea, y para mí este capítulo es uno de los más sobresalientes que contiene El Sabor de la Tierrauca.

Este capítulo que nos toca analizar se titula "Apuntes Para un Cuadro", título que Pereda ha dado a este álbum de magníficos tipos de la Montaña, todos detalladamente trazados de tal modo que sería imposible negar la maestría del autor en la creación de estos tipos naturales, con su lenguaje tan pintoresco y sus ideas tan sencillas y tan limitadas. En este álbum hemos de conocer a cuatro de los habitantes de la Montaña que se distinguen por varias características, porque cada uno de estos tipos representa, a mi modo de ver, una figura típica de la vida provinciana. Citaremos unos fragmentos de estas descripciones, porque en este capítulo tan importante para nuestro análisis se encuentran los tipos más vivos y más interesantes que el ingenio descriptivo de Pereda ha creado en esta novela.

Trazaremos en primer lugar la semblanza del rufián aldeano, figura típicamente rústica, cuya descripción inicia la serie de retratos que comprende esta galería de personajes montañeses.

Así describe Pereda a este matón campesino:

"...en cambio, su boca era una carnicería hablando, mientras acariciaba con la mano el cabo de una navaja que siempre llevaba asomando por el ceñidor, de la gente que él había despachado al otro mundo, no más que por tocarle con el codo al pasar, o por no dejarle la acera libre, o por mirar dos veces seguidas a la mujer que por él se moría. Con esto, con no trabajar nada, con frecuentar demasiado la taberna y con amenazar en voz sorda, marcando mucho la sonrisa, al lucero del alba cada paso, llegó a hacerse temible en Cumbreles, aunque no hay memoria de que nadie le viera cumplir una pizca de lo mucho que ofreció en su vida, ni siquiera tomar parte en las serias contiendas de que fueron causa sus baladronadas impertinentes en coros y romerías...Llamábanle el Sevillano, y nadie le podía ver en Cumbreles, pero ninguno se atrevía a decírselo a la cara."<sup>1</sup>

Por medio de este fragmento de la descripción del Sevillano, espero haber presentado al lector uno de los tipos que Pereda ha creado para mostrarnos que en la Montaña también existe esta clase de hombre malicioso, de mala sangre, cuya fama de navajero le ha hecho ocupar un lugar prominente en el pueblo. Creo que sería imposible negar la realidad y la exactitud con que Pereda ha logrado pintar a este tipo rufianesco y que la descripción que hace de este personaje menor supera mucho a varias descripciones que hace de las figuras principales.

Veamos ahora al segundo personaje que aparece en esta escena de la taberna, el compañero del Sevillano, aunque no posee las características odiosas de éste. En la descripción de este joven tenemos otro magnífico ejemplo de la habilidad de Pereda como retratista de los tipos provincianos. Citaremos un fragmento de este párrafo descriptivo en que dice Pereda:

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 1194.

"El personaje que estaba enfrente de él en la mesa era un mocetón hercúleo, de mucha y enmarañada greña, y sobre ella, tirado de cualquier modo, un sombrero negro de anchas alas...No era fea su cara, pero tampoco atractiva, aunque risueña. Pecaba algo de sucia, y no eran sus ojos garzos todo lo grandes ni todo lo pulcros que fuera de desear. La barba, no muy bien afeitada, y el pelo tenía un color mal determinado entre rubio y negro, matiz que daba una feísima entonación al rostro; el cual, sin haber en él reflejo alguno de maldad, acusaba cierta grosería de instintos que repugnaba. Pues este mocetón, también en mangas de camisa, y con la chaqueta al hombro, era el famoso Chiscón, el de Rinconeda, gran amigo del Sevillano, de Cumbrales, y pretendiente de Catalina desde que Nisco la había dejado. Tenía algunos bienes y era trabajador cuando quería; pero mucho más dado a zambras y bureos, y un apaleador de gran fama."<sup>1</sup>

Así nos ha presentado Pereda a dos personajes de caracteres semejantes y a la vez distintos, porque el Sevillano representa lo despreciable entre la clase baja de Cumbrales mientras Chiscón, aunque un joven muy dado a veces a la fuerza bruta, no demuestra las características de la brutalidad que en el Sevillano predominan.

La figura del tercer miembro de este grupo contrasta mucho con las de los dos tipos que acabamos de analizar, tanto por la ausencia del carácter violento, como por la extrañeza de sus ideas. Aunque no posee las características fuertes de sus compañeros, es, sin embargo, un tipo interesante que tiene su semejante en cualquier pueblo campesino. Así describe Pereda a Tablucas, porque así se llama este tipo:

"Aunque cargado de familia, tenía horror al trabajo duro del campo, y se había propuesto hacerse rico de sopetón, para lo cual contaba con dos elementos importantísimos: su ingenio y la manía de las herencias gordas 'de la otra banda'...En estos ensayos empleaba la mayor parte del tiempo que pasaba en casa serrando listones y tabletería

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., pp. 1194-95.

que atrapaba aquí y allí aviniendo y combinando pedazos, fuerzas y resistencias. Diéronle por esto el nombre de Tablucas y con él se le llamaba y a él respondía casi olvidado ya del verdadero."<sup>1</sup>

Tablucas, como ya hemos dicho, es un tipo tan humano y real y tan distinto de los demás personajes que en esta reunión figuran, que el lector se inclina a preguntar por qué se incluye en este retrato de la taberna. Pereda sigue explicando y nos dice que "...aunque frecuentaba mucho la taberna, no era gran bebedor, y raramente se emborrachaba. Hablar de sus máquinas y enseñar los papeles referentes a la millonada que estaba para caerle, era su pasión predominante fuera de su casa."<sup>2</sup> Tablucas es, a mi parecer, el mejor ejemplo en la novela del campesino que siempre sueña con la riqueza, esperando una gran fortuna sin saber de dónde ha de venir. Creo que este tipo es muy representativo de cualquiera región aislada y provinciana, y que las ideas de este pobre soñador demuestran claramente la influencia del ambiente sobre los habitantes de la Montaña.

Resquimín, el tabernero, es otro personaje que figura en la escena y que merece un recuerdo aunque sea breve. A pesar de la brevedad del papel que desempeña en la novela, se distingue por la rudeza de su carácter y los términos tan pintorescos con que se expresa. En su manera de hablar se puede notar muchos de los elementos del lenguaje provinciano que Pereda quiere llamar a nuestra atención, y que debemos tomar en cuenta si hemos de hacer completo nuestro análisis de los pormenores del

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1195.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1195.

carácter montañés. Citaremos un fragmento de una conversación en que se notan las peculiaridades de su modo de hablar.

"Me parece a mí, ¡jinojo! que el día menos pensao le va a 'resquemar' a alguno el mote en la asadura; porque ¡jinojo! si piensan que yo soy guitarra para dejarme tocar de todo chafandín que a bien lo tenga, ya estáis aviaos...!Porque, ¡jinojo! cuando a mí se me sube el tufo a la cabeza, soy tan hombre como el que más!...!Pues no faltaba más!...!Jinojo!"<sup>1</sup>

En estas palabras del tabernero tenemos una muestra del lenguaje provinciano, y son pocos los personajes que figuran en la novela que nos pueden ofrecer tan magnífico ejemplo del modo de hablar en la Montaña. Claro es que no podemos considerar el lenguaje de Resquimín como el oficial de la región pero sí nos da una idea de las formas arcaicas y los términos tan llenos de colorido que los habitantes emplean en su expresión.

A todos estos magníficos retratos hay que añadir otro para hacer casi completo nuestro análisis de los personajes sobresalientes de esta novela. Me refiero a la figura de Don Valentín Gutiérrez de la Pernía, orgulloso hidalgo montañés, quien merece nuestra atención tanto por el contraste que presenta con los demás tipos de la novela, como por los ideales que profesa en sus discursos. Este personaje merece este comentario del crítico del Castillo, quien dice: "¡Y D. Valentín? Cervantes mismo no se habría desdeñado de ser el padre de este nuevo Quijote, amartelado de ideales no menos abstractos que doña Dulcinea y herido por los yangüeses de Cumbrales como el hidalgo de la Mancha. La patriotería cándida, bullanguera y progresista no

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1196.

ya tenido una representación tan cabal:..."<sup>1</sup> En este tipo tan pintoresco que a veces nos parece tan cómico, se puede ver al representante del espíritu de la Vieja España que el novelista mismo tanto amaba.

¡Cómo hace hablar Pereda a Juan Garojos, el alcalde de Cumbresales, durante su conversación con Don Valentín! En este diálogo se nota de nuevo la maestría del autor en el empleo del lenguaje de la provincia, tan lleno de arcaísmos e imperfecciones gramaticales. No nos detendremos para analizar a este personaje, Juan Garojos, porque hemos de tener contacto con otros tipos de igual valor al analizar las demás obras que forman esta tesis.

Antes de seguir con un sencillo resumen de lo que hemos observado en cuanto a los personajes montañeses que aparecen en El Sabor de la Tierrauca, debemos tomar en cuenta la opinión de Jaime Fitzmaurice-Kelly, quien, en su crítica de la novela, ha pronunciado esta frase que para mí tiene mucha significancia. Dice este autor: "En realidad, los hombres y las mujeres de Pereda son locales en los pormenores, pero universales como tipos de la naturaleza."<sup>2</sup> Después de haber leído esta obra de Pereda, estoy completamente de acuerdo con el famoso crítico, porque los personajes que Pereda ha creado para formar la población de Cumbresales, son tan humanos y tan naturales, como dice Fitzmaurice-Kelly, que para cada tipo sería posible encontrar su símil en cualquiera región campesina. El alcalde, los rufianes, los

---

<sup>1</sup>Antonio Cánovas del Castillo. La Literatura Española en el Siglo XIX. Tomo Segundo. Madrid, 1891. p. 523.

<sup>2</sup>Jaime Fitzmaurice-Kelly. Ob. cit., p. 363.

soñadores, los patriarcas, las mujeres; todos son en esta obra montañeses, habitantes de la querida Montaña de Pereda, sin embargo, son tipos que existen igualmente en otros rincones aislados del mundo aunque tengan otros nombres y se expresen con otros términos. Me parece que esta universalidad de los tipos de Pereda se debe a su propio ingenio en la creación de estos personajes, cada uno de los cuales es una parte de la Montaña, como la es el paisaje natural que forma el elemento principal de esta novela. Aunque ha sido brevísimo este análisis de los habitantes de esta región, espero que el lector tenga en cuenta estas características que hemos visto en esta parte del capítulo al emprender el análisis de las otras novelas de Pereda, particularmente Peñas Arriba, en que hemos de entrar nuevamente en la Montaña y examinar muchos de los mismos elementos que hemos observado en esta obra.

### Las Costumbres de la Provincia

Ahora que hemos examinado aunque brevemente los paisajes y los tipos de la Montaña, nos toca prestar nuestra atención a las costumbres de esta región que forman también una parte muy importante del arte regionalista de Pereda. Al iniciar esta sencilla discusión de estas costumbres, en la cual citaremos unas de las descripciones que considero sobresalientes, debemos tomar en cuenta estas palabras del crítico del Castillo, quien dice que "Tanto como novelista, suponiendo de contado que entre las dos denominaciones no hay oposición, sino casi identidad, es Pereda

un gran escritor de costumbres..."<sup>1</sup> Vamos ahora a ver unos aspectos de este arte costumbrista de Pereda que nos ha brindado tantas descripciones inolvidables de la vida montañesa, las cuales no son las de un observador desinteresado sino las creaciones de un montañés que siente con gran emoción todo lo que describe. Este amor a todo lo tradicional y característico de su provincia hace que Pereda nos desee presentar la vida y las costumbres de su querido Santander tales como son, como nos dice Menéndez y Pelayo: "Porque Pereda, el más montañés de todos los montañeses, ...apacentando sin cesar sus ojos en el espectáculo de esta naturaleza dulcemente melancólica, y descubriendo sagazmente cuanto queda de poético en nuestras costumbres rústicas, ha traído a sus libros la Montaña entera..."<sup>2</sup>

En El Sabor de la Tierrauca existen pasajes excelentes en que Pereda nos describe con el vigor y entusiasmo tan característicos de toda su producción, varias escenas de la vida regional en que logra exponernos los pormenores de ciertas costumbres de la provincia que forman una parte tan indispensable de la vida simple y tranquila de la comarca. Examinemos algunas de estas escenas para ver en qué consiste este talento de Pereda de pintar las costumbres de su amada Montaña con toda la exactitud y colorido que en estas escenas se exhiben. Por medio de analizar unas de las escenas más prominentes podremos entender mejor otro de los elementos del regionalismo de José María de Pereda.

---

<sup>1</sup>Antonio Cánovas del Castillo, Ob. cit., pp. 514-515.

<sup>2</sup>Marcelino Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 355.

¡Qué gran variedad de costumbres podríamos discutir si el tiempo y el espacio nos lo permitiera! Porque Pereda no se limita a presentarnos solamente las costumbres de más importancia de la vida provinciana sino las de menos significancia, como, por ejemplo, la de poner nombres a todos los habitantes del pueblo, según sus características o aspectos físicos. Sin embargo, conviene prestar nuestra atención en este breve análisis a las costumbres de la provincia que son, para la gente de Cumbresales, las de mayor importancia. Ya hemos hablado de algunas de estas descripciones, como, por ejemplo, la derrota y la entrada del ganado en los prados, pero todavía nos quedan por examinar otras escenas que encierran más interés porque contienen cuadros de costumbres y actividades típicamente provincianas, en que se refleja claramente el espíritu del pueblo.

Hablemos primero de una costumbre muy clásica de la región, la "deshoja" pública que se celebra en la casa de Don Pedro cada año después de inaugurarse la cosecha, como dice Pereda, "...una costumbre jamás interrumpida en ella ni en otras muchas del lugar".<sup>1</sup> En muchos aspectos esta reunión social se parece a lo que se llaman en ciertas regiones norteamericanas "husking bees", aunque nunca han tenido éstas un intérprete de tanto valor como lo es José María de Pereda. Citaremos un fragmento de esta descripción para que tenga el lector una idea de lo que es la "deshoja" en la Montaña. Nos describe los cantares, el desfile, las conversaciones y el gran círculo de participantes y toda la

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1214.

atmósfera que prevalece. Así describe Pereda la "deshoja":

"Menudoaban los cantares de las mozas; respondían los mozos con sus baladas lentas y cadenciosas; relinchaban, entre balada y cantar, los que sabían hacerlo con recio pulmón...;...las panojas deshojadas caían en los garrotés como lento pedrisco, y la montaña del centro descendía,... socavada poco a poco, mientras crecía sin cesar la cordillera de hojas que iban formándose por detrás de las gentes; desocupábanse a menudo los garrotés llenos en un espacio despejado en conveniente lugar; y el ruido que aquellas cascadas de panojas producían al caer sobre el sonoro tablado, ruido semejante al de un tren de artillería en calles mal empedradas, era como el 'bajo' del incesante e infernal desconcierto..."<sup>1</sup>

Pereda dedica este capítulo entero a la descripción de la "deshoja", aunque en él aparecen también ciertos diálogos importantes para la trama de la novela. Conviene fijarnos en la sencillez y la tranquilidad de esta escena social campestre, porque la considero una de las mejores en la novela.

Otra de las costumbres más interesantes de esta región, una costumbre mucho más violenta, siendo uno de los deportes más peligrosos que podemos encontrar, es el juego que describe el autor en el párrafo que citaremos ahora, en que el partido se hace muy violento y siempre resulta en un grupo de heridos entre ambos equipos. Así describe Pereda el partido de la cachurra:

"Tal es el juego de la cachurra o brilla, que dura en la Montaña tanto como la derrota. El lector ha visto que se reduce a pasar la catuna de un lado a otro del terreno elegido. Para impedir que el contrario lo consiga antes por su banda, hay mil ardidés con que los muchachos prueban su destreza; engaños lícitos, algo parecido a los de los jugadores de pelota. Todo es permitido allí, menos la intrusión de un jugador en el terreno del contrario. Cuando tal acontece, se le apercibe con estas palabras: 'A tu tierra, que te pego un palo'; advertencia que el terreno de cada cual está bien determinado siempre por las cachurras mismas en ejercicio, frente a frente y

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1214.

porro con porro. ...Juego, en fin, de lo más higiénico y entretenido, si no fuera por las quiebras que lleva aparejadas de piernas, dientes y otras no menos integrantes y estimadas porciones del jugador."<sup>1</sup>

En la descripción de este deporte montañés tenemos otro magnífico ejemplo de las costumbres de la región que son tan numerosas y de los cuadros pintados por Pereda que son tan excelentes que sería interminable pretender analizarlos todos. Entre estas escenas tan notables figuran la de la magosta, la derrota del ganado, la chismería tan típica de la vida rústica y la importancia de la taberna, todos aspectos muy dignos de nuestra atención pero imposibles de analizar en un sencillo análisis de esta clase.

A pesar de la brevedad de este trabajo, sería imposible hacer un estudio de las costumbres descritas por Pereda en esta novela sin hacer mención del mercado de la villa, otra descripción del autor que merece nuestra atención por ser tan exacta y tan llena del color local que forma una parte tan inseparable del arte costumbrista. Antes de pasar a la conclusión de este capítulo, aunque sea en unas cuantas palabras, debemos mencionar esta escena del mercado, escena tan típicamente provinciana, y citar un fragmento de esta descripción en que no se muestra solamente la maestría de Pereda en lo descriptivo sino que contiene además todo el realismo que es uno de los aspectos más interesantes y más característicos de la novela perediana. No me propongo examinar esta escena en detalle sino presentar al lector una parte de la descripción para darle una idea de la actividad en el mercado montañés tal como el autor nos lo presenta. Así describe Pereda:

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1221.

"Publicábase a gritos la mercancía; a gritos se regateaba, y a gritos se la ofrecían más barata desde otro puesto al comprador indeciso; a gritos se pedía paso donde, contra toda ley, no le había; a gritos se quejaba quien no podía apartarse a un lado, por falta de terreno para moverse; a gritos se saludaban las gentes, y a gritos se citaban, y a gritos se entendían; el ferretero tocaba con el martillo una 'palillera' sin fin sobre la mayor de sus sartenes; cacareaban los gallos; gemían los cabritos amontonados; gruñían los cerdos que pasaban, a rempujones, del mercado de los de su especie desdichada; resonaban las panderetas probadas por mozas de buena mano, y los dalles, heridos contra la piedra; roznaba el paciente burro del pasiego, atado a un pilar de los soportales, libres sus lomos por entonces de la carga que su dueño publicaba a voces un poco más allá;..."<sup>1</sup>

Con este fragmento de la escena del mercado llegamos al fin de nuestro análisis de las costumbres provincianas pintadas por Pereda en El Sabor de la Tierrauca. Conviene explicar de nuevo que este análisis ha de servir para guiar al lector en nuestro estudio de Peñas Arriba y Sotileza, novelas que son consideradas más importantes que ésta que acabamos de examinar, pero que contienen también estos mismos elementos que hemos observado durante nuestro análisis de los paisajes, los tipos y las costumbres tales como Pereda los ha pintado en esta obra. Para entender bien los varios aspectos del regionalismo de Pereda es preciso analizar las obras en que estos elementos aparecen con mayor frecuencia. Por esto, he querido que este análisis de El Sabor de la Tierrauca se coloque en primer lugar en este trabajo, no por ser la parte más importante de la tesis, sino para dar al lector una idea de los pormenores que hemos de observar en las dos novelas más importantes del autor que forman los dos capítulos siguientes.

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1224.

En forma de una conclusión, deseo presentar unas ideas e impresiones recibidas durante el estudio de esta novela, y al mismo tiempo explicar mis opiniones sobre el gran valor de El Sabor de la Tierruca como obra regional y costumbrista. Más bien, será una afirmación de lo que han expresado los grandes críticos en cuanto al contenido de esta novela. Tiene razón el Sr. Romera-Navarro, cuando se refiere a El Sabor de la Tierruca y dice que es una "...serie admirable de cuadros naturales, enlazados por la delicada hebra de una historia de amores aldeanos."<sup>1</sup> Estas palabras del Sr. Romera-Navarro contienen la esencia de mi propia opinión, porque, como ya hemos dicho al iniciar este análisis, la trama ocupa un lugar secundario, mientras el gran mérito de la obra se encuentra en los pasajes que hemos examinado y los muchos que no hemos podido discutir y en los tipos montañeses que Pereda ha creado para hacernos conocer la clase de gente que vive en la Montaña. Como paisajista y costumbrista él muestra claramente en esta novela sus talentos, aunque la acción de la obra resulta casi melodramática, como, por ejemplo, en la lucha entre los dos pueblos y el sangriento encuentro entre Pablo y el Sevillano. Sin embargo, hemos dejado a un lado estas fases de la novela para enfocar nuestra atención en los pasajes y los personajes que son indiscutiblemente los dos elementos sobresalientes de la obra. Dentro de la brevedad de este capítulo, espero haber expuesto al lector los aspectos más importantes de este arte regionalista de Pereda, porque hemos de notar los mismos elementos al llegar al

---

<sup>1</sup>M. Romera-Navarro. Ob. cit., p. 568.

análisis de las otras novelas del autor incluídas en este trabajo.

Antes de poner fin a nuestro examen de esta novela, e iniciar el análisis de Peñas Arriba, quiero citar nuevamente la opinión de Menéndez y Pelayo sobre el valor de esta obra. Dice el famoso crítico: "¡Bendito sea, pues, este libro rústico y serrano, que viene cargado de perfumes agrestes, y no nos trae ni problemas ni conflictos, ni tendencias ni sentidos, ni otra cosa ninguna sino lo que Dios puso en el mundo para alegrar los ojos de los mortales; agua y aire, hierba y luz, fuerza y vida!"<sup>1</sup> El deseo de elogiar esta novela de la Montaña le mueve a Menéndez y Pelayo a expresar en esta forma su gran admiración por el autor y por esta obra que su ingenio ha creado. Sin embargo, quisiera llamar a la atención del lector ciertas frases en que se exhiben claramente la filosofía y las ideas de Pereda, en cuanto a las virtudes de la vida sencilla de la provincia. Nuestro deseo de entender bien el propósito de Pereda al escribir esta novela nos obliga a fijarnos en estos fragmentos en que se puede notar la manera en que Pereda logra exponernos su propia doctrina y sus creencias. Claro es que esta novela no es de tesis ni nos trae problemas de gran magnitud, porque, como nos dice Pereda mismo, su único propósito fué el de darnos una idea de su provincia natal y de la vida de la gente de la Montaña. La trama de la obra, como ya hemos dicho, no tiene la importancia que suele tener en otras de sus novelas de tesis, en que Pereda se pone a predicar con gran vigor sus creencias e ideas filosóficas. Sin embargo, debemos señalar ciertos fragmentos

---

<sup>1</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., pp. 413-414.

que revelan con toda claridad las ideas de Pereda y la manera de vivir que él siempre predicaba, porque su personalidad le obliga a introducir estos principios tan básicos de su doctrina cristiana.

Durante el viaje de Pablo y Nisco al cierro tenemos una conversación entre los dos jóvenes en que Nisco le pide a Pablo que le aconseje cómo resolver un problema. En estas palabras de Pablo creo hallar un buen ejemplo de la filosofía de Pereda en cuanto a estos conflictos matrimoniales, que también existen en la vida provinciana. Por la boca de Pablo Mortera nos habla Pereda y dice:

"Y yo creo, Nisco, que el matrimonio en que el marido no sabe guardar su puesto, es mal matrimonio; y el puesto se guarda valiéndose el marido más que la mujer, es decir, siendo rey y señor de su casa no sólo por más fuerte, sino por más entendido en cuanto le rodee en la esfera que ocupen ambos."<sup>1</sup>

En estas palabras de Pablo creo notar esta idea de Pereda que aparece con frecuencia en sus obras, la idea de la división social y religiosa, y de los resultados a veces trágicos cuando dos personas de distintas condiciones se unen en matrimonio.

El segundo ejemplo que deseo mencionar se encuentra en el cuento que la Rámila relata a Nisco, en que vemos el mismo tema, que cada hombre debe estar contento con lo que tiene y no tratar de buscar su dicha en cosas imposibles. Es casi el mismo tema que hemos de encontrar en Peñas Arriba, la idea de la vida simple, en que el hombre debe resignarse a su condición social sin buscar otro ambiente que le podría resultar en catástrofe. La Rámila le cuenta a Nisco esta fábula y le aconseja que regrese a Catalina, hablándole en esta forma tan sencilla:

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1206.

"Eso que te pasa no puedo remediarlo yo; quien por mi mano te dió la riqueza que has menospreciado, te dice ahora por mis labios que la miseria en que vuelves a verte es el castigo que da Dios a los ambiciosos que quieren pasar de un salto, y sin merecerlo, de zoncheros bien acomodados a caballeros poderosos. Y colorín colorao...?Qué te parece el cuento, Nisco?"<sup>1</sup>

Es claro que estos aspectos son de poca significancia en esta novela pero merecen nuestra atención, aunque sea en estas breves palabras, porque para entender bien el regionalismo de Pereda es preciso tener presente el fin con qué escribió sus obras.

En fin, espero que haya logrado indicar al lector una parte, por lo menos, del gran valor que las páginas de esta novela encierran, tanto en la descripción brillante de los paisajes como en los sentidos diálogos con los cuales los montañeses creados por Pereda nos hacen oír la voz de la Montaña. Como Pereda mismo nos advierte al fin de la novela, su único deseo fué el de darnos una idea de la vida rústica de su provincia natal, y el éxito con que ha cumplido con todo lo que se propuso ha sido tremendo. Por medio de las descripciones magistrales de este autor hemos llegado a conocer mejor esta región que el incomparable intérprete regionalista nos describe, y cuyos aspectos más íntimos nos serán mejor conocidos todavía después de nuestro estudio de Peñas Arriba, la novela en que Pereda nos lleva a lo más alto de la Montaña.

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1212.

## CAPÍTULO II

### PEÑAS ARRIBA

Es en esta novela, Peñas Arriba, que Pereda se aproxima más a la perfección descriptiva con la fuerza y el realismo con que presenta al lector el paisaje y el ambiente de la Montaña. En esta obra el autor nos lleva nuevamente al rústico y pequeño mundo suyo, completamente aislado por las barreras naturales que son las montañas santanderinas. Hasta la parte más elevada de su querida Montaña nos conduce, en su afán de describirnos todos los encantos y la belleza, a veces salvaje, de esta provincia en que nació. En esta novela no hemos de encontrar solamente los cuadros magistrales del paisaje montañés sino de observar cómo la magnitud y el hechizo de estas grandes alturas logran transformar por completo la vida del joven madrileño que se mete en ellas sin creer posible el cambio tan radical que opera en él. Con el análisis de esta obra de Pereda llegamos al estudio de la novela en que el autor nos expone el corazón de la Montaña, porque, a mi modo de ver, comparada con las escenas de Peñas Arriba, las que hemos analizado en El Sabor de la Tierrauca son nada más que una sencilla introducción a la verdadera sierra cantábrica. Porque es en estas descripciones que el famoso escritor montañés logra presentarnos con tanta maestría toda la majestuosidad de estos gigantescos muros de piedra que forman los límites de la región en que se desenvuelve la trama de esta novela.

Numerosos son los estudios que han sido dedicados a este mismo tema, pero, sin embargo, deseo en este capítulo hacer un análisis de las descripciones sobresalientes del paisaje, los personajes tan pintorescos creados por Pereda y sus costumbres tan llenas de colorido que forman una parte tan inseparable de la vida campestre. Hablaremos brevemente del lenguaje de la provincia que ofrece bastante dificultad para el extranjero como yo, pero que merece nuestra atención porque es una parte importantísima del arte regionalista de Pereda. Nuestro deseo de encontrar una prueba aun más clara de la habilidad de este autor como intérprete de la Montaña nos obliga a fijarnos en cada escena en que se pintan el ambiente y la vida de los habitantes de la provincia. Puesto que tal empresa sería una imposibilidad en una tesis tan limitada, citaremos ciertos fragmentos que yo considero representativos para ver el por qué esta obra es considerada la mejor en cuanto al escenario montañoso. Como dice Valbuena Prat: "...Pereda llega, al final de su carrera, a la mejor obra de paisaje de montaña, Peñas Arriba (1894)..."<sup>1</sup> Debemos tomar en cuenta que el autor había llegado, como dice el famoso crítico antes citado, al final de su carrera literaria, y se puede notar una diferencia muy marcada entre esta novela que nos queda por examinar y la que analizamos en el capítulo anterior. Durante nuestro breve estudio de esta obra haremos ciertas comparaciones entre las dos novelas para ver mejor en qué consiste este talento de Pereda en lo descriptivo.

---

<sup>1</sup>Angel Valbuena Prat. Ob. cit., p. 716.

En esta obra, Peñas Arriba, no encontraremos fenómenos en cuanto a la descripción ni en el estilo empleado por el autor, sino otra admirable galería de retratos en que Pereda sigue desarrollando el cuadro descriptivo de esta región montañesa. Desde la primera página hasta la última el lector observa y siente la presencia de las peñas que forman el fondo de la obra misma. Desde la primera carta que Don Celso escribe a su sobrino Marcelo no existe otro tema más que el de la Montaña, de sus habitantes y de la historia de estas cordilleras de Cantabria. Con el análisis de esta novela, junto con el de El Sabor de la Tierruca, espero que el lector tenga una buena idea de esta Montaña de Pereda, porque ambas obras tienen el mismo fin de elogiarla y de exponernos toda la belleza que en ella existe. Consideremos de nuevo la opinión de Valbuena Prat, antes de pasar al examen propio de la obra. Citaremos esta frase en que el famoso crítico dice que "Peñas Arriba es la producción de Pereda en que culmina más el sentido del paisaje en el centro de la acción en la cual los pormenores todos---los personajes son únicamente pormenores, aquí---no son más que medios subordinados al aliento, poderoso del alma de la montaña."<sup>1</sup>

#### Los Paisajes de Peñas Arriba

En esta primera parte del capítulo hablaremos de los paisajes que son, en mi opinión también, lo principal de la novela. A mi parecer, el gran valor descriptivo de la obra no puede encontrarse en el conjunto de escenas de la Naturaleza sino en cada cuadro

---

<sup>1</sup>Angel Valbuena Prat. Ob. cit., pp. 716-717.

aislado en que Pereda ha descrito con toda su característica precisión las escenas tan ricas e imponentes que la Montaña ofrece al observador. Completamente inspirado en toda la belleza de la Naturaleza tal como existe en esta región, Pereda siente el deseo de transmitirnos sus propias impresiones por medio de las varias descripciones que hemos de analizar en esta primera parte. Este paisaje en que se mueve la acción de la novela es siempre el espectáculo natural perfectamente captado en todas sus condiciones gracias a la observación tan aguda de nuestro autor. Como veremos, escenas de serenidad y de tormenta abundan en esta novela y todo lo demás en la obra está en armonía con ellas. No son meramente creaciones de la fantasía sino descripciones de escenas que el escritor ha presenciado y cuyo amor a todo lo montañés le mueve a pintarnos lo que ha visto. Sobre este aspecto de la novela de Pereda, dice M. Romera-Navarro: "Característico de la obra de Pereda es el amor que en ella resplandece por la naturaleza. Sólo sintiendo tan profunda devoción, le era posible trazar aquellas páginas insuperables."<sup>1</sup> Sigue diciendo este crítico, y con razón, que "...con los sentidos todos percibimos campos y montañas, árboles y elementos; no parece que describe la naturaleza; parece que nos mete en ella."<sup>2</sup> Podríamos seguir citando las opiniones de innumerables críticos que han hecho estudios sobre estas mismas descripciones de Pereda, pero solamente por medio de la presentación de los fragmentos sobresalientes de estas escenas podrá el lector examinar su contenido. Al lanzarnos al análisis de estos cuadros

---

<sup>1</sup>M. Romera-Navarro. Ob. cit., p. 574.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 574.

conviene explicar que sería interminable pretender citar todos los pasajes de valor que hay en esta obra. Por esto, me he permitido citar los fragmentos que yo considero los más representativos de la maestría de Pereda en lo descriptivo. Estoy seguro de que el lector, después de haber leído los párrafos seleccionados, dirá que no son escenas de un novelista desinteresado sino las de un montañés que sí conoce la Montaña! Porque Pereda no pinta solamente lo externo de la sierra cantábrica sino se mete en cada rincón de ella para exponernos la parte más íntima y más esencial de su composición. Sin detenernos más, pasemos al análisis de estos cuadros escogidos que Pereda, el más montañés de todos los montañeses, como dice Menéndez y Pelayo, nos ha ofrecido.

La entrada de Marcelo, el sobrino de Don Celso, en la Montaña nos ofrece una serie de cuadros entre los cuales se destacan unos que son magníficos. Al encontrarse metido en el corazón de las salvajes alturas, el joven madrileño debe sentir en parte, por lo menos, la emoción y la grandeza del espectáculo que está contemplando por primera vez. Lástima que no podamos citar toda la escena que el viajero tiene ante sus ojos, pero en este fragmento que no necesita explicación podemos darnos cuenta de la impresión que recibió este joven elegante al tener su primer contacto con la sierra cantábrica:

"En presencia de aquel nuevo espectáculo y con la llanura del Puerto a la espalda, ya no era yo la estatua de granito con sangre de líquidos pedernales; la contemplación de aquel laberinto de sierras bravías, de cuetos escarpados y de picachos inaccesibles; de ásperos y sombríos repliegues

y de pavorosas quebradas y de abruptos peñascales, transportó súbitamente mis imaginaciones a los entusiasmos 'arqueológicos' de mi padre;..."<sup>1</sup>

Cuando el espolique Chisco indica a Marcelo la región que se llama, según el guía, "El Puerto", podemos presenciar también, por medio de las magníficas descripciones del autor, esta inmensa extensión de tierra cuyo panorama le mueve a describirnos toda la escena montañesa que tiene ante sus ojos, diciendo:

"!Pero qué tierra, divino Dios! A mi izquierda, y en primer término; dos altísimos conos unidos por sus bases, de Norte a Sur, como dos gemelos de una estirpe de gigantes; enfrente de ellos, a mi derecha, las cumbres de Palorpera dominadas por el 'Cuerno' de Peña Sagra que extendía sus lomos colosales hacia el Oeste; y allá en el fondo, pero muy lejos, cerrando el espacio abierto entre Peña Sagra y los dos conos, las enormes Peñas de Europa, coronadas ya de nieve, surgiendo desde las orillas del Cantábrico y elevándose majestuosamente entre blanquecinas veladuras de gasa transparente hasta tocar las espesas nubes del cielo con su ondulante y gallarda crestería. Por el lado en que me encontraba yo descendía la sierra blandamente hasta la base del primer cono, de la cual arrancaba hacia la derecha un cerro de acceso fácil, que resultaría montaña desde el fondo de la barranca en que terminaba bruscamente."<sup>2</sup>

Podríamos seguir citando esta magnífica escena en que Pereda nos describe la sierra cantábrica, pero sería una tarea interminable que los límites de esta tesis no permiten. Sin embargo, en esta primera entrada en la Montaña de Pereda podemos encontrar ciertas descripciones igualadas en otras partes de la novela pero que nunca son, a mi modo de ver, superadas en ella. Esta descripción de "El Puerto" que acabamos de mencionar debe colocarse entre este

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Obras Completas, Peñas Arriba. Cuarta Edición, M. Aguilar, Madrid, 1945. p. 2274.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 2272.

grupo, porque la considero como una de las mejores muestras del talento de Pereda en lo descriptivo, tanto por el manejo de las palabras con que describe la escena como por la manera en que logra hacernos sentir la fuerza y la bravura que la Naturaleza ha puesto en esta región alpestre que es la Sierra Cantábrica. En esta misma descripción es interesante notar el contraste que hace Pereda entre los dos conos y, como dice él, "dos gemelos de una estirpe de gigantes", porque esta clase de comparación ha de aparecer con mucha frecuencia en las escenas montañosas descritas por Pereda en esta obra. Podemos obtener una idea del esplendor y la magnitud del escenario natural que logra arrancar del joven madrileño estas palabras:

"Contemplando desde la sierra lo que se veía del panorama del Puerto, habíame comparado yo, por la fuerza del contraste, con un mísero gusanejo; pero al hallarme en el observatorio de más adentro, ¡qué cambio tan radical y tan súbito de ideas, y cuán extrañas las impresiones recibidas! ...Creo que fué de espanto, de frío y de arrepentimiento la primera y estoy seguro de que fué de melancolía la segunda, como lo estoy también de que la siguiente me infundió la sensación de lo que tenía a la vista, de tal modo y con tal intensidad y fuerza, que hubiera jurado yo que circulaban por mis venas líquidos pedernales, y era mi cuerpo una estatua de granito coronada con manojos de 'loberas' y 'acebuches'."<sup>1</sup>

Pocas son las descripciones, a mi manera de pensar, en que se encuentra tan bien expresada la impresión recibida por un hombre al contemplar la grandeza y el vigor de un espectáculo natural.

En Peñas Arriba la montaña es siempre el elemento natural que predomina y la influencia de ella sobre todos los personajes

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2273.

de la novela es tremenda. Se puede decir que el autor ha tratado de mostrarnos en esta obra la insignificancia del hombre cuando se le mete en el corazón de esta región tan bravía y tan salvaje, y por medio de las descripciones del paisaje nos hace ver la relación tan estrecha entre la Naturaleza y los que viven en la Montaña. Al analizar los caracteres del pueblo montañoses tal como Pereda los ha pintado en esta novela, podremos entender mejor el dominio de la Naturaleza sobre los humanos que habitan esta comarca, porque Pereda conoce la Montaña como si fuera una parte de su propio cuerpo y no permite que se le escape el menor detalle.

Podríamos citar páginas enteras de descripciones en que Pereda habla de su querida provincia montañesa, descripciones en que siempre se nota su afán de exponer al lector todas las cosas que forman una parte del ambiente local.

Sin embargo, Pereda no se limita a describirnos las alturas inaccesibles de las montañas sino nos pinta también la región habitada por los montañeses. Como, por ejemplo, en esta escena, de la cual citaremos un fragmento, en que Marcelo se pone a contemplar desde su ventana la tierra que tiene a la vista:

"Dentro de todo este marco, que parecía una contradanza de colosos encapuchados, se extendía una tierra de labor tijereteada en pedazos de pradera y de boronales, los primeros de un verde aterciopelado y los segundos con la nota pajiza que les daban los tallos secos, aún no cortados, del maíz recién cogido. Entre mi observatorio y esta mies, que descendía en rampa hacia los montes de enfrente y muy inclinada al mismo tiempo hacia el río, un pedregal erizado de malezas y surcado de senderos

y camberas de comunicación con el pueblo, cuyas casitas se veían, hechas un rebaño, en lo más alto de la mies, con la iglesia en medio, que parecía, y lo era en sustancia, su pastor."<sup>1</sup>

En este fragmento tenemos una idea de la serenidad característica de la vida provinciana que Pereda nos describe con la misma riqueza de palabras que emplea en sus descripciones de las alturas. En cada descripción, sea de la Montaña o del valle, se puede sentir siempre la emoción del autor cuando se pone a describir su región natal. Estas descripciones son el resultado de sus propias observaciones y no son creaciones de la imaginación porque Pereda ha vivido todo lo que nos pinta y conoce de memoria cada rincón de esta tierra que nos describe. Tantos son los paisajes que podríamos analizar en esta novela, a veces páginas de puras descripciones del ambiente, que nos sería imposible mencionarlos todos. Los paisajes de Pereda son pintados con una sencillez y una naturalidad tan vigorosas que el lector cree presenciar a veces la misma escena que el novelista nos pinta. Es una de las características predominantes del arte regionalista de Pereda, como veremos al continuar nuestro análisis de sus obras.

Viaje interesantísimo es el de Marcelo y el cura, personaje que analizaremos más tarde, durante el cual llegan a lo más alto de la sierra y contemplan nuevamente toda la belleza y el esplendor de la Naturaleza. En esta descripción se menciona el mar que ha de recibir toda la atención de Pereda en la novela Sotileza, obra dedicada completamente a la vida marítima de Santander. Sin

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2289.

embargo, Marcelo y el cura llegan a la parte más alta de la región y en estas palabras se nos describe lo que tenían a la vista:

"Roto, despedazado y recogido así el velo que me había ocultado la realidad del panorama, se destacó, limpia y bien determinada, la línea de la costa sobre la faja azul del mar, y aparecieron las notas difusas de cada paisaje en el ambiente de las lejanías y en los valles más cercanos: las manchas verdosas de las praderas, los puntos blancos de sus barriadas, los toques negros de las arboledas, el azul carminoso de los montes, las líneas plateadas de los caminos reales, las tiras relucientes de los ríos culebreando por el llano a sus desembocaduras, las sombrías cuencas de sus cauces entre los repliegues de la montaña... Todos estos detalles y otros y otros mil, ordenados y compuestos con arte sobrehumano en medio de un derroche de luz, tenían por complemento de su grandiosidad y hermosura el silencio imponente y la augusta soledad de las salvajes alturas de mi observatorio."<sup>1</sup>

En estas pocas palabras, entreveo una de las mejores descripciones del paisaje que existe en esta novela Peñas Arriba. Por medio de este conjunto de frases Pereda ha logrado exhibir su maestría en el arte de describir los paisajes y la tierra de su querida Montaña, haciendo que el lector sienta toda la emoción y la exaltación como si estuviera presenciando en realidad esta escena montañesa.

Un análisis del paisaje montañés sería imposible sin prestar nuestra atención al invierno en la Montaña y las nevadas que siempre vienen con él. Marcelo observa la primera nieve que había visto en la provincia y su observación nos ofrece otra buena descripción de la Naturaleza en su forma invernal. El joven habla de las nevadas que había visto en otras regiones del mundo y las compara con la que está presenciando en la aldea montañesa. En estas líneas tenemos una idea de la nevada en Santander aunque hemos

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., pp. 2317-18.

de entender mejor la furia de la Naturaleza en las sierras al analizar la tormenta en las montañas:

"Había cesado de nevar; pero estaba el cielo encapotado, 'de color de panza de burra'. Yo había visto nevadas en Madrid, y en París, y en San Petersburgo..., muchas nevadas, pero siempre en terreno llano y entre calles; es decir, una alfombra de lienzo algo sucio sobre la vía pública, y mantas de vellones blancos tendidas en los tejados de enfrente; nevadas, en fin, de teatro, sin la más remota semejanza con lo que estaba viendo desde la solana de mi tío. Parecía que las montañas del contorno habían triplicado su altura, y la unidad de color de todas ellas, con la redondez de formas que les daba la acumulación de la nieve sobre sus naturales y bruscas asperezas, cambiaba a mis ojos todos los términos y todas las líneas del panorama que tan conocido me era."<sup>1</sup>

Por medio de estas palabras podemos tener una idea del gran cambio que se efectúa en la Montaña al llegar la primera nevada del invierno. En las espléndidas escenas que siguen Pereda nos describe todo el furor de la tormenta en la Montaña y nos hace sentir la fuerza de la nevada en la cordillera cantábrica. Es interesante notar cómo el autor describe la llegada de la tormenta en las montañas:

"Lo tan temido y esperado no tardó en llegar; negro, espeso, rugiente, furibundo, como si toda la mar con sus olas embravecidas y sus huracanes y sus bramidos y su empuje irresistible hubiera salido de su álveo incommensurable para pasar por allí."<sup>2</sup>

La comparación entre las nevadas que Marcelo había visto en las grandes ciudades del mundo y la blanca furia de la Naturaleza en la Montaña nos ofrece un estudio en sí si nos lo permitiera el tiempo. La nevada montañesa debe contarse entre las mejores

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2378.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 2385.

escenas descritas por Pereda en la novela, porque en esta escena el autor nos habla nuevamente de cómo la Naturaleza muestra su dominio sobre los pobres humanos y nos hace ver por qué el invierno es la estación más temida por "...los tributos que cobran cada año las nieves en las montañas".<sup>1</sup>

Como ya hemos dicho, en esta obra abundan páginas espléndidas en que se describen todas las maniobras de la Naturaleza. En esta primera parte del capítulo hemos hablado de los paisajes de la Montaña, analizando algunos que son más representativos, para conocer mejor esta provincia de Pereda que nunca se cansa de elogiar. La novela de Pereda está llena de descripciones; en cada página se encuentra una descripción de algún aspecto de la vida montañesa y para poder juzgar el gran valor descriptivo de la producción literaria de Pereda hay que considerar primero los cuadros sueltos porque en ellos está encerrado lo que el autor titula "el sabor de la tierra", y que representa, en este caso, todo lo que forma una parte de la Montaña. Estos cuadros sueltos que hemos de examinar contienen descripciones del paisaje, de los personajes, del ambiente, de las costumbres y del lenguaje provinciano. Acabamos de analizar brevemente los paisajes descritos por el autor y nos toca examinar las escenas en que el escritor nos habla de la vida montañesa. Sin embargo, antes de abandonar por ahora nuestro estudio del paisaje natural de la Montaña, deseo mencionar, aunque sea en estas pocas palabras, la descripción que hace Pereda del crepúsculo montañés. Se nota también cierto

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2378.

elemento filosófico en estas líneas en que dice :

"Así llegó el crepúsculo, torvo, silencioso, amenazante, como ladrón asesino que aguarda las tinieblas de la noche para consumir el crimen forjado en su cerebro. Cuantos cálculos hacíamos para engañarnos unos a otros resultaban increíbles en presencia de la realidad de tantas horas transcurridas sin saber nada de los ausentes, y, sobre todo, de aquella noche espantable que se venía encima de Tablanca..."<sup>1</sup>

Así llegamos al fin de este breve examen de los principales cuadros del paisaje que yo considero los más representativos para un estudio de esta clase. Ahora nos toca analizar los varios tipos creados por Pereda para representar al pueblo montañés. Al final del capítulo hablaremos de la novela como obra regional y mencionaremos de nuevo la importancia de los paisajes que acabamos de examinar en este breve espacio. Conviene tener presentes estas palabras de Menéndez y Pelayo quien, al hablar de los paisajes de Peñas Arriba y del talento de Pereda en lo descriptivo, se expresa así:

"Como paisajista, nunca ha rayado a mayor altura que en las descripciones de los puertos altos de la cordillera cantábrica, que llenan en gran parte este libro, el cual, a la vez como novela, puede considerarse como un relato de viajes..."<sup>2</sup>

#### Los Habitantes de Peñas Arriba

Al analizar cada tipo montañés creado por Pereda en esta novela, veremos que todos los personajes llevan el sello de la sierra indómita y del ambiente rudo y salvaje que los rodea. Hay que tener presente que esta raza de que nos habla Pereda vive siempre en íntima relación con todas las fuerzas de la Naturaleza

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2381.

<sup>2</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 443.

y por medio de la exactitud tan característica de la descripción perediana podremos ver claramente todos los diferentes aspectos de la vida montañesa. Nunca perdemos de vista las magníficas alturas ni dejamos de sentir el dominio que la sierra ejerce sobre la vida y las acciones de estos seres humanos. Con esta sencilla advertencia pasemos al análisis de los personajes que aparecen en la obra.

Los personajes principales de la novela que examinaremos primero son el joven madrileño, Marcelo, y su tío, el venerable Don Celso. ¡Qué contraste entre estos dos hombres! Ambos están muy bien retratados y nos ofrecen un estudio muy interesante.

En la primera parte de la novela Pereda pinta lo que él considera el personaje típico de la gran ciudad y lo hace hablar como buen madrileño. Marcelo, porque así se llama el joven, nos explica en sus propias palabras su actitud personal hacia la vida provinciana:

"Es muy de notarse que en la afición más acentuada de todas las mías, la de los viajes, me seducía mucho más el artificio de los hombres que la obra de la Naturaleza. Como buen madrileño, amaba a Madrid sobre todas las cosas de la Tierra, y después de Madrid, a sus similares de España y del extranjero;...Hito y habitante de tierra llana, los montes me entristecían y los cielos borrosos me acoquinaban."<sup>1</sup>

Dice Marcelo que está muy contento en lo que Pereda llama la "alta sociedad" y que prefería la atmósfera que encontraba en "...los teatros, en los paseos y hasta en los balnearios de moda, y en el 'sport';..."<sup>2</sup> ¡Y éste es el joven que ha de convertirse en

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., pp. 2265-66.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 2265.

montañés al alejarse de la ciudad y establecerse en la Montaña! Hay que tener en cuenta estas primeras declaraciones de Marcelo porque son de sumo interés, y se puede notar claramente el gran cambio se ha efectuado en él, debido a la poderosa influencia de la sierra cantábrica y de todos los personajes con los cuales ha tenido contacto. Marcelo representa para mí el prototipo del joven urbano y entre él y los demás personajes que aparecen en la obra se puede notar claramente el contraste que Pereda deseaba hacer. Sin embargo, Marcelo me parece un tipo muy humano y podría ser cualquier joven "a la moderna", como dice Eguía Ruiz. Este joven se aleja de su querida sociedad capitalina para pasar un rato en Tablanca, y se prepara como si fuera a hacer un viaje "por el centro de un remoto continente inexplorado", como nos explica en el primer capítulo. La opinión de Eguía Ruiz acerca de este joven madrileño me parece de sumo interés y me permito citar este párrafo en que habla del contraste entre el carácter de Marcelo y el de la región en que se mete:

"Y es lo más curioso y sorprendente que un protagonista como Marcelo, cortado por semejante patrón correcto y cortésano, es el escogido por Pereda para enamorado huésped de aquellas regiones condorinas donde se forja el rayo; y que se introduce en escena y vive largo tiempo en ella, presentando rostro a las cenudas tenebres y fosquedades de aquella naturaleza bravía, y haciendo coro y 'rallentando' con los cantos épicos que, en loor de sus penas, entonan aquellos heroicos moradores, y lidiando bravamente con lo dificultoso de su rutinario vivir, y arriescándose de cuando en vez a los mismos peligros que ellos, con gran coraje y temeridad, y empeñándose del todo, en el modo de ser de aquellos campesinos, en sus costumbres, en su ruda y nativa idiosincrasia."<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Constancio Eguía Ruiz. Literaturas y Literatos. Madrid, Saenz de Jubera Hnos., 1914. pp. 185-186.

En estas sencillas palabras de este autor tenemos una explicación muy clara de la situación en que Marcelo se encuentra, y que más tarde discutiremos nuevamente. Porque Marcelo, "el tipo del joven elegante"<sup>1</sup>, como dice M. Romera-Navarro, aunque de gran importancia en cuanto a la trama de la novela, es superado por muchos de los otros tipos de la Montaña que hemos de examinar, unos de los cuales parecen insignificantes por el papel que desempeñan.

La figura del simpático caballero montañés Don Celso recuerda mucho a otros hidalgos provincianos que Pereda ha creado en sus otras novelas, como, por ejemplo, Don Pedro Mortera en El Sabor de la Tierrauca, sin embargo, para mí este "solariego montañés" es muy superior a los otros que hemos discutido en este trabajo y su figura tan noble y virtuosa es otra prueba de la maestría de Pereda en el arte de trazar los personajes. ¡Qué descripción la que nos hace Pereda del buen Don Celso, empezando por describirnos los ojos del hidalgo en esta forma:

"Eran chiquitos y garzos los de mi pariente, y miraban con la vivacidad de los del raposo, a la sombra de unas cejas grises, muy espesas y erizadas; la nariz, aguileña; la boca, nunca enteramente cerrada ni quieta, parlanchina como los ojos, aunque callara; la tez, muy pálida y rugosa; la barbilla, redonda y algo prominente debajo del labio inferior; las orejas, formidables y muy velludas en las cercanías de los oídos; la cabeza, bastante plana por detrás..."<sup>2</sup>

En este párrafo creo notar otra vez la prueba de que Pereda posee el don de una observación tan aguda y tan exacta que le permite trazar aun los aspectos más nimios, como en esta descripción de

-----

<sup>1</sup>M. Romera-Navarro. Ob. cit., p. 570.

<sup>2</sup>José María de Pereda. Ob. cit., pp. 2277-78.

Don Celso en que no se le escapa ni el pormenor más insignificante. Debemos recordar también la opinión de Eguía Ruiz acerca del hidalgo de Tablanca, porque en esta descripción que hace este autor podemos encontrar otra idea de este personaje tan famoso que Pereda ha creado. Así lo describe Ruiz:

"Y el patriarca de la vida rústica, el árbol viviente de la tradición, el gran Don Celso, añoso y triste bajo el peso de su incurable dolencia, y queriendo suscitar un tallado vástago en que retoñezcan y revivan la dicha y glorias seculares, no duda en irlo a buscar a la corte en la persona de su elegante sobrino Marcelo..."<sup>1</sup>

Podríamos citar una serie de descripciones del noble caballero de la Montaña, pero es preferible analizar únicamente los rasgos principales de su carácter porque la figura de Don Celso representa todo lo bueno y lo noble y lo cristiano que existe en los habitantes de las montañas santanderinas, y fué con este objeto que Pereda lo creó con tanta exactitud y lo colocó en el corazón de la Montaña. Don Celso es, como veremos al analizar a los otros personajes que aparecen en la novela, el centro de toda actividad que hay en Tablanca y las montañas que lo rodean, y representa para mí el mejor ejemplo del poder benéfico del sistema patriarcal. La figura del benemérito Don Celso, "...campechano y sin retóricas, sencillo hasta la rudeza y noble y sano de corazón"<sup>2</sup>, representa la clase de hombre cuyo único deseo es la continuación de las tradiciones y cuyo único interés es el bienestar del pueblo que es su responsabilidad. Está muy bien estudiado este personaje de Don Celso, como si Pereda hubiera conocido al mismo patriarca y

-----

<sup>1</sup>Constancio Eguía Ruiz. Ob. cit., pp. 185-186.

<sup>2</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2327.

lo hubiera tomado por modelo al crear para esta novela la figura del hidalgo montañés.

Al final del capítulo hablaremos de todos los personajes en conjunto, pero ahora nos toca analizar a otro señor de gran importancia en la novela y cuya figura nos ofrece otro magnífico estudio. Me refiero al cura, Don Sabas, quien es tan parte de la Montaña como las mismas piedras, cuyo amor a las salvajes cumbres llega a ser una forma de devoción, como se puede notar en esta descripción que hace Marcelo del señor cura al llegar a lo más alto de la sierra:

"Volviendo, al fin, los ojos hacia don Sabas, de quien me había olvidado un buenrato, porque el mismo tiempo hacía que no se cuidaba él de mí, le hallé, por las trazas, leyendo el gran libro en la misma página que yo. Estaba en pleno hartazgo de Naturaleza, según declaraban sus ojos resplandecientes, su boca entreabierta y como ávida de aire serrano, y aquella su especial inquietud de músculos y hasta de ropa."<sup>1</sup>

Lo que se nota primero en el carácter del cura Don Sabas es la nobleza y la bondad que caracterizan cada una de sus acciones, aunque sea en la tertulia o en la cumbre más primitiva de la Montaña. El cura es, como Pereda mismo, siempre el evocador de la Naturaleza tal como se exhibe en esta región aislada y su influencia sobre el joven Marcelo es tremenda porque el cura posee el don de poder exponer al espectador todo lo que hay de belleza y de grandeza en la serie de barreras naturales que son la cordillera cantábrica. Esta cualidad se nota muchas veces cuando Don Sabas conduce a Marcelo a la parte más alta de la

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2318.

tierra y le permite contemplar la vasta extensión de montañas con que la Naturaleza ha dotado la provincia. Es otro de los montañeses que tratan de hacer que el mozo Marcelo se adapte a las condiciones rústicas en que se encuentra, para que se quede allí entre los suyos. Otro magnífico ejemplo de esta devoción a la Naturaleza del cura se puede encontrar en esta conversación entre Don Sabas y Marcelo en que el cura le señala una escena natural y le dice:

"¡Mira, Hombre!---acostumbraba tutearme o hablarme en impersonal en cuanto nos elevábamos un poco sobre el nivel de Tablanca---¡Mira, Marcelo! No jurarías que aquello que resplandece y llamea allá arriba, allá arriba en aquel picacho, es la última de las luminarias con que el mundo festeja a su Creador mientras el sol anda apagado por los abismos de la noche?"<sup>1</sup>

Numerosas son las escenas en que se notan las características del buen cura, sin embargo, son las mismas que se pueden observar en muchos de los otros personajes de la novela, porque son todos de la misma raza y todos viven bajo el mismo dominio y la misma influencia de las alturas que los rodean.

Porque para Don Sabas las montañas representan la forma más perfecta de la Naturaleza y le sirven "para conocer a Dios, para sentirle en toda su inmensidad, para adorarle y para servirle."<sup>2</sup> ¡Qué contento está el noble religioso entre las alturas que le sirven de "altares grandiosos"!

Otro personaje que merece nuestra atención es Chisco, el espolique, en quien se puede notar la sencillez y la rusticidad tan características de los habitantes de la comarca. Además de

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2318.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 2299.

la rudeza y la bondad del guía, me parece de sumo interés el lenguaje tan pintoresco con que siempre se expresa. Conviene citar unos fragmentos de ciertos pasajes en que Chisco nos habla en su estilo tan arcaico y rústico y nos expone muchas de sus propias ideas y creencias. Aparecen en la novela varios personajes de la misma clase de gente pero Chisco me parece el más representativo y el más interesante. La falta de espacio no nos permite analizar todos los tipos de la Montaña, como, por ejemplo, don Pedro Nolasco, el "Marmitón" de las tertulias, Pito Salces, Tanasia y su padre el Topero, el Tarumbo, Facia, la criada de don Celso, y su hija Tona. Todos son personajes dignos de estudiarse a parte, pero sería imposible en una tesis de esta brevedad examinar detalladamente a todas las personas que forman el reparto de la novela. Todos estos personajes forman una parte de la vida sencilla del campo que Pereda defiende tan vigorosamente en esta novela.

Chisco, el fiel sirviente de Don Celso, es uno de los tipos más interesantes y más humanos que Pereda ha creado en esta obra en que todos los personajes tienen su interés propio y todos son trazados exactamente como existen, sin mejorarlos ni tratar de representarlos como deben ser, una tendencia que tiene Pereda como nos dice en la primera advertencia de sus Obras Completas. A esta clase de gente pertenece Chisco, porque es el más lugareño de todos los rústicos tipos que aparecen en la escena. Pero es interesante notar que es al mismo tiempo un devoto admirador de la Montaña y de todo lo que existe en ella. Para el extranjero,

el lenguaje de Chisco resulta bastante difícil pero tan lleno de colorido que es una parte innegable del rústico ambiente en que nos encontramos. Por ejemplo, uno de los numerosos diálogos entre Marcelo y Chisco durante el viaje de entrada en la Montaña, en que Marcelo le pregunta a Chisco si cierto río es el Ebro y éste le contesta en esta forma:

"El Ebru?---repitió el espolique, admirado de mi pregunta---. Echili un galgu ya, por el andar que yevaba cuando le encontramos naciendi. Este es el 'Iger' (Híjar), que sal de aquellus montis de acuyá enfrenti. Pero bien arrepara la cosa, no iba uste muy apartau de lo iusto, porque si no es el Ebru ahora propiamenti, no tarda mucho ratu en alcanzali pa dirse juntos los dos en una mesma pieza por esus mundus ayá; y tan Ebru resulta ya el unu como el otro."<sup>1</sup>

En las conversaciones de Chisco, y son numerosas en esta novela, podemos observar la maestría de Pereda en el diálogo y en el uso de los términos locales que son, para mí, tan pintorescos. Además de notar el lenguaje de la provincia se puede hallar en las sencillas frases de Chisco una filosofía muy interesante. Por ejemplo, habla de Tona, la hija de Facia, y le dice a Marcelo:

"Y, en finiquitu, el güey suelto bien se lambe, y pue que sean permisión de Dios esos trompiezus, pa librarme en el día de mañana de otros que me des-calabrarán pa toos los días de mi vida."<sup>2</sup>

Chisco nos interesa principalmente por el lenguaje que emplea y por la admiración tan fuerte y tan natural que muestra por todo lo montañés. Es lo que Pereda llama "un Cantabrazo" para indicar que un hombre es gran admirador de los encantos y la belleza de la Montaña. Pasemos al análisis de otro personaje de significancia

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2269.

<sup>2</sup>Ibidem, pp. 2370-2371.

para nuestro estudio, aunque podríamos seguir discutiendo todo lo que hay de interés en la figura del espolique Chisco.

Neluco Celis, el joven médico de Tablanca, es otro personaje que me parece de sumo interés para nuestro estudio. Entre este señor y Pablo Mortera de El Sabor de la Tierruca se notan muchas semejanzas, particularmente en cuanto a sus ideas y ambiciones, porque en Neluco como en Pablo, se destaca el amor al terruño natal. Es un aspecto peculiar a todos los personajes creados por Pereda, aunque sean los hidalgos o labriegos, este amor a todo lo montaños. El caso del joven médico de Tablanca no es una excepción como podemos ver en la conversación entre Marcelo y él. El madrileño habla de la monotonía de la vida en la Montaña y podría ser Pereda mismo quien le contesta con este discurso sobre los encantos y el hechizo de las montañas que es muy digno de notarse. Así le responde Neluco a Marcelo:

"¡Monotonía!---repitió el mozo enardeciéndose un poquillo--. ¡Y yo que la encuentro solamente en las tierras llanas y en sus grandes poblaciones! Madrid, Sevilla, Barcelona... París, la capital que usted quiera, pasa por ser una jaula más o menos grande, mejor o peor frabricada, en la cual viven los hombres amontonados, sin espacio en qué moverse ni aire puro qué respirar."<sup>1</sup>

En estas sentidas palabras, Neluco habla de todo lo que se echa de menos cuando se aleja de la Montaña y el discurso que hace en este capítulo es casi una copia exacta del que pronuncia Pablo Mortera en El Sabor de la Tierruca y sobre el mismo tema cuando trata de explicar el por qué no puede estar contento fuera de la Montaña. Las palabras del joven médico son claramente las de

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2307.

Pereda mismo, quien predica de nuevo la vida sencilla de la provincia y condena la de la gran ciudad. Además de hacer que Neluco hable por él, Pereda logra meter otra vez su doctrina en cuanto a la gente montañesa, cuando Marcelo le dice al médico que los habitantes son rústicos e ineducados y éste le contesta así:

"Como deben ser y como deben estar---me replicó inmediatamente---para el destino que tienen en el cuadro. Lo absurdo y lo indisciplinable fuera en mí, que he pido ni puedo pedir en estas soledades agrestes las óperas del teatro Real, ni los salones del gran mundo, ni los trenes lujosos de la Castellana, exigir a estos pobres campesinos la elocuencia de nuestros grandes tribunos, las habilidades de nuestros políticos y el saber de nuestros doctores y académicos."<sup>1</sup>

En los sentidos discursos de Neluco Celis encontramos numerosos ejemplos de exaltación de la Naturaleza y de las virtudes de la vida de los habitantes de esta comarca tan rústica y tan aislada. Neluco, como los demás personajes de la novela, está en íntimo contacto con la Montaña y nos hace sentir esta relación en cada palabra y en cada acción que realiza.

Antes de llegar al análisis del último personaje que nos toca examinar en esta parte del capítulo, conviene tomar en cuenta la opinión de M. Romera-Navarro, quien describe así las figuras que Pereda ha creado en esta novela: "¡Cuántas figuras dignas de reproducirse en bronce, don Celso, Lita, don Sabas, el señor de Provedaño, don Pedro...!"<sup>2</sup> Todos estos personajes aparecen de cuando en cuando en las tertulias que forman una parte tan esencial de la vida social de Tablanca. En la siguiente parte del capítulo hablaremos de la tertulia, pero conviene explicar

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2307.

<sup>2</sup>M. Romera-Navarro. Ob. cit., p. 572.

que los personajes que asisten a las tertulias en la casa de don Celso nos ofrecen una serie de cuadros incomparables de la sencilla y rústica gente de la Montaña, y nos presentan la oportunidad de observar de cerca los rasgos principales del carácter montañés.

Este último personaje que hemos de examinar antes de llegar al resumen de los tipos montañeses en conjunto, es un hombre de poca significancia para la trama de la novela pero una figura de gran interés para mí. Me refiero al señor de Provedaño, porque así se le llama en la obra, y a pesar de la poca atención que recibe en Peñas Arriba merece también mención en este trabajo por el contraste que ofrece con los demás personajes. Conocemos primero al señor de Provedaño durante el viaje que hacen Neluco y Marcelo por la comarca. La escena en que Marcelo llega a conocer a este señor merece un recuerdo y en los trozos que citamos abajo se puede notar varios rasgos del carácter provinciano:

"Representaba cincuenta años bien corridos; tenía buen color, la cabeza muy poblada de pelo alborotado y recio, la cara pequeña y enjuta, y aun parecía más chica de lo que era por lo espeso de la barba, que le ocupaba la mitad; la barba y el pelo, empezando a encanecer; la frente ancha, y destacado el entrecejo;..."<sup>1</sup>

Como dice Marcelo al describir el encuentro, "a mí me saludó con la cortesía y los ademanes de un gran señor, de los esquisitamente educados; porque los hay de ellos sin pizca de educación".<sup>2</sup> En esta frase se puede notar otra opinión expresada por Pereda, porque, como hemos de ver, este señor de Provedaño es uno de los hombres más eruditos de la región cuyas obras publicadas por la

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2332.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 2332.

Real Academia le habían traído mucha fama literaria. Hemos llegado al castillo del famoso historiador de la Montaña, hombre de gran erudición, cuyo gran afán es el de exponer al mundo los hechos más notables de los montañeses a través de los siglos. Durante la cena y toda la visita el historiador sigue describiendo a Marcelo las actividades de los más famosos montañeses desde los primeros tiempos. Habla además de cómo andan las cosas en la comarca y de la importancia de Don Celso en la región de Tablanca. El lector se da cuenta de que toda la historia y los relatos que hace el viejo montañés tienen también el objeto de retener a Marcelo en la Montaña. En la figura de este orgulloso historiador de la región cantábrica tenemos un magnífico ejemplo del espíritu indomable que Pereda nos quiere mostrar, y en algunos de los discursos del viejo solariego se puede oír la voz de Pereda mismo. En unos de los sentidos discursos que hace el señor de Provedaño creo hallar la doctrina de Pereda claramente expresada. Por ejemplo, en esta sencilla conversación en que dice el historiador:

"Debo advertir a ustedes que, aunque lo parezco en ocasiones, no soy, ni a cien leguas, un apasionado ciego de todo lo pasado. Creo, porque a la vista está, que las cosas se van modificando a medida que corre el tiempo, y lo del refrán castellano, que 'a otros tiempos, otras costumbres y otras leyes'; pero quiero, sin dejar por eso de ser hombre del día, antes al contrario, por lo mismo que lo soy, que esas modificaciones de las costumbres y de las leyes se deriven por su propio peso, digámoslo así, de la naturaleza de las cosas mismas; que las leyes se acomoden al modo de ser de los pueblos, no los pueblos a las leyes de otra parte porque en ella den buenos frutos."<sup>1</sup>

Este discurso del señor de Provedaño nos da otra idea muy exacta

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2336.

de sus ideas que son las mismas que predica Pereda en todas sus novelas y en esta sencilla conversación está encerrada la doctrina y la filosofía del autor. Por eso, creo que la figura de este señor de Provedaño merece un recuerdo en cualquier estudio de esta clase, porque, como dice Menéndez y Pelayo, "...la figura del hidalgo de la Torre de Provedaño, aun con ser rigurosamente histórica, resulta admirable triunfo del arte".<sup>1</sup> Para mí, el viejo historiador de la Montaña es una de las personas más interesantes que figuran en la novela, a pesar de lo poco que tiene que ver con la sencilla trama de la obra.

Con este rápido examen de este personaje llegamos al fin del análisis de las figuras principales de la novela. Sin embargo, para poner aun más en claro las características de esta raza montañesa que Pereda nos describe, debemos dedicar unas pocas palabras a un resumen de lo que hemos observado durante nuestro estudio de los varios caracteres de la Montaña. En nuestro análisis de las dos obras de la Montaña, El Sabor de la Tierra y Peñas Arriba, hemos tenido la oportunidad de observar un grupo de personajes muy variados. Estos personajes quedan caracterizados desde el principio de la obra por ciertas cualidades que son muy dignas de notarse. Así es que me parece oportuno detenernos un instante para hacer más o menos una aclaración de estas varias características que Pereda siempre atribuye al carácter montañés. A pesar de la gran variedad de personajes que aparecen en las dos novelas, siempre se puede notar que todos poseen ciertas

---

<sup>1</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 443.



características comunes. Porque, todos son los instrumentos de este pintor quien desea pintarnos la vida de los habitantes de su querida Montaña. El valor principal de la novela Peñas Arriba, dejando a un lado las insuperables escenas naturales, consiste en estos mismos personajes creados por Pereda, que no son creaciones de su imaginación sino que "viven y se mueven, expresándose---lo que no deja de constituir uno de sus más altos méritos",<sup>1</sup>

La figura de menos interés para mí es la de Marcelo, por no ser en realidad una parte de todo este magnífico grupo de aldeanos. Así opina Menéndez y Pelayo, cuando habla del joven madrileño y dice: "Encuentro más débil la del protagonista narrador, por cuya boca habla excesivamente el espíritu de Pereda:..."<sup>2</sup> Sin embargo, por medio de las descripciones que Pereda pone en boca de este joven podemos formar una idea de la raza que el autor nos quiere presentar. Por ejemplo, en este párrafo en que dice:

"...todos y todas andaban, hablaban y se movían con la misma parsimonia, y en todas las caras, viejas y juveniles, se notaba la misma expresión de bondad, con cierto matiz de sobresalto, como si la continua visión de las grandes moles a cuya sombra viven aquellas gentes las tuviera amedrentadas y suspensas."<sup>3</sup>

En otra ocasión Pereda vuelve a hablarnos de esta raza montañesa en general y nos proporciona otros datos de gran interés:

"La raza es de lo más sano y hermoso que he conocido en España y yo creo que son partes principalísimas de ello la continua gimnasia del monte, la abundancia de la leche y la honradez de las costumbres públicas y domésticas."<sup>4</sup>

<sup>1</sup>Jaime Fitzmaurice-Kelly. Ob. cit., p. 364.

<sup>2</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 444.

<sup>3</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2300.

<sup>4</sup>Ibidem, p. 2300.

Sería imposible negar que es esta raza que habita la Montaña de las más fuertes, siempre acostumbrada a exponerse a toda la furia de la región en que vive. Un magnífico ejemplo es Chisco, un campesino de los más sencillos y rudos, cuyo heroísmo y sentido común se revelan con toda claridad durante el episodio de la caza de los osos en las montañas.

Otro elemento interesantísimo que debemos mencionar es la poca importancia que tienen para los montañeses las cosas de "la otra banda", como dice Pereda. Casi nunca se refiere el autor al extranjero y en sus novelas nos hace ver que esta gente montañesa es así por haber escapado la influencia de los movimientos progresistas que causan tantos disturbios en otras partes del mundo. Gracias a la protección de las barreras naturales que los aíslan del resto del globo, los montañeses siguen observando las mismas tradiciones que sus antepasados observaban durante los siglos anteriores. Este fenómeno se nota en el sistema patriarcal que todavía predomina en el valle de Tablanca y podemos entender mejor la importancia en la comarca del noble Don Celso.

En resumen podemos decir por lo que hemos observado en esta novela Peñas Arriba, que las cualidades principales que poseen los habitantes de la Montaña son las siguientes: la sinceridad, la cortesía siempre evidente, la paciencia tan peculiar a todos los pueblos rústicos, una confianza casi ciega en el patriarca, una sencillez que se revela en sus costumbres y lenguaje y una religiosidad profundísima que nunca deja que sentirse. Podríamos

agregar a esta lista de características la hospitalidad también particularmente presente en las regiones aisladas, la satisfacción de los montañeses con lo poco que tienen de valor material y el alto concepto del honor que prevalece en la Montaña. Sin embargo, todas estas características parecen secundarias en contraste con la que yo considero la más sobresaliente, el amor profundo que cada montañés siente por la tierra. Está claro que son admirables todas estas cualidades pero la característica que más llama la atención en esta novela es esta devoción a la Naturaleza que se exhibe en el carácter de los habitantes, como si "sólo tuvieran ojos y corazón para ver y sentir el terruño nativo".<sup>1</sup> Ésta es la nota predominante que he observado al examinar esta obra magistral del famoso novelista montañés. Por medio de estas cualidades Pereda logra realizar el fin de la novela, el de explicarnos, como dice M. Romera-Navarro, que en la Montaña la vida es "más sana, más laboriosa, porque el contacto de la naturaleza fortalece el carácter, porque los mismos vicios e intenciones de los hombres son más francos, menos sutiles y pérfidos que en la ciudad".<sup>2</sup> Con este objeto Pereda ha creado este maravilloso conjunto de personajes que se mueven ante nuestros ojos por las magníficas escenas de la Montaña.

#### Las Costumbres de la Montaña

Peñas Arriba, además de contener una abundancia de escenas de gran belleza y un grupo de personajes inolvidables, cuenta con

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2300.

<sup>2</sup>M. Romera-Navarro. Ob. cit., p. 572.

varios cuadros de costumbres que muestran indiscutiblemente el gran talento de Pereda como costumbrista. En esta parte del capítulo veremos en qué consiste este arte costumbrista de nuestro autor. Como dice Menéndez y Pelayo, al elogiar la obra de su provincia nativa, "los personajes populares de Peñas Arriba son intachables de color y de relieve,"<sup>1</sup> y en cada cuadro de costumbres se refleja este mismo color del cual habla el famoso crítico santanderino. La manera en que Pereda nos describe estas costumbres locales muestra claramente la observación tan aguda y penetrante que él poseía, porque son cuadros en que los detalles más insignificantes reciben la atención del autor. Pereda pinta cada escena con el "varonil realismo", como dice Fitzmaurice-Kelly, que caracteriza siempre su producción literaria.

En este análisis, nos toca tratar la cuestión de las costumbres provincianas, y, como veremos, pocos escritores han logrado presentar al lector en forma tan clara la vida del pueblecito como lo hace Pereda con las descripciones de la vida familiar de Tablanca. Citaremos unos fragmentos de estas escenas de costumbres que considero sobresalientes en que se admira la maestría de Pereda en lo descriptivo. En mi opinión, son muy admirables todos los cuadros de costumbres que Pereda nos ha pintado, desde las sencillas descripciones de la cocina, lugar en que se reúnen los tertulianos, hasta los funerales del nobilísimo Don Celso. En Peñas Arriba abundan estas escenas y cuadros en que el famoso novelista montañés nos describe con

---

<sup>1</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 443.

toda exactitud la sencilla vida de los habitantes de su "patria chica". Mientras examinamos brevemente estos fragmentos de los cuadros de costumbres debemos observar el lenguaje pintoresco que forma una parte tan esencial de la novela, porque el gran número de arcaísmos que se hallan en el habla popular de los montañeses presenta en sí mismo un magnífico estudio.

Merece colocarse en primer lugar entre las escenas familiares que Pereda nos pinta en la primera parte de la obra la de la cena ofrecida en honor de Marcelo, quien, recién llegado a la Montaña, observa por primera vez esta costumbre tradicional. No podemos menos que hacer mención de esta primera cena en la "casa solariega" para observar este aspecto de la vida local:

"Comenzando a contar por los cubiertos y dos cucharones de plata de anticuada forma, una torta de pan 'casero', ocho vasos de cristal verdoso y un botellón muy negro, todo cuanto había y fué apareciendo sobre la mesa era macizo y grande, abundante hasta lo increíble. Primeramente, un cangilón de sopa de leche; después, una fuente muy honda, de un potaje de nabos en ensalada; luego, una tortilla de torreznos, seguida de una asadura picante, y, por último, una compota descomunal de manzanas, y mucho queso curado, de ovejas."<sup>1</sup>

Así nos describe Marcelo la primera cena en la casa de su tío, Don Celso, donde "...lo único que escaseaba allí eran la luz y el calor...".<sup>2</sup> En la misma escena hallamos descripciones de varias costumbres de la Montaña, entre ellas el apretón de manos y la hora cuando los montañeses se acuestan. Todos estos datos y más se encuentran en esta descripción que sigue así:

"Por lo demás, no te creas: entre el laberinto del ganado abajo y la tertulia de arriba después de rezar

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2285.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 2285.

el rosario, rara es la noche en que nos acostamos más temprano...

Levantámonos todos, dió gracias el cura, respondimoslo cumplida y devotamente, y se fué con don Pedro Nolasco, no sin haberme hecho volver a ver las estrellas con los apretones de manos que me dieron por despedida."<sup>1</sup>

Una de las costumbres más interesantes que Pereda nos describe en la novela es la de las tertulias en la casa de Don Celso. En estas reuniones tan interesantes se nota el espíritu y todo el colorido local tan característicos de esta vida rústica. Como ya hemos dicho, el encanto de estas costumbres campesinas le empieza a fascinar a Marcelo, quien había considerado su estancia en la Montaña una forma de destierro. En Peñas Arriba estas tertulias en la casa del viejo patriarca de Tablanca nos ofrecen cuadros excelentes de la vida local por medio de las conversaciones de los tertulianos que asisten a estas reuniones. De todas las costumbres descritas por Pereda en Peñas Arriba, es la tertulia la de más interés para mí. He escogido este fragmento de una de estas escenas familiares de la vida del campo para dar al lector una idea del ambiente y de la atmósfera que prevalece en la tertulia montañesa:

"...porque allí, y sólo allí, era donde exponían y ventilaban los asuntos más importantes de su vida, al calorillo de las fogatas de la cocinona y bajo la presidencia de don Celso, que siempre daba en el clavo de lo mejor y más conveniente, lo mismo con una chufleta que con un dictamen formal."<sup>2</sup>

Marcelo nos habla en otra ocasión de las primeras tertulias a las cuales asistió y nos revela otro aspecto de esta reunión

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2286.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 2346.

tan típicamente provinciana en estas sencillas frases:

"No luco frecuentó más la cocina al principio que al fin de aquella temporada, y yo creo que lo hizo con el fin caritativo de abreviarme el período de 'aclimatación', porque le notaba yo muy diligente en echar hacia mí los temas de las conversaciones, en traducirme las metáforas y en ayudar a mi tío en su incesante tarea de avivar los fuegos de la tertulia aguijoneando a los concurrentes más activos."<sup>1</sup>

Podríamos seguir citando escenas interesantísimas en que Pereda nos describe a estos personajes que concurren con tanta frecuencia a la casa del patriarca de Tablanca, pero debemos hacer mención de otros aspectos de la vida montañesa que nos quedan por examinar. Sin embargo, sería imposible negar la importancia de estas tertulias campesinas en la decisión que hace Marcelo al final de la novela cuando resuelve adoptar la vida rústica de Tablanca y regresa a Madrid solamente para arreglar unos asuntos. En mi opinión, las tertulias y los viajes entre las montañas nos ofrecen la mejor oportunidad de observar de cerca las costumbres y los personajes que aparecen en la novela.

Cualquier estudio de las costumbres de una provincia sería incompleto, a mi manera de pensar, sin examinar brevemente el modo de vestirse de los habitantes de la región. Porque en esta novela Pereda nos habla también de los trajes regionales, un aspecto importante de la vida popular. Esta descripción que hace Pereda, hablando por la boca de Marcelo, del traje de los jóvenes montañeses es muy digna de mencionarse, aunque sea este fragmento:

"Al conocer 'de vista' a su vecindario en la misa del domingo anterior, ya me había llamado la atención

---

<sup>1</sup>José María de Pereda, Ob. cit., p. 2347.

muy vivamente cierta uniformidad monótona de 'corte', digámoslo así, y hasta de indumentaria. Todos los mozos usaban el 'lástico' encarnado, y verde todos los viejos, y todas las muchachas llevaban la 'manta' o chal de parecido color y cruzado de igual modo sobre el pecho y los riñones;..."<sup>1</sup>

En otra ocasión el autor nos describe a Chisco, el espolique, y nos deja otro magnífico retrato del sencillo montañés. Así nos describe a Chisco, un tipo de mucho interés:

"Era un mocetón fornido, ancho y algo cuadrado de hombros; vestía pantalón azul con media rémonta negra, sujeto a la cintura por un ceñidor morado; y sobre la camisa de escaso cuello, un 'lástico' o chaquetón de bayeta roja...Llevaba en la mano derecha un palo pinto, y debajo del brazo izquierdo, un paraguas azul, muy grande y con remiendos."<sup>2</sup>

No menos interesantes son las descripciones de las casas de Tablanca que Pereda nos describe como si estuviera contemplando el terreno de su propia "casona de arriba". Es interesante notar esta descripción de las casas montañesas que Pereda pinta así:

"Todas las casas de Tablanca, con excepciones contadísimas, me parecieron construídas por un mismo plano: la planta baja, destinada a cuadras del ganado lanar y cabrío; en el piso, la habitación de familia, y la cocina sin más techo que el tejado, y en lo alto del desván, limitado por un tablero vertical sobre el borde correspondiente a la cocina, formando con las tres paredes restantes lo que pudiera llamarse 'caja de humos'."<sup>3</sup>

El autor habla de la industria de los montañeses y nos dice en este mismo capítulo que "casi todos los hombres de Tablanca son abarqueros; algunos de los cuales, sin dejar de ser labradores, hacen una industria de aquel oficio".<sup>4</sup> De esta manera Pereda nos

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 2300.

<sup>2</sup>Ibidem, pp. 2268-69.

<sup>3</sup>Ibidem, p. 2300.

<sup>4</sup>Ibidem, p. 2300.

menciona el rudo trabajo en que los habitantes de la Montaña toman parte.

Como ya hemos dicho, sería interminable examinar todos los magníficos cuadros de costumbres que en esta novela existen, porque la brevedad de esta tesis no permite tal estudio. Sin embargo, antes de terminar este sencillo análisis de las costumbres de la Montaña, debemos prestar nuestra atención al habla popular de los montañeses. Este lenguaje, a pesar de presentar ciertas dificultades para el extranjero, nos ofrece un espléndido estudio de las numerosas expresiones peculiares a la provincia y del modo de expresarse de los habitantes de esta región de España. En un párrafo muy digno de citarse, Marcelo nos explica que:

"De igual modo que en la cocina de mi tío se hablaba en todo el lugar por chicos y grandes, viejos y mozos. Como nota característica de aquel lenguaje, las hh como jj y las oo finales como uu; vergigracia: 'jermosu' y 'jormiguera' por hermoso y hormiguero...y tienen expresiones y modismos de un sabor tan señaladamente clásico, que con ella y el sonsonete rítmico que las acompañan, oyendo una conversación entre aquellos montañeses se me venía a la memoria la 'música' de nuestros viejos romanceros."<sup>1</sup>

En otra ocasión en que Pereda habla de la tertulia hallamos mencionado otra vez el lenguaje de la Montaña. El autor habla por la boca del joven madrileño y dice esto de los montañeses:

"Eran, sin excepción de uno solo, parsimoniosos en extremo y de blanda condición, y en sus tiroteos de broma, a los que son muy aficionados, despilfarraban las metáforas, llenas de colorido local, griegas para mí al principio, y muy donosas después que supe traducirlas a mi lengua. Ibane pareciendo la de ellos, entre tanto, más dulce y cadenciosa de ritmo cuando más la oía 'sonar'."<sup>2</sup>

<sup>1</sup>Jose María de Pereda. Ob. cit., p. 2300.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 2346.

En el párrafo que acabamos de citar arriba se encuentra la opinión de Marcelo en cuanto al lenguaje de los provincianos, en que hace mención de la misma dificultad en entenderlo que experiencia el lector al hojear las páginas de Peñas Arriba. Con este brevísimo análisis de las costumbres del pueblo montañés, tales como el autor las pinta en esta novela, llegamos a la parte final de este capítulo en que hablaremos de los elementos regionalistas que hemos observado en este magnífico poema de la Montaña.

Puede decirse que en El Sabor de la Tierruca Pereda nos conduce a la Montaña sin permitir que lleguemos al camino que sigue hasta arriba, porque es indiscutiblemente en Peñas Arriba que nos lleva a la parte más alta de la cordillera cantábrica y nos permite que contemplemos "El Puerto", Peña Sagra y los "Picos de Europa". Pereda permite que el lector lea, como él nos dice, en "el gran libro de la Naturaleza" y las escenas que podemos contemplar desde las salvajes alturas son asombrosas. Para él no son montañas cualesquiera sino las alturas escarpadas de su querida provincia de Santander, y en cada magnífico cuadro que nos pinta late el corazón del montañés que lo describe. La impresión que recibimos al leer las descripciones como la de "El Puerto" nos hace recordar una frase de Martín Alonso, quien, al hablar del arte de pintar escenas naturales, dice que "el paisaje no es sólo objeto de mera contemplación sensible, sino de alta visión intelectual, que estimula toda la vida del espíritu".<sup>1</sup> Cualquiera que hojee los varios capítulos de Peñas Arriba, verá que

<sup>1</sup>Martín Alonso. Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo. M. Aguilar, Madrid, 1947. p. 258.

en esta obra abundan estas escenas que ya hemos mencionado. No es una cuestión de unas cuantas escenas aisladas sino de una obra en que casi cada página contiene una escena de alto mérito.

Dejando a un lado las descripciones del paisaje, que yo considero las principales de la novela, observamos otro aspecto del arte regionalista de Pereda, su aptitud para trazar con toda precisión los tipos provincianos. Aunque dice Valbuena Prat que los personajes son "únicamente pormenores"<sup>1</sup>; ¡qué magníficos pormenores son tipos como Don Celso, Don Pedro Nolasco, Chisco, Don Sabas y el viejo hidalgo de la Torre de Provedaño! Son todos personajes que parecen tomados del natural como si Pereda los observara mientras escribía la novela. Es de lamentar que no nos sea posible examinar detalladamente a cada personaje creado por Pereda en esta novela de la Montaña, pero espero que las breves descripciones que hemos citado sean prueba de la maestría de Pereda en el arte de trazar los caracteres humanos. No hemos hecho sino mencionar los tipos sobresalientes que aparecen en la novela para tener una idea de la raza que habita esta región aislada del mundo por las tremendas barreras naturales que el autor nos describe.

Vamos ahora a considerar la tercera clase de descripciones que nos hace el famoso montañés, en que nos presenta los aspectos múltiples de la vida popular de la tierra santanderina. No hay más que fijarse en las descripciones de las tertulias para ver

---

<sup>1</sup>Angel Valbuena Prat. Ob. cit., pp. 716-717.

en qué consiste este otro aspecto del talento de Pereda, el del costumbrista. Son escenas en que Pereda parece decirnos que ésta es la vida y éstas son las costumbres de mi provincia, sin embargo, no me parece que Pereda trata de poetizar tanto las costumbres como trata de presentarnos la vida de los habitantes tal como es. En mi opinión, Pereda logra describir con tanta exactitud estas escenas familiares porque conoce a fondo la clase de gente que puebla su querida provincia, de manera que no son escenas creadas por él sino el fruto de su propia observación y de su amor a todo lo tradicional y montañés. No puede describirnos con indiferencia una escena de costumbres porque este mismo espíritu tradicional le obliga a pintar todos los detalles del cuadro, como en las descripciones de la humilde cocina en que nos habla de la sartén, las cucharas de palo y hasta de la mesa "perezosa".

Es en esta novela Peñas Arriba donde Pereda nos ofrece la mejor visión de la vida provinciana, la vida del campo y de la montaña, y nos descubre todo lo que hay de belleza y todo lo que se admira en esta rústica comarca que lo vió nacer. Ha logrado hacer lo que Menéndez y Pelayo dice, y con razón, "ha traído a sus libros la Montaña entera,..."<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 355.

## CAPITULO III

### SOTILEZA

Así llegamos al análisis de Sotileza, novela de la gente del mar Cantábrico en que se puede notar siempre la influencia tremenda de las primeras muestras del gran talento literario de Pereda, sus "Escenas Montañesas". Al leer las magníficas páginas de esta novela el lector se pone a recordar las memorables escenas de "El Raquero" y las sentidas descripciones de "La Leva", porque la gente y el ambiente que hemos de observar en esta obra son los mismos aspectos de la vida marítima que el autor nos describió con tanta exactitud en sus primeros relatos costumbristas.

Es en Sotileza que Pereda nos hace descender de las alturas montañesas, ya familiares al lector, y nos conduce al otro lado de "El Puerto" y "Peña Sagra", atravesando las mismas cordilleras que hemos contemplado en las novelas anteriores, hasta llegar a la capital de la provincia, Santander. Al emprender la lectura de esta novela, el lector debe tener presente que el Santander que en ella se describe no es el Santander de hoy día sino aquél de antaño, el viejo, el Santander de José María de Pereda. No es el puerto moderno que hoy conocemos, sino, como nos dice Pereda mismo, "...aquél Santander sin escolleras ni ensanches; sin ferrocarriles ni tranvías urbanos; sin la plaza de Velarde y sin vidrieras en los claustros de la catedral..."<sup>1</sup> Es el Santander que Pereda tiene "esculpido en la memoria", y que por medio de

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Obras Completas, Sotileza. Cuarta Edición, M. Aguilar, Madrid, 1945. p. 1444.

esta obra dedicada a la gente de la costa nos permite conocer. Como en El Sabor de la Tierruca, el autor ha logrado explicarnos en sus propias palabras exactamente cuál fué su propósito al emprender su tarea literaria, y en estas sencillas frases se exhibe como siempre el gran amor que sintió por todo lo que formaba parte de su querida provincia. Es preciso tomar en cuenta esta advertencia del autor porque en ella se pueden notar la fuerza y el ~~afán~~ que le movieron a realizar esta novela del mar cantábrico, que es considerada por muchos críticos como la obra maestra de su producción literaria. Dice Pereda que en esta novela ha deseado cantar "las nobles virtudes, el mísero vivir, las grandes flaquezas, la fe incorruptible y los épicos trabajos del valeroso y pintoresco mareante santanderino".<sup>1</sup> ¡Qué más podríamos desear que el autor nos explicara en su advertencia que Pereda nos ha explicado en la suya! Nunca dice que quiere poetizar o pintar únicamente las virtudes y los aspectos más agradables de la vida costeña, sino los aspectos más feos y repugnantes y hasta los vicios de los que habitan esta comarca marítima.

En Sotileza, el homenaje que rinde Pereda a la gente del mar, hemos de encontrar todos los elementos que ya hemos observado en El Sabor de la Tierruca y en Peñas Arriba. La diferencia existe en el local, porque en esta obra abundan también las insuperables escenas del mar que rivalizan a las de la Montaña, los personajes que han sido captados por el autor en su ambiente natural, con sus costumbres y lenguaje tan pintorescos, y toda la atmósfera

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1600.

que siempre forma parte de la vida que nos pinta. En fin, Pereda nos ha llevado a otro rincón de su rústica provincia con el solo objeto de presentarnos, por medio de su maestría descriptiva, otros aspectos de la vida de su querido Santander. En esta obra, como en las demás novelas del autor que hemos analizado, hemos de observar los mismos componentes del regionalismo de Pereda con los cuales logró descubrir al mundo el ambiente y aun el corazón de esta región de España.

Es muy importante el primer capítulo de la novela, porque éste sirve para que el autor nos hable del ambiente en que ha de desenvolverse la acción de la obra. Nos hace mención de todos los lugares y de los nombres tan pintorescos que éstos tienen, y de los tipos que frecuentan los muelles del puerto de Santander. Es una atmósfera completamente marítima la que nos describe y la manera en que nos mete en el centro de toda ella es característica del estilo de Pereda. Al analizar la novela seguiremos la misma división empleada en las dos novelas anteriores, examinando primero las creaciones de nuestro autor en que se revela su observación tan aguda. Me refiero, por supuesto, a los habitantes de los "Cabildos de Arriba y de Abajo".

### Los Marineros de Pereda

¡Qué grupo de personajes es éste que Pereda nos presenta en Sotileza! En ninguna novela de la Montaña existen tantos tipos tan variados ni una división social tan radical como la que el autor ha hecho en esta obra. Pereda logra meter en esta obra a

los representantes de los dos extremos sociales y nos hace ver que en el Santander de antaño, como en cualquier otro rincón del mundo, existen también estas grandes variedades humanas.

Al iniciar este análisis de los tipos provincianos de la costa, debemos examinar primero a la figura central de la novela, Sotileza. Conviene explicar que en este sencillo estudio dejaremos a un lado la trama misma de la novela, enfocando nuestra atención en las características regionales que se revelan en los personajes que aparecen en la escena. Claro que hay personajes en esta novela que se prestan a estudios psicológicos de gran interés, como, por ejemplo, Sotileza y sus tres pretendientes, pero para analizar las ideas y las acciones de estos personajes sería indispensable hacer un estudio aparte para dar a cada uno la atención que merece. Tomando en cuenta nuevamente esta advertencia mía, sigamos con el análisis de los tipos que aparecen en esta obra y que nos ofrecen ciertas características de interés para nuestro estudio del carácter santanderino.

La figura de Sotileza, a pesar de su importancia en la trama, casi se pierde entre los otros tipos creados por Pereda en esta novela, algunos de los cuales, aunque de menor significación, son de sumo interés en cuanto a nuestro propósito. Por medio de estos personajes Pereda quiere darnos a conocer el carácter del marinero santanderino. A mi parecer, su habilidad como fiel observador nunca alcanza mayor altura que en las descripciones de Tío Mechelín, Pae Apolinar, los raqueros del Muelle-Anaos y las mujeres de Mocejón. ¡Y Muergo! Me parece que Pereda pinta con

toda el alma este desgraciado animal que para él representa el nivel más bajo de la humanidad. Sin embargo, la importancia de Sotileza en la acción de la obra nos obliga a mencionar brevemente ciertas cualidades que el autor nos ha descrito, aunque la descripción misma de la huérfana de Mules, todavía niña, merece mucha más atención, por su interés propio. Así describe Pereda a Silda, la muchacha que da nombre más tarde a la novela:

"Traía de la mano a una muchachuela pobre, mucho más baja que él, delgadita, pálida, algo aguileña, el pelo tirando a rubia, dura de entrecejo y valiente de mirada. Iba descalza de pie y pierna, y no llevaba sobre sus carnes, blancas y limpias en cuanto de ellas iba al descubierto, más que un corto refajo de estameña, ya viejo..."<sup>1</sup>

En esta sencilla descripción tenemos la presentación de Sotileza en la novela. Podríamos seguir hablando de la joven que más tarde llega a ser tan hermosa y tan deseada por todos los mozos del lugar, pero no es Sotileza, a mi modo de ver, un ejemplo muy representativo del sexo femenino de Santander, el cual debemos buscar si hemos de conocer mejor la clase de gente que habita esta región costeña. Sería imposible negar la importancia de la muchacha Silda ni la maestría con que se mueve por las varias escenas, porque esta joven tiene, según Menéndez y Pelayo, "algo de esfinge tebana, y el autor no ha hecho más que levantar una punta del velo sagrado".<sup>2</sup>

Por el contraste que nos ofrecen, los dos marineros de la Calle Alta, Mocejón y Tío Mechelín y sus familias, merecen un

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., pp. 1441-42.

<sup>2</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., pp. 430-431.

recuerdo en cualquier estudio de la vida marítima. No son en esta novela meramente figuras literarias sino representan, además, en mi opinión, lo que Pereda deseaba que representaran, lo bueno y lo malo de la sociedad provinciana de la costa del Cántabrico. Porque en Tío Mechelín creo notar las mismas características que poseen los hidalgos montañeses de Peñas Arriba y El Sabor de la Tierrauca, la sinceridad, la cortesía, la religiosidad profunda, una sencillez muy digna de notarse, la generosidad y, sobre todo, una conciencia del peligro y el dominio que el mar siempre ejerce sobre los que tienen que salir a desafiarlo. En cuanto al contraste ya mencionado, Pereda mismo nos dice que "todo lo contrario de Mocejón y la Sargüeta, así en lo físico como en lo moral, eran Mechelín y Tía Sidora".<sup>1</sup> La descripción que el autor hace de esta pareja tan generosa merece nuestra atención porque encierra unos detalles de interés en cuanto a nuestro estudio de los tipos familiares de Santander. Dice Pereda:

"Nunca había tenido hijos, este matrimonio ejemplarmente avenido. Tío Mechelín era 'compañero' en una de las cinco lanchas que había entonces en el Cabildo de Arriba, en el cual abundaron siempre más las barquías que las lanchas, y tía Sidora estaba principalmente consagrada al cuidado de su marido y de su casa; a vender, por sí misma, el pescado de su quición, cuando no hubiera preferido venderlo al costado de la lancha..."<sup>2</sup>

En la figura del noble marinero Mechelín se pueden notar muchos aspectos interesantes, pero si nos fijamos bien en el carácter del viejo pescador podemos entender mejor la semejanza entre él

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1457.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1457.

y los tipos creados por Pereda en "La Leva" y "El Fin de Una Raza" en sus "Escenas Montañesas". El Tío Mechelín representa, para mí, el tipo de mareante que si fuera patriarca montañés en vez de pobre marinero, sería igual a Don Celso de Peñas Arriba y Don Pedro Mortera de El Sabor de la Tierruca. Porque como ya hemos dicho, este señor tan bondadoso representa la nobleza humana en su forma más alta y con este objeto fué creado por Pereda y colocado en el centro de este escenario marítimo.

¡Qué distinto el carácter de Mocejón del de Tío Mechelín! Pero no menos distinto que el de su mujer, la sardinera, del de tía Sidora, como hemos de ver en las descripciones que nos hace Pereda de este matrimonio tan repugnante. En estas palabras el autor nos describe a Mocejón, y citaremos un fragmento de la descripción para dar al lector una idea de este contraste:

"Tenía los 'andares' como todos los de su oficio, torpes y desaplomados; lo mismo que la voz, las palabras y la conversación...El vil interés y el apego instinto al mísero pellejo le despertaban en el espíritu los cuidados, y no hay como la luz de los cuidados para que echen chispas los ojos mortecinos. En cuanto a genio, mucho peor que la piel, que la barba, las greñas, los andares y la mirada..."<sup>1</sup>

Pereda sigue pintándonos este cuadro de la familia de Mocejón y en la descripción de la Sargüeta tenemos otro retrato digno de estudiarse, porque en él está trazado el carácter más odioso de la novela, y con un realismo que asombra. ¡Qué descripción la que nos hace el autor de esta sardinera de la Calle Alta! Otra vez se revela la maestría de Pereda en lo descriptivo y en el

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1451.

arte de pintar a las personas tales como son. La exactitud con que ha trazado la figura de esta desdichada mujer nos obliga a examinar unas pocas frases de la descripción en que dice:

"Pues con ser así Mocejón, no era lo peor de la casa, porque le aventajaba en todo la Sargüeta, su mujer, cuyo genio avinagrado, y lengua venenosa, y voz dilacerante, eran el espanto de la calle, con haber en ella tantas reñidoras de primera calidad. Era más alta que su marido, pero muy delgada, pitarrosa, con hocico de merluza, dientes negros, ralos y puntiagudos; el color de las mejillas, rojo curado;..."<sup>1</sup>

Podríamos continuar la descripción y la que hace Pereda de su hija tan puerca, una copia exacta de su madre, pero creo que ya hemos hablado lo suficiente de esta pareja y que sería mejor prestar nuestra atención a los demás personajes, unos de los cuales tienen mucho más que agregar a nuestro estudio del regionalismo. Sin embargo, al lector que crea que Pereda desea poetizar la vida de esta región marítima y alabar solamente las virtudes de sus habitantes, le recomiendo que lea cuidadosamente las descripciones completas de estos personajes que acabamos de mencionar con tanta brevedad. Porque no son casos poetizados sino aspectos de la vida humana tal como es, con toda la suciedad, la brutalidad, la miseria y el odio que son componentes tan inseparables de nuestra existencia. El realismo con que Pereda pinta cada escena y cada personaje es tremendo, y la fuerza de estas descripciones se debe en gran parte al hecho de que no son meramente creaciones sino los objetos de su observación tan aguda.

Los tres pretendientes de Sotileza nos ofrecen unos contrastes interesantísimos porque representan tres niveles de la

<sup>1</sup>José María de Pereda.. Ob. cit., p. 1451.

sociedad humana. Andrés, el hijo del capitán de la "Montañesa", me parece el más débil y el menos interesante de los tres. Sin embargo, representa la clase de gente acomodada de cualquiera región y no ofrece mucho de interés para nuestro estudio. Es un tipo muy humano pero muy indeciso y casi sin color propio. Lo interesante es el amor al mar que siente, que le lleva al muelle de Santander donde llega a conocer a Sotileza y sus compañeros, los rufianes y raqueros del puerto. Para mí, es un personaje muy típico de la clase de gente de la "alta sociedad", como dice el autor. En cambio, Cleto, el hijo de Mocejón, era "sombrio y taciturno, pero trabajador". Entre el rudo pescador y el más elegante Andrés se puede notar un contraste muy marcado, aunque los dos han sido colocados en la escena por Pereda con el fin de mostrarnos cómo viven los dos extremos sociales de Santander. Cleto es, para mí, el más fuerte de los tres, y representa bien al hombre que se juega la vida en los mares de cualquiera parte del mundo, el hombre a quien Pereda desea rendir homenaje. Como nos dice la misma Sotileza: "Cleto, por sí, es todo cuanto podría apetecer una pobre como yo. La verdad en su punto. Es bueno, es honrao..., y hasta pienso que me tiene en más de lo que valgo..."<sup>1</sup> Para mí, Cleto es el tipo de marinero santanderino que Pereda nos quiere presentar para mostrarnos las características peculiares de esta raza que habita la costa del mar Cantábrico. Los tipos más representativos son Cleto, Mocejón, Mechelín y los otros grupos tan numerosos de figuras menores, todos miembros de la misma

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1598.

raza y de la misma clase social, que para vivir se ven obligados a correr el riesgo de la muerte en el mar. Es a esta clase de gente que Pereda ha dedicado esta novela.

Al llegar al análisis de Muergo, el tercer pretendiente de Sotileza, es difícil decidir en qué sitio debemos colocar a este prototipo de todo lo malo y salvaje y aun más difícil entender por qué Pereda lo creó y lo metió en el centro de esta obra. Parece que el autor ha dedicado todos sus esfuerzos a la tarea de hacer que Muergo represente la encarnación de todo lo vil y repugnante de la vida humana, no solamente en el sentido local sino respecto a la humanidad en general. Que Muergo es un tipo que despierta interés es innegable, a pesar de ser un monstruo puerco, como dice Pereda, "sobre cuyas greñas y ropas brillaban todavía las escamas de la sardina."<sup>1</sup> No puedo creer que Pereda desee que Muergo represente solamente un aspecto de la vida de los marineros de Santander, sino un aspecto de nuestra propia existencia, la fealdad y la brutalidad, que están siempre presentes. Muergo, a pesar de ser un tipo interesante, nos ofrece menos de interés para nuestro estudio que varios de los otros personajes, en cuanto a las características regionales. Si representa el nivel más bajo de la sociedad santanderina y del Muelle-Anaos, podemos decir que los de esta clase social, tanto en Santander como en el resto del mundo, se distinguen por la estupidez, la suciedad y la repugnancia en general. Para no alargar más esta descripción de Muergo, citaremos un fragmento de una escena de las que abundan

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1542.

en la novela, en que Pereda traza así la semblanza de este animal. En esta ocasión, es el día de pesca y todos salen juntos al mar:

"Muergo se sentaba dos bancos más a proa que ella, y estribaba en el inmediato con sus piezazos negros y calosos. Cubría su torso hercúleo una ceñida y vieja camiseta blanca con rayas azules, y estos colores daban extraordinario realce al bronceado matiz de su pellejo reluciente. La sonrisa estúpida de siempre se dibujaba entre las dos cordilleras de sus labios, y a través de los mechones de greña que colgaban frente abajo, fulguraban los cruzados rayos de sus ojos bizcos."<sup>1</sup>

Cualquiera discusión de los personajes de Sotileza resultaría incompleta, a mi manera de pensar, sin incluir en ella al personaje que supera en muchos aspectos a Don Sabas de Peñas Arriba, el cura con la pasión de las alturas, como nos dice Pereda. Me refiero, por supuesto, a Padre Apolinar, el hombre de paciencia infinita, cuya influencia entre la ruda gente de la costa nunca deja de sentirse al hojear las páginas de la novela. Desde las primeras escenas se manifiesta la importancia del noble cura, en su manera de tratar a los huérfanos del Muelle-Anaos y los raqueros que vienen a estudiar bajo su techo. En un magnífico párrafo el autor nos pinta el aspecto físico del buen cura, un párrafo que merece un recuerdo porque en él se demuestra de nuevo el gran talento observador de Pereda. En el mismo capítulo en que se nos presentan Muergo y los rapaces del Muelle-Anaos, el espléndido capítulo inicial, encontramos esta descripción del bondadoso Pac Apolinar, otro triunfo descriptivo de Pereda:

"...un cura de sotana remendada, zapatillas de cintos negros y gorro de terciopelo raído. Era alto, algo encorvado, con los ojos demasiado tiernos, de lo cual,

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1542.

por horror a la luz, era obra la encorvadura del cuello; y tenía un poco abultada y rubicunda la nariz, gruesos los labios, áspero y moreno el cutis y negra la dentadura."<sup>1</sup>

Claro que no es el cura que estamos acostumbrados a ver, pero como Don Sabas, el cura de Peñas Arriba, Pae Apolinar es el producto del ambiente en que el buen Dios lo colocó, pero en vez de ser este ambiente el de las salvajes alturas de la Montaña, el rudo religioso de Santander se encuentra metido en una atmósfera marítima, la de la costa cantábrica. Para mí, Pae Apolinar, con sus ideas tan locales y su habla pintoresca, representa bien la clase de hombre que el autor nos quiere presentar, y los rasgos del carácter de Pae Apolinar y de Don Sabas son fundamentalmente los mismos. Ambos poseen el mismo amor a la Naturaleza y a los habitantes que son nada más que súbditos de ella, sean los rústicos campesinos de Tablanca o los pobres pescadores de la costa santanderina. Cada uno, en su propia manera, dedica todos sus esfuerzos para realizar el bienestar y la dicha de los de su parroquia, aunque sus parroquianos, como en el caso de las hembras de Mocejón de la Calle Alta, hacen muy difícil el éxito de su trabajo.

Ya hemos examinado brevemente a los personajes más importantes para nuestro estudio del carácter regional tal como Pereda lo pinta. Sería interminable pretender analizar a todos los tipos que aparecen en la escena de esta novela, aunque existen en ella muchos que no hemos podido mencionar, como, por ejemplo, el buen capitán de la "Montañesa", el armador de dicha

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1439.

corbeta, Don Venancio Hencres, sus hijos Tolín y Luisa, el tabernero que siempre aparece en la escena local, y los otros valientes marineros anónimos que forman el pueblo pescador de Santander. Es muy de lastimar que no podamos analizar a cada uno de los raqueros del Muelle-Anaos, a 'Sula', 'Cola', 'Guarín' y 'Tolotos', un grupo de rapaces que nos dan una buena idea del problema de la delincuencia juvenil de aquella época. Por medio de todos estos personajes, perfectamente captados en su ambiente natural, Pereda ha logrado presentarnos otra serie de cuadros de la vida popular de su querida provincia, no sin hacernos ver con igual claridad sus aspectos más agradables y al mismo tiempo la pobreza, el hambre, los vicios y la brutalidad que en ella existen.

Sotileza es otro intento de Pereda de pintarnos, como él nos dice en su advertencia, "las nobles virtudes, el mísero vivir, las grandes flaquezas, la fe incorruptible y los épicos trabajos del valeroso y pintoresco mareante santanderino."<sup>1</sup> No pretende describir en forma idealizada la vida, o mejor dicho, la existencia de esta raza tan primitiva, sino presentarnos por medio de una serie de poderosos retratos realistas los aspectos salientes de este pueblo. Aunque posee, en gran parte, las mismas cualidades básicas, la gente de mar se distingue de la de la Montaña por la resignación que la caracteriza. Es una raza que vive también en íntima relación con la Naturaleza, exponiéndose a toda la fuerza de ésta sin quejarse de la vida que lleva. En esta novela Pereda presenta todos los aspectos salientes de la vida popular,

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1600.

"los impulsos brutales de su ignorancia, sus supersticiones, los escándalos, las barracheras, las riñas conyugales, las refriegas entre vecinos al aire libre, las vicisitudes de sus luchas a brazo partido con la pobreza y con el mar, sus desdichas y trabajos; y también la resignación de estas gentes, su fe inquebrantable, los rasgos de abnegación y heroísmo, el viril temple del alma, que, bajo la ruda corteza, está sana."<sup>1</sup> En este superbo resumen del Sr. Romera-Navarro tenemos los elementos principales que Pereda nos ha presentado en esta obra dedicada a los mismos marineros que se mueven por las varias escenas de ella.

#### El Mar Cantábrico en Sotileza

La Montaña y el mar son los dos temas principales de la obra de Don José María de Pereda. Ya hemos discutido brevemente en los capítulos anteriores, la vida de la Montaña, y en esta primera parte de este capítulo examinamos la existencia de los marineros del mar Cantábrico. Ahora nos quedan por examinar el ambiente y la atmósfera en que los rudos habitantes de la costa están colocados. En esta parte del capítulo voy a ocuparme de las descripciones sobresalientes del mar y del puerto santanderino que el noble hidalgo de Polanco ha logrado pintarnos con el mismo vigor que caracteriza sus escenas de la Montaña. Es como si el famoso intérprete de la Montaña se volviera pescador para describirnos esta atmósfera marítima en que se desenvuelve la acción de la novela, porque otra vez su gran habilidad como observador de la Naturaleza logra hacer maravillas en cuanto a lo descriptivo.

---

<sup>1</sup>M. Romera-Navarro. Ob. cit., p. 568.

Es curioso notar que en esta novela del mar muy pocas son las escenas en que podemos observar en realidad la vasta extensión de océano que es el Cantábrico. ¡Qué distinta es la novela de la Montaña en que nunca dejamos de contemplar las inaccesibles alturas que forman los límites naturales de la región natal de Pereda! Pero a pesar de que no existe en Sotileza el gran número de cuadros marítimos como existen en Peñas Arriba los de la Montaña, nunca se deja de sentir la presencia y el dominio del Cantábrico, siempre presente, como dice M. Romera-Navarro, "como fondo del mismo cuadro, el océano, solemne en su calma, grandioso en sus cóleras; el mismo es un personaje del drama."<sup>1</sup>

Las escenas marítimas descritas por Pereda en Sotileza pueden dividirse en dos grupos: las escenas en que se describe el mar en su calma y las en que éste ataca con toda su furia a los pobres marineros que se atreven a retar su dominio. Para que el lector lea con sus propios ojos las frases en que el autor describe el mar en ambos estados, me he permitido citar varios fragmentos de las escenas que yo considero las más representativas.

Una de las primeras escenas que merece recordarse es la en que Pereda nos pinta el mar y la parte interior del puerto de Santander. En el fragmento que citamos abajo se puede notar la manera en que Pereda describe todo el ambiente y al mismo tiempo introduce cierto elemento personal característico de su estilo:

"¡Y qué elocuente estaba el día! La mar, verdosa y fosforescente, rizada por una brisa que yo llamaría

---

<sup>1</sup>M. Romera-Navarro. Ob. cit., p. 568.

juguetona si el término no estuviera tan desacreditado por copleros chirles y por 'impresionistas' cursis que quizá no han salido nunca de los trigos de tierra adentro;...Por todo ruido, el incesante rumor de las aguas al tenderse perezosas en la playa contigua, o al mojar con sus rizos, agitados por el aire, las asperezas del peñasco."<sup>1</sup>

Esta escena junta con la en que Pereda nos dice que en la bahía había "botes de alquiler, y lanchas abandonadas, y barcos en los careneros" forman dos de los cuadros en que el autor nos pinta el mar pacífico y calmado. En el capítulo titulado "Un Día de Pesca" se nos presenta otra oportunidad de observar la maestría de Pereda en la descripción del mar. En este viaje a la isla de la Torre, una de las raras veces que los personajes centrales salen del puerto, Pereda nos describe una escena muy típica del mar y nos habla además de la manera en que Tío Mechelín maneja la barquilla en que viajan:

"Sometióse Andrés, sin réplica, a los mandatos del experto marinero; sentóse a popa; agarró la caña, e izada ya la vela, templó la escota a su gusto. Crujió la lona, tersa y sonora como el parche de un pandero, y el barco se puso en rumbo, encabritándose, sobre las olas que le batían de proa, como caballo fogoso que encuentra una barrera en su camino...Embestía las olas con ímpetu loco, y al estrellarse con ellas, embarcaba los chorros de espuma en que las dejaba partidas."<sup>2</sup>

Son escenas como ésta, sencillas todas, en que Pereda se muestra bien instruido en el arte de manejar los barcos y en los nombres técnicos empleados por los marineros de la región. A pesar de ser montañés el autor nos hace ver por medio de descripciones como ésta que sí conoce bien el mar y los términos marítimos de los que lo navegan.

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1449.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1528.

Me parece que un estudio de la vida marítima de Santander sería incompleto sin dedicar espacio a una costumbre tradicional muy pintoresca de los marineros de esta región. Me refiero a la regata, a la cual Pereda dedica un capítulo entero, para hacernos ver la importancia de esta prueba en que los marineros de Arriba y los de Abajo se oponen para decidir cuáles son los más hábiles en el arte de remar las traineras. Es aun más interesante esta competición entre los dos cabildos al tomar en cuenta que todavía existen las famosas regatas de traineras en el Cantábrico y que esta costumbre tan llena de colorido no ha dejado de existir. Para mí, este capítulo es uno de los más interesantes de la novela, tanto por el color local que se exhibe en él como por las magníficas descripciones que Pereda hace del mar y de las traineras que parecen volar sobre las olas. Es una escena muy animada la que estamos presenciando, en que los marineros parecen ser nada más que fragmentos de la misma lancha, pero dejemos que Pereda nos describa esta prueba tan dura:

"A medio camino, ya se las ve más apartadas entre sí, ganando espacio a la derecha, porque el descenso de la marea comenzará pronto, y hay que contar con la deriva que las apartaría del rumbo conveniente si ahora enfilaran la peña por la proa. Dos minutos después, la simple vista no puede apreciar la diferencia entre sus colores; y un poco más allá, son dos bultos descoloridos, casi informes, y apenas se distingue el aleteo de los remos sino por el centellar del sol en los chorros de líquidos cristales que al levantarse destilan de sus palas."<sup>1</sup>

En este capítulo, el autor nos describe con toda la fuerza de su observación el puerto de Santander y toda la atmósfera que en él prevalece durante una de estas "fiestas marítimas".

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1557.

Pero dejemos ahora las descripciones del mar en su calma y enfocar nuestra atención en los párrafos en que Pereda nos habla de otro aspecto del mismo Cantábrico, el aspecto del mar imponente y tempestuoso. Ahora no es el mar pacífico y tranquilo que estamos observando sino el mar que, como dice Menéndez y Pelayo, "interviene como tremendo coro de tal drama, levantando y agigantando los hombres y las cosas con su presencia."<sup>1</sup> Ya hemos observado, por medio de las magníficas descripciones del autor, el mar risueño, como en el capítulo en que todos salen a la isla de la Torre, pero el mar que Pereda nos describe en el capítulo en que trata del patache es el mar enbravecido, que desea mostrar su dominio sobre sus retadores. Pereda mismo nos describe el efecto de su furia en este sentido párrafo, en que el lector se da cuenta de que es el observador y no el novelista que nos habla:

"Todos los inviernos devora este monstruo su ración de patache. En una sola tarde, no hace muchos años, he visto yo perecer cinco. Los cinco, después de entrar acosados por el temporal y de faltarles la virada suprema, la de la salvación, la que los aleja del abismo, habían tenido que fondear delante de las rugientes fauces del monstruo... Momentos después, rotas las débiles amarras, desfilaban uno a uno hacia las Quebrantas, y, para llegar más pronto, a brincos, como cabra entre malezas, y desaparecían todos ellos en aquel infierno de espuma, de golpes y de bramidos."<sup>1</sup>

Pero la escena en que Pereda pinta el mar en plena borrasca la guarda hasta el penúltimo capítulo en que nos muestra sin duda alguna que solamente habiendo observado la furia devoradora del mar grandioso y borrascoso se podría pintar una escena tan vigorosa como es la que hemos de examinar. En esta descripción

<sup>1</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 432.

<sup>2</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1490.

nos habla de los marineros de la lancha de Reñales, entre ellos Andrés, sorprendidos por la tormenta afuera del refugio natural que es Santander, y las escenas emocionantes que relata son de las mejores que hay en la novela. Es interesante cómo Pereda nos describe la llegada de la tempestad que hemos de presenciar:

"De pronto percibieron sus oídos un pavoroso rumor lejano, como si trenes gigantescos de batalla rodaran sobre suelos abovedados; sintió en su cara la impresión de una ráfaga húmeda y fría, y observó que el sol se oscurecía y que sobre el mar avanzaban, por el Noroeste, grandes manchas rizadas, de un verde casi negro."<sup>1</sup>

Por medio de esta descripción del mar en borrasca Pereda nos desea presentar más claramente los peligros y riesgos que corren los mareantes santanderinos al dedicarse a su oficio de pescadores. Pocas son las escenas marítimas, a mi modo de ver, en que el lector puede sentir toda la fuerza de las olas y oír los bramidos de este monstruo que es el mar Cantábrico. ¡Cómo deben sentir aquellos pobres remeros cuando la furia del mar los sorprende y todos se ven obligados a luchar contra la fuerza de la misma Naturaleza! Toda esta fuerza se nos describe en estas líneas en que el autor nos dice:

"Y los vió, uno por uno, luchar brevísimos instantes, con las fuerzas de la desesperación, contra el inmenso poder de los elementos desencadenados; hundirse en los abismos; reaparecer con el espanto en los ojos y la muerte en el corazón, y volver a sumergirse para no salir ya sino como informe despojo de un desastre, flotando entre los pliegues de las olas y arrastrados al capricho de la tempestad."<sup>2</sup>

Así nos describe Pereda la muerte que conocen bien los mareantes

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1591.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1592.

de su querida provincia, quienes luchan con esfuerzos a veces sobrehumanos contra un fin que todos consideran casi inevitable. Todo este esfuerzo nos describe el autor en este último párrafo en que la lancha de Reñales gana la batalla contra los elementos:

"Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero ganando terreno. Cuando la popa tocaba la cima de la montaña rugiente, y la débil embarcación iba a recibir de ella el último impulso favorable, Andrés, orzando brioso, gritó conmovido, poniendo en sus palabras cuanto fuego quedaba en su corazón:--¡Jesús, y adentro!.."1

Con este episodio de la tempestad llegamos al fin de nuestro análisis de los diferentes aspectos del mar que Pereda nos ha presentado en Sotileza. Que Pereda conoce bien el mar y todos los peligros que éste encierra, es, en mi opinión, innegable, después de haber leído las escenas marítimas que contienen las páginas de esta novela. Con el fin de hacernos entender mejor el carácter de estos pescadores que siempre están en lucha con el mar Pereda nos ha presentado estas descripciones. Todos los capítulos en que se describe el Cantábrico, en su calma o en su estado borrascoso, tienen el mismo objeto de explicarnos el por qué los marineros santanderinos poseen las características que los distinguen de los demás habitantes de la misma provincia. Hay que tener presente que esta novela es nada más que una forma de homenaje rendido por Pereda a esta raza de marineros que vive en este mundo semi-salvaje y primitivo. En otro sentido párrafo el autor nos da un resumen de la vida de estos valientes pescadores del Cantábrico, un párrafo que es en realidad uno de los elogios más profundos que el marinero haya recibido.

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1595.

Sin embargo, la presentación del mar en sus diferentes aspectos no es la única manera en que Pereda logra descubrirnos la vida popular del Santander marinerero. Claro que es el mar la figura central de la novela, porque todo lo demás está en íntima relación con él, pero para nuestro estudio el mar sólo representa otro aspecto de la vida de los provincianos y debemos prestar la atención a los demás episodios en que se describen las otras fases de la misma existencia marinera.

#### Las Costumbres del Santander Marinerero

Al emprender un breve análisis de las costumbres y aficiones de los marineros de Santander, tales como se nos presentan en Sotileza, es conveniente tener presentes estas palabras de César Barja, quien dice, refiriéndose al arte costumbrista de Pereda, que éste "no rechaza el realismo de las costumbres populares en lo que de feo y atrevidas pueden tener."<sup>1</sup> Porque a través de los capítulos, en medio del escenario marítimo que las rodea, hemos de presenciar y observar unas escenas de costumbres locales que son de las más realistas que en las obras de Pereda se pueden encontrar. En esta novela el autor dedica más espacio a la descripción de las costumbres y el modo de ser de los marineros, de la clase más pobre, y en los pocos retratos que nos pinta de la "alta sociedad" de Santander creo notar un elemento de crítica. Sin embargo, para mí, las costumbres de la gente de mar, de los mismos pescadores y sus familias, son las

---

<sup>1</sup>César Barja. Ob. cit., p. 206.

que nos ofrecen la oportunidad de conocer bien el ambiente y los aspectos más interesantes del mundo en que viven. Como dice Menéndez y Pelayo, y con razón: "Pocas veces un modo de ser provincial ha llegado a traducirse con tanta energía en forma de arto."<sup>1</sup> Por medio de las descripciones de Pereda, a veces sencillísimas, podemos penetrar en todo lo que forma parte de la existencia del pobre mareante santanderino, porque desde el primer capítulo en que conocemos a Pae Apolinar y los rapaces del Muelle-Anaos, hemos de ser testigos de este drama humano que se desenvuelve ante nuestros ojos en Sotileza, y no existe ni un detalle que Pereda considera demasiado insignificante para merecer su atención. Detallaremos algunas de estas costumbres para que el lector tenga una idea muy concisa de la manera en que Pereda nos describe la sencilla vida de su "patria chica".

Una de las primeras escenas que merece recordarse es la de la entrada en el puerto de la corbeta, la "Montañesa". A pesar de ofrecernos una magnífica descripción de la bahía y del puerto mismo, que ya hemos examinado, este capítulo nos demuestra claramente la importancia de la llegada de un barco de esta clase para la gento de mar. Otra vez se percibe una nota personal cuando el autor habla de lo que la llegada de dicho barco representa para cada habitante del puerto. Pereda se pone a describir la muchedumbre que se reúne en el muelle para presenciar la entrada del barco y la escena que describe merece claramente un recuerdo en nuestro estudio:

-----

<sup>1</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 355.

"Porque en aquel entonces la entrada de un barco como la 'Montañesa', de la matrícula de Santander, de un comerciante de Santander, mandado y tripulado por capitán, piloto y marineros de Santander, era un acontecimiento de gran resonancia en la capital de la Montaña, donde no abundaban los de mayor bulto. Además, la 'Montañesa' venía de la Habana, y se esperaban muchas cosas por ella: la carta del hijo ausente, los 'vegueros' de regalo, la caja de 'dulces surtidos', el sombrero de jipijapa, la letra de cincuenta pesos, la revista de aquel mercado, las noticias de tal o cual persona de dudoso paradero o de rebelde fortuna, y, cuando menos, las memorias para media población y algunos indianos de ella, de retorno."<sup>1</sup>

¡Y todas estas cosas significaba la entrada en el puerto de un barco como la corbeta la "Montañesa"! En esta sentida descripción Pereda nos hace ver la gran importancia de los grandes barcos mercantes para la gente del Santander de aquella época y nos dice que "nadie ignoraba en la ciudad cuándo salían, qué llevaban, adónde iban ni por dónde andaban".<sup>2</sup> Este aspecto de la vida marinera de Santander es muy digno de notarse por el interés que contiene para nuestro estudio del regionalismo de Pereda. Durante la misma descripción de la entrada de la "Montañesa", Pereda introduce un elemento histórico, una costumbre muy característica de nuestro autor, en que nos relata la historia de otro barco, "La Unión", que hacía muchos años trató de entrar en el puerto durante uno de los temporales y se fué a las Quebrantas. Con esta nota interesante Pereda vuelve a hablarnos del peligro constante que el mar representa para los habitantes de esta región.

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1448.

<sup>2</sup>Ibidem, pp. 1448-49.

Otro aspecto de la vida popular, un aspecto menos agradable pero al mismo tiempo pintoresco y de sumo interés, nos pinta el autor en sus descripciones del modo de vivir de los marineros. La descripción que nos hace del domicilio de la familia de Mocejón servirá bien para darnos una idea de esta existencia. Es interesante la manera en que Pereda describe la parte exterior de la casa, porque es una casa representativa del pueblo y la que nos pinta en este retrato es la misma en que vive Sotileza.

"Esta apreciable familia habitaba el quinto piso de una casa de la calle Alta (acera del Sur), que tenía siete a la vista, y cuya línea de fachada se extendía muy poco más que el ancho de sus balcones de madera."<sup>1</sup>

Pero lo interesante es el interior de la casa, que revela con toda claridad el oficio de sus habitantes. El retrato que nos pinta Pereda de las condiciones en que vivían los pobres marneros nos hace recordar escenas de las grandes ciudades de hoy día. Pero toda la atmósfera en que hemos de enfocar nuestra atención huele a sardinas, redes y otros útiles e implementos de pescar. A ver cómo el autor nos describe esta casa:

"...catorce eran las familias que se albergaban allí, cada una en su agujero correspondiente, con sus 'artes' de pescar, sus 'ropas de agua', sus cubos llenos de 'agalla' con arena para 'macizos', sus astrosos vestidos de diario y toda la brinque y todos los hedores que estas cosas y personas llevan consigo necesariamente. Cierta que los inquilinos que tenían balcón le aprovechaban para destripar en él la sardina, colgar trapajos, redes, mediomundos y 'sereñas', y que tenían la 'curiosidad' de arrojar a la calle, o sobre el primero que pasara por ella, las piltrafas inservibles, como si el goteo de las redes y de los vestidos húmedos no fuera bastante lluvia de inmunidad para hacer temible aquel tránsito a los 'terrestres' que por su desventura necesitaban utilizarle;..."<sup>2</sup>

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1452.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1452.

Otro aspecto de la vida popular, un aspecto menos agradable pero al mismo tiempo pintoresco y de sumo interés, nos pinta el autor en sus descripciones del modo de vivir de los marineros. La descripción que nos hace del domicilio de la familia de Mocejón servirá bien para darnos una idea de esta existencia. Es interesante la manera en que Pereda describe la parte exterior de la casa, porque es una casa representativa del pueblo y la que nos pinta en este retrato es la misma en que vive Sotileza.

"Esta apreciable familia habitaba el quinto piso de una casa de la calle Alta (acera del Sur), que tenía siete a la vista, y cuya línea de fachada se extendía muy poco más que el ancho de sus balcones de madera."<sup>1</sup>

Pero lo interesante es el interior de la casa, que revela con toda claridad el oficio de sus habitantes. El retrato que nos pinta Pereda de las condiciones en que vivían los pobres marineros nos hace recordar escenas de las grandes ciudades de hoy día. Pero toda la atmósfera en que hemos de enfocar nuestra atención huele a sardinas, redes y otros útiles e implementos de pescar. A ver cómo el autor nos describe esta casa:

"...catorce eran las familias que se albergaban allí, cada una en su agujero correspondiente, con sus 'artes' de pescar, sus 'ropas de agua', sus cubos llenos de 'agalla' con arena para 'macizos', sus astrosos vestidos de diario y toda la brinque y todos los hedores que estas cosas y personas llevan consigo necesariamente. Ciertamente que los inquilinos que tenían balcón le aprovechaban para destripar en él la sardina, colgar trapajos, redes, mediomundos y 'sereñas', y que tenían la 'curiosidad' de arrojar a la calle, o sobre el primero que pasara por ella, las piltrafas inservibles, como si el goteo de las redes y de los vestidos húmedos no fuera bastante lluvia de inmunidad para hacer temible aquel tránsito a los 'terrestres' que por su desventura necesitaban utilizarle;..."<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1452.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1452.

De igual importancia para nuestro estudio de las costumbres del pueblo de mar es la descripción que Pereda nos hace de la comida en la casa de Mocejón, una escena que no es exactamente de las más agradables, como veremos al citar este fragmento:

"Cada cucharada de Mocejón parecía un carro de hierba; solamente su mujer le aventajaba, no tanto en cargarla como en descargarla en su boca... Cuando no había olla, cosa que no dejaba de ocurrir a menudo, si abundaban las sardinas, Silda consolaba el hambre con un par de ellas, asadas, con un gramo de sal, encima de las brasas; si no había sardinas, o agujas, o panchos, o rayas, o cualquier pescado de poca estimación en la plaza (de lo cual le daba la Sargüeta una pizca mal aliñada, o un par de pececillos crudos), una tira de bacalao o un arenque, por todo compañero, para el mendrugo de pan de tres días, o el pedazo de borona, según los tiempos y las circunstancias; fácil es presumir cómo serían sus almuerzos y sus cenas."<sup>1</sup>

Una de las escenas más interesantes es la que contiene la descripción de un cabildo, el sistema de gobierno empleado por esta rústica sociedad marinera, por medio del cual se administran los intereses comunes de los habitantes. Aunque es de sumo interés esta reunión de gente, tan llena de color local, sería imposible en este breve análisis hacer justicia a ella. Sin embargo, por medio de este capítulo dedicado a "Un Cabildo" Pereda nos hace ver otro aspecto de la gente de mar, en sus reuniones en que cada marinero tenía el derecho de expresar su propia opinión sobre cualquier asunto. La lista de preceptos aprobados por el Cabildo nos ofrece otro estudio muy interesante del aspecto social de los dos gremios de marineros y de las condiciones existentes en el Santander de aquella época. En el mismo Cabildo, la antigua costumbre de la leva, que cada año llamaba al servicio de la

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1452.

Armada a ciertos de los marineros de esta región, se trata. Este mismo tema le sirvió a Pereda para que escribiera en sus "Escenas Montañesas" el magnífico relato que es "La Leva" en que describe por primera vez la tristeza y toda la emoción de la despedida de los marineros que se vieron obligados a irse.

Otra nota de interés mencionada por Pereda es la costumbre de poner un mote por nombre a la mayor parte de los marineros. Pereda mismo nos dice que:

"tan frecuente es el mote entre las gentes de mar de este puerto, y tan avezadas están a oírse llamar por él, que en el gremio de pescadores ha habido quien desconocía su propio nombre de pila, y muchos que no le conocieron hasta que lo necesitaron para inscribirse en el libro de matrículas de mar."<sup>1</sup>

No hay más que fijarse en los nombres de los rapaces del Muelle-Anaos para ver la influencia de esta costumbre.

El capítulo titulado "Mariposas" nos ofrece otra cualidad del marinero santanderino, la limpieza, o mejor dicho, la falta completa de esta virtud. Dejemos que el autor nos describa en estas pocas palabras esta característica de la gente de mar:

"Entre las gentes marineras (y no se ofendan los de acá, porque el oficio que traen no es para otra cosa), una persona limpia es punto más rara que las peras de a tres libras."<sup>2</sup>

Nos hace mención de este aspecto de la vida de los marineros porque la limpieza personal en Sotileza forma un contraste muy fuerte con la suciedad que, según el autor, predomina en aquella sociedad.

Ya hemos analizado escenas en Peñas Arriba y en El Sabor de la Tierra en que hemos podido observar una característica de

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1474.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1499.

todos los habitantes de la provincia natal de Pereda, la honda religiosidad. Pero es en Sotileza que se nota la fe inquebrantable y el ejemplo más fuerte de este sentido religioso que en el carácter del pobre marinero predomina. No hay más que fijarse en el caso de Tío Mechelín y escuchar los diálogos entre los patronos para sentir la profunda devoción tan característica de cualquiera gente que corre el riesgo diario de la muerte en el mar. Una magnífica escena en que Tío Mechelín nos hace ver esta cualidad espiritual es la que citamos abajo:

"...llegaron éstos, en virtud de que la mar estaba como un espejo, a la isla de Mouro, no sin que Mechelín, siguiendo la diaria costumbre de los patronos de lancha, dijera, descubriéndose la cabeza en el momento de salir del puerto: 'Alabado sea Dios', y rezara y mandara rezar un Credo."<sup>1</sup>

Las costumbres y aficiones que Pereda nos describe en esta obra son tan variadas que estos mismos aspectos de la vida popular se prestan a un estudio de mucho interés. Sería interminable pretender discutir todos los elementos que forman parte de las costumbres populares de Santander, pero es preciso que nosotros mencionemos algunas, como, por ejemplo, cómo vivían las familias marineras, la significancia de tener su propia barquía entre la sociedad de la Calle Alta, cómo a veces salían familias enteras a la pesca de ciertas clases de pescado, las costumbres y vicios de los raqueros del Muelle-Anaos, la distinción social entre los dos cabildos, el de Arriba y el de Abajo, como se nota en el caso del matrimonio del hermano de Mechelín con una moza del Cabildo de Abajo. Podríamos seguir discutiendo otros aspectos

-----

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1525.

como, por ejemplo, las fiestas de San Pedro, la manera de pescar en esta región de España, las sencillas ideas del rudo clérigo Pae Apolinar, el teatro al cual asistieron las familias de la "alta sociedad" de Santander, el efecto que tenían las noticias de la regata y cómo se pelean las mujeres en la Calle Alta. Todos estos elementos trata Pereda en esta obra en que nos quiere presentar una idea muy exacta de la existencia de esta raza marinera del mar Cantábrico.

### El Lenguaje de Sotileza

Podemos agregar muy poco en tan breve espacio a lo que ya hemos dicho sobre esta novela de Pereda. Sería imposible negar que en ella el autor nos describe claramente todos los aspectos de la vida de los rudos marineros santanderinos. Sin embargo, antes de pasar al breve resumen de lo que hemos observado en Sotileza, debemos hacer mención del elemento al cual se atribuye en gran parte, en mi opinión, la fama de Pereda como escritor regionalista y costumbrista. Me refiero, por supuesto, al diálogo y el lenguaje local empleado por el autor en sus novelas. En el caso de Sotileza se encuentra una nota de más interés todavía. Al final de esta novela Pereda ha colocado un glosario que él titula "Significación de algunas voces técnicas y locales usadas en Sotileza para inteligencia de los lectores 'profanos'."<sup>1</sup> La existencia de este glosario o vocabulario de términos locales empleados en la novela es de tanta importancia que sería una tarea difícilísima emprender la lectura de la obra sin poder

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1601.

consultar tal guía. Para la persona de habla española sería muy difícil y para el extranjero como yo, casi una imposibilidad.

Los diálogos entre los marineros de Santander son tan llenos de colorido que sería una lástima abandonar el análisis de la novela sin hacer primero un sencillo examen del arte de Pereda en el diálogo regional. Como dice Clarín, refiriéndose al lenguaje empleado en las conversaciones entre sus personajes: "Sus diálogos populares son hace mucho tiempo modelo de verdad, gracia y fuerza;..."<sup>1</sup> La habilidad de Pereda de hacer que cada tipo hable como debe hablar o como el mismo autor desea que se exprese, es una de las cualidades más notables de nuestro escritor montañés. Ya hemos discutido el lenguaje del espolique Chisco, en Poñas Arriba, y hemos observado el gran número de términos locales que el autor emplea en su expresión tan pintoresca, pero en Sotileza existen unos tipos cuya manera de expresarse rivaliza mucho a la del guía montañés. Me refiero a Cleto y a Mocejón, dos de los mareantes más representativos que aparecen en la novela. Así explica Menéndez y Pelayo este talento de Pereda:

"No; Pereda no ha tenido necesidad de hacer estudio especial de la lengua de los marineros de la calle Alta para escribir Sotileza. Esa lengua la tiene él aprendida muchos años hace, no por dilettantismo erudito, sino porque ha vivido en perpetuo y desinteresado comercio con el pueblo."<sup>2</sup>

Son rarísimos los diálogos como los entre Pae Apolinar y los raqueros del Muelle-Anaos, y las hembras de Mocejón, en que se

-----

<sup>1</sup>Leopoldo Alas (Clarín). Nueva Campaña. Librería de Fernando Fe, Madrid, 1887. p. 147.

<sup>2</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 429.

notan todas las peculiaridades del lenguaje popular de esta región marítima. Como nos dice M. Romera-Navarro:

"El lenguaje de Pereda es riquísimo. Tiene cierto sabor arcaico; no porque usa palabras arcaicas, que no las usa, sino por el giro de la frase. Se parece más que el de ningún otro escritor moderno al lenguaje de Cervantes, por su fluidez, propiedad y vigor, por su perfecta fusión del lenguaje literario y del hablado, del lenguaje culto y del popular, con toda la espontánea abundancia de modismos, de dichos populares, de frases pintorescas y gráficas."<sup>1</sup>

En las opiniones de los famosos críticos que me he permitido citar se encuentra la esencia de lo que mis propias observaciones y estudios han descubierto. Pero debemos examinar brevemente unos de los ejemplos sobresalientes de la maestría de Pereda en el diálogo y en el empleo del lenguaje popular de la costa del mar Cantábrico. Son tan numerosos estos ejemplos del lenguaje de los marineros de Santander que es difícil saber cuál debemos escoger para presentar con más claridad los caracteres y rasgos principales del habla de esta región.

Claro que hay en cada escena un ejemplo del lenguaje local que merece un recuerdo, pero si citamos unos fragmentos de los diálogos entre Pae Apolinar y los rapaces del muelle, los de las mujeres de Mocejón y unas cuantas frases del valiente Cleto, podremos formar una idea más o menos exacta del modo de hablar de esta gente marinera porque en el habla de estas personas ya mencionadas destacan los elementos que debemos observar.

Es muy digna de notarse la escena en que Sotileza aparece en la novela porque en la misma escena tenemos un magnífico diálogo

---

<sup>1</sup>M. Romera-Navarro. Ob. cit., p. 570.

entre Pae Apolinar y varios de los huérfanos del Muelle-Anaos. Cuando la muchacha se presenta y Muergo se pone a echar carcajadas, el buen cura le dice:

---"A qué vienen esas risotadas, bestia, y esas palabrotas sucias, puerco?"---dijo el fraile mientras largaba los coscorriones.

---"Es la callealtera...! ju, ju, ju! ---respondió Muergo, rascándose el cogote, machacado por los nudillos de fray Apolinar.

---"La conocemos nosotros ---expuso Cole, palpándose la greña.

---"Que de poco se ajuega, si no es por Muergo ---añadió Sula.

Muergo volvió a reírse estúpidamente, y la muchacha tornó a hacerle burla.

---"Y por qué te ríes, ganso? ---dijo el fraile, largándole otro coquetazo---!Pues el lance es de reír!"<sup>1</sup>

Podríamos seguir citando páginas enteras de diálogos como éste que acabamos de citar, pero todo ello conduce a la misma conclusión, que es Pereda un maestro en el arte difícil de hacer hablar a los personajes como el ambiente y su condición se los exige.

Merecen colocarse en un lugar de importancia las conversaciones entre las mujeres de la Calle Alta, porque el lenguaje de las sardineras es quizás el mejor ejemplo del lenguaje crudo y pintoresco que entre esta gente marinera se habla. Escuchemos la voz de la Sargüeta, quien grita a su vecina y dice:

"Y esto te pasma? ...Y por eso te sofocas, inocente de Dios? ¡Pos bien a la vista estaba! ¡Delante de los ojos lo tenías! Pero con too y con eso, guarda el sofoco, que pueden ángunas que nos escuchan pedirte cuenta de lo que digas...! Porque aquí no habría gente de mal vivir si no hubiera sinvergüenzas que las taparan, puñales! Y delante de la cara de Dios, tan bribona es la que se vende por un pingajo como la que empondera...y de estas

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1442.

encubridoras hay aquí muchas, ¡puñalos! ¡Y esas son las que sonsacan a los hijos de familia pa meterlos en esas perdiciones y afrentar a las gentes de bien! ¡Esas, ésas!, ...!y por lo que chumpan! y lo que se les pega!..., ¡y lo que las vale!...!Así estoy yo sin hijo! ¡Así me le engañaron!..., ¡bribonas!"<sup>1</sup>

Estas palabras de la odiosa Sargüeta contienen mucho de interés para nuestro breve análisis del lenguaje de la Calle Alta, porque esta figura y su hija Carpia, una moza tan puerca como su madre, hablan un lenguaje difícilísimo de imitar y tan lleno de términos de los más vulgares y repugnantes. Sin embargo, es preciso tener presente que el habla de los rudos marineros y de las sardineras es nada más que su manera de expresar sus ideas y pensamientos que indican claramente el horizonte tan limitado de la inteligencia marinera.

Antes de pasar a la parte final de nuestro sencillo análisis de Sotileza, examinemos el lenguaje del hijo de Mocejón, el rudo pretendiente de Silda, quien se declara a la muchacha así:

"Un ratuco me queda no más, Sotileza. A aprovechale vengo pa saber el sí u el no; porque sin el uno u el otro no salgo de Santander aunque me arrastren...Y mírate bien antes de hablar...Con el sí, no habrá trabajos allá que me asusten; con el no, me voy pa no golver...!Lo mesmo que la luz de Dios que nos alumbra!"<sup>2</sup>

En este sentido discurso de Cleto encontramos otro ejemplo del lenguaje popular de esta región costeña y con estas palabras del valiente mareante llegamos al final del examen del modo de hablar en el Santander marinero. Para tener bien claras las varias

---

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1562.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1599.

características del lenguaje local, consultemos a Menéndez y Pelayo de nuevo, quien expresa esta opinión sobre el lenguaje de los marineros santanderinos en Sotileza: "Esa lengua tan palpitante y tan densa, que tan diversos matices adquiere, ya el de brusquedad estúpida y semi-salvaje en Muergo, ya el de dulcísima elegía en labios de Cleto, ya el de patriarcal ternura en boca del tío Mechelín y de su mujer..."<sup>1</sup> A mi parecer, el empleo del lenguaje local en Sotileza ha contribuido mucho a la fama que la novela ha adquirido y nos ofrece el mejor ejemplo del modo de hablar de la rústica gente de la costa cantábrica.

Ya hemos examinado, aunque con demasiada brevedad, los aspectos principales de la vida popular de esta región de España, el Santander marinero, y espero que el lector tenga, por medio de los pasajes citados, una idea de lo que constituye esta fase del arte regionalista de José María de Pereda. Además de rendir homenaje a esta raza marinera, el autor ha logrado pintarnos con su característica precisión, la vida, las costumbres, el lenguaje y todo lo que forma parte de la existencia humana de esta región.

A mi juicio, Pereda ha descubierto al mundo literario la vida de esta parte de su provincia natal, y ha cumplido indiscutiblemente con todo lo que se propuso. Nos advierte en su advertencia, que viene al final de la novela, que nos quiere cantar "las nobles virtudes, el mísero vivir, las grandes flaquezas, la fe incorruptible y los épicos trabajos del valeroso

-----

<sup>1</sup>Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 429.

y pintoresco mareante santanderino".<sup>1</sup> Y nos hace una pregunta, la cual me parece muy apropiada con qué terminar este análisis: "Es comparable este valor pasivo y desinteresado con la fiebre ambiciosa de los hombres que acompañaron a Colón en su primer viaje...?"<sup>2</sup> Aunque es una pregunta difícil de contestar, en muchos aspectos Pérez Galdós, en su discurso ante la Real Academia Española, la contestó cuando se refirió a los mismos marineros y dijo: "El sentir y pensar de los marinos son casi idénticos en todas las regiones donde hay mar, como éste habla la misma lengua, con más o menos estruendo, en todas las costas y cantiles en que rompe o extiende sus olas."<sup>3</sup> La respuesta sería una cosa personal, pero, como dice el famoso novelista canario, el valor es una cualidad universal, tanto en el marinero de Santander como en cualquier otro mareante del mundo.

Para entender mejor lo que Sotileza significa para los propios santanderinos, permitamos que nos hable otro famoso montañés, Don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, en estas palabras tan oportunas, explica lo que significa para él la epopeya del mar Cantábrico que es Sotileza:

"Ya no morirá la calle Alta, aunque acaben de caer las pocas casas viejas que le restan en pie, porque consagrada queda en el arte hasta la menor de sus piedras. Y cuando se extingue hasta el último resto de aquella raza marinera, de la cual en otra ocasión he escrito

<sup>1</sup>José María de Pereda. Ob. cit., p. 1600.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 1491.

<sup>3</sup>Benito Pérez Galdós. Discursos Leídos Ante La Real Academia Española. Tip. de la Viuda e Hijos de Tello, Madrid, 1897. p. 175.

que 'en la Edad Media daba caza a los balleneros ingleses en los mares del Norte y ajustaba tratados de paz y de comercio con sus reyes', todavía vivirán en un libro de sólida e indestructible fortaleza ciertos nombres y reminiscencias que tienen virtud de conjuro, como todo lo que toca la vara mágica del arte.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Marcelino Menéndez y Pelayo. Ob. cit., p. 433.

## Conclusiones

Con este somero análisis de las características del regionalismo de D. José María de Pereda, llegamos al punto culminante en que sólo me resta aseverar la crítica y opinión que tienen de él prestigiados escritores y novelistas. A las opiniones de los más doctos entre los eruditos me atrevo a agregar las mías, formadas todas por medio de examinar en mi sencillo estudio la obra literaria del famoso escritor montañés. Según el título de esta parte final de la tesis, debemos llegar a unas conclusiones que servirán para darnos una idea más precisa de los componentes principales del arte regionalista del autor. Con este fin, pues, me propongo recapitular los puntos más salientes que debemos tomar en cuenta al finalizar este brevísimo estudio.

Cuáles son, pues, los rasgos esenciales de este regionalismo de Pereda? Es ésta, a mi modo de ver, la pregunta que debemos contestar, tomando en cuenta todo lo que hemos observado a través de este sencillo análisis de sus obras más representativas. Si logramos contestar satisfactoriamente esta pregunta, podremos formarnos clara idea del gran valor que encierran las novelas examinadas en este simple ensayo.

Para entender bien las obras de Pereda, hay que examinar primero al hombre, porque puede decirse que este autor, siempre acostumbrado a contemplar desde la infancia la región que nos describe, tiene el alma impregnada de la belleza natural y de la sencillez de esta rústica comarca que es su provincia natal. Por eso, las descripciones que en sus obras abundan, no son las de

un escritor desinteresado sino las de un hijo de la Montaña, en cuyo corazón está encerrado un amor profundo por todo lo que forma parte de este terruño que lo vió nacer. Por esto, hemos podido notar un hondo sentido regionalista en toda su producción literaria, un sentido que proviene esencialmente del ambiente en que pasó la mayor parte de su vida.

Hay que tener presente que nuestro autor, igual que todos los habitantes de esta región, vivió siempre en íntima relación con la misma Naturaleza que es, en muchos aspectos, el personaje central de sus obras. Tomando en cuenta este hecho, podemos seguir con el resumen de los caracteres principales observados en nuestro estudio del regionalismo perediano.

Merecen colocarse en primer lugar en este sencillo resumen, el afán y la maestría de Pereda en la descripción de toda la escena natural que tiene ante sus ojos. Cada obra nos brinda una serie de paisajes que son magníficos. Podríamos citar docenas de ejemplos del talento de Pereda en lo descriptivo: los prados y las mieses de El Sabor de la Tierrauca, "El Puerto" y "Peña Sagra" de las salvajes alturas de Peñas Arriba y el mar tempestuoso de Sotileza son escenas ejemplares de las que en sus obras abundan. La impresión que despertó en su alma el contemplar todos los encantos y la belleza de su tierra natal es la misma que nos pretende describir en su obra literaria. Dice el gran erudito Menéndez y Pelayo que Pereda "ha traído a sus libros la Montaña entera" y yo creo que puede decirse lo mismo

del mar Cantábrico, porque las obras en que trata del mar cuentan con escenas de igual vigor y fuerza descriptiva. Por medio de su observación tan aguda, Pereda logra describirnos en detalle todos los aspectos del paisaje y nos hace ver la Naturaleza en todas sus manifestaciones. Podemos decir que las obras del famoso montañés son álbumes de magníficos cuadros en que el autor nos ha dejado un sinnúmero de ejemplos demostrativos de su gran talento como paisajista, un talento que es, para mí, uno de sus más altos méritos.

En su poder creador de tipos representativos de su provincia tenemos otro aspecto de la habilidad de Pereda. Aunque sus obras siempre tienen por fondo los paisajes naturales de la Montaña y del mar, el novelista nos habla por medio de los diferentes personajes que ha trazado como bocetos de un gran pintor de tipos humanos. No hay más que fijarse en los personajes que ha creado en sus obras, tipos como Don Pedro Mortera, el Señor de Provedaño, Don Celso, Don Sabas, Chisco, Tío Mechelín, Mocejón, la Sargüeta, Pae Apolinar, Cleto y otras figuras inolvidables, para encontrar la prueba clarísima de la capacidad creadora de nuestro autor. Que sus personajes son reales y captados todos en su ambiente natural, es, a mi juicio, innegable. Porque la obra de Pereda es, para mí, un monumento eterno dedicado a los "héroes anónimos" que forman el pueblo montañés y el marinero. Espero que las citas que hemos hecho muestren bien este aspecto del arte regionalista de nuestro autor, el aspecto humano que constituye

un elemento importantísimo del gran valor de su obra. La maestría de Pereda como creador de tipos rivaliza, a mi parecer, y a veces iguala su talento como fiel observador y pintor de la Naturaleza.

Ahora debemos considerar al Pereda costumbrista, porque el autor sigue siempre en su intento de realzar lo típico y popular de su querido Santander, dejándonos un magnífico grupo de pinturas de la sociedad provinciana, con sus costumbres tan pintorescas. Además de pintarnos los aspectos más interesantes de la vida regional, tan llenos de colorido, nos relata ciertos episodios interesantísimos, como, por ejemplo, la caza de los osos y la nevada en las montañas en Peñas Arriba, la derrota y el mercado de la villa en El Sabor de la Tierruca y la regata y las escenas superbas del Muelle-Anaos en Sotileza. Pereda posee el don de poder pintar la existencia diaria de un pueblo, observando los más nimios detalles como si fueran los aspectos principales. No más que fijarse en escenas como las de la deshoja en El Sabor de la Tierruca, las tertulias en casa de Don Celso en Peñas Arriba y la descripción del Cabildo en Sotileza para encontrar nuevamente la prueba de su gran talento como pintor de costumbres regionales. Su deseo de presentarnos con toda claridad la vida provinciana resulta en la fiel reproducción del ambiente y la atmósfera en que viven los pintorescos habitantes de la Montaña y de la costa del Cantábrico.

Sería imposible hacer un resumen de las características del arte regionalista de Pereda sin hacer mención del lenguaje que

emplea con tanta maestría en los diálogos y en las conversaciones entre sus personajes. Puede afirmarse, en mi opinión, que uno de los méritos indiscutibles de Pereda es su talento como dialoguista, por medio del cual hace hablar a los tipos como Chisco, Muergo, Pae Apolinar, Cleto, la Sargüeta y su hija Carpia, Resquimín y la lista interminable de personajes que aparecen en la escena, con su habla tan arcaica y tan pintoresca. Podemos convencernos de la maestría de Pereda en el arte difícil de hacer que cada personaje hable como debe hablar, con sólo recordar los diálogos entre el espolique Chisco y Marcelo en Peñas Arriba, entre Pablo Mortera y Nisco en El Sabor de la Tierruca y entre el buen cura Pae Apolinar y los raqueros del Muelle-Anaos en Sotileza. Para mí, su empleo del lenguaje popular constituye uno de los elementos esenciales de su arte regionalista que le ha traído tanta fama literaria. La expresión fácil y espontánea se puede notar en cualquiera página de sus obras, y a veces el vigor y la fuerza de los pasajes son tremendos.

Además de los cuatro elementos predominantes en la obra de Pereda, el paisaje, los tipos provincianos, las costumbres tan pintorescas y el lenguaje popular empleado por el autor, debemos señalar las demás características que han hecho que Pereda sea considerado como uno de los novelistas regionalistas más importantes de la literatura española. Nuestro deseo de precisar los caracteres salientes del regionalismo no mencionados en la primera parte de este sencillo resumen, nos obliga a fijarnos en este

grupo de elementos que se notan en la obra literaria de Pereda. Debemos mencionar la religiosidad que se revela en cada obra del autor, profunda y siempre presente, el don de ajustarse al ambiente y la atmósfera en que se desenvuelve la acción de la obra, la sencillez que caracteriza cada escena y cada episodio que nos relata, una nota histórica por medio de la cual Pereda nos permite conocer mejor la historia de su provincia natal. A esta lista podemos agregar también el elemento humano y a la vez universal que se exhibe en la presentación de sus personajes, su conocimiento del alma humana, prueba clara de que sí conoce a fondo a la gente que nos pinta, la perfección del diálogo popular del mar y de la Montaña que ya hemos mencionado en nuestro resumen. Sin embargo, antes de finalizar este breve análisis, deseo mencionar otro elemento que es, para mí, de sumo interés. Me refiero al españolismo de Pereda, quien, a pesar de ser escritor regionalista, siempre revela en sus obras su devoción a su patria, y a su "patria chica" que es su querido Santander de antaño. Numerosos son los escritores, como, por ejemplo, Emilia Pardo Bazán, que han criticado la obra de Pereda por ser tan limitada. Claro que Pereda limita su atención a las fronteras naturales de su provincia, que son las salvajes cumbres de la Montaña y la costa del Cantábrico, pero esta limitación tiene también sus ventajas, en mi opinión, porque permite al autor que concentre todos sus esfuerzos en la presentación de magníficas obras como Sotileza, Peñas Arriba y El Sabor de la Tierruca.

En suma, y para terminar nuestro resumen, podemos decir con toda seguridad que es Pereda la encarnación de todo lo orgulloso y cristiano, mostrándose uno de los más devotos cantores de la belleza natural, sea de las montañas y los prados de su nativo Polanco, o la de la inmensa extensión de mar que es el Cantábrico. Su único deseo es el de descubrir al mundo literario esta pequeña región de España que lo vió nacer, y al dedicarse a la tarea que se propuso, ha logrado enriquecer la literatura española con las obras que en este sencillo estudio hemos examinado.

En conclusión, debemos recordar las palabras de otro famoso montañés, Marcelino Menéndez y Pelayo, pronunciadas éstas durante la inauguración de un monumento a Don José María de Pereda en Santander: "Pereda no fué sólo montañés de linaje, de nacimiento, de corazón y de costumbres, enamorado ciegamente de la tierra nativa y morador perpetuo de ella. Su genio de artista, primitivo y sincero, se compenetró de tal modo en el alma de su raza y ahondó tanto en los misterios del paisaje nativo, que, al traducirlos en hojas que no han de morir, hizo su nombre inseparable del nombre de su tierra, incorporado por él a la geografía poética del Universo."<sup>1</sup> Con estas sentidas palabras del famoso erudito español, llegamos a la conclusión de nuestro sencillo estudio del regionalismo de Don José María de Pereda, tal como se revela en las tres novelas que comprende este breve ensayo.

---

<sup>1</sup>Marcelino Menéndez y Pelayo. Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria. Tomo VI. S.A. De Artes Gráficas, de Santander, 1927. p. 394.

## BIBLIOGRAFIA

- Alas, Leopoldo (Clarín). Nueva Campaña. Madrid; Publ. Librería de Fernando Fe, 1887.
- Alonso, Martín. Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo. Madrid; M. Aguilar, 1947.
- Baquero, Gómez de. Crónica Literaria; Don José María de Pereda, en "La España Moderna". abril de 1906.
- Barja, César. Libros y Autores Modernos. Los Angeles, California; Campbell's Book Store, 1933.
- Bassett, Ralph Emerson. Pedro Sánchez (Introducción). Nueva York; Ginn y Cía., 1916.
- Bazán, Emilia Pardo. La Cuestión Palpitante, ra. Edición. Madrid; A. Pérez Dubrull, 1891.
- Capdevila, Arturo. El Pensamiento Vivo de Galdós. Buenos Aires; Editorial Losada, 1944.
- Contreras, Luis Ruiz. La Novela en el Teatro, Cartas del Sr. D. José María de Pereda. Barcelona; F. Grandada y Cía., 1900.
- Cossío, José María de. Obras Completas de José María de Pereda. (Estudio Preliminar). Madrid; M. Aguilar, 1945.
- . La Obra Literaria de Pereda. Su Historia y Su Crítica. Santander, 1934.
- Del Castillo, Antonio Cánovas. La Literatura Española en el Siglo XIX, Tomo II. Madrid; Saens de Jubera, Hnos, Editores, 1891.
- Fitzmaurice-Kelly, Jaime. Historia de la Literatura Española., 5a Edición. Buenos Aires; Ediciones Anaconda, 1942.
- Galdós, Benito Pérez. Discursos Leídos Ante La Real Academia Española. Madrid; Tip. de la Viuda e Hijos de Tello, 1897.
- . Obras Completas de José María de Pereda. (Prólogo a El Sabor de la Tierra). Madrid; M. Aguilar, 1945.
- Jünemann, Guillermo. Literatura Universal, 5a Edición. Berlin; Editor, Pontificio R. Herder en Friburgo de Brisgovia, 1912.

- Lomba, José R. "D. José María de Pereda", Cultura Española, III. 1906.
- Lynch, Hannah. Contemporary Review. February, 1896. Vol. LXIX.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. Estudios de Crítica Literaria, 5a Serie, Tomo V. Madrid: Lib. y Casa Edít. Hernando, 1927.
- Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria. Tomo VI. Santander: Aldus S. A. de Artes Gráficas, 1941.
- Merimée, Ernesto. Historia de la Literatura Española. México, D. F.: Ed. Botas, Segunda Edición, 1948.
- Montero, José. Pereda. Madrid: Imp. del Instituto Nacional de Sordomudos y de Ciegos, 1919.
- Montoliu, Manuel de. Historia de la Literatura Castellana. 5a. Ed. Barcelona: Editorial Cervantes, 1947.
- Northup, George Tyler. Introducción To Spanish Literature. Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 1925.
- Palencia, Ceferino. España Vista Por Los Españoles. México, D. F.: Almendros y Vila, Editores, S. A., 1947.
- Pereda, José María de. Obras Completas. Madrid: M. Aguilar, Editor, 1945.
- Discursos Leídos Ante La Real Academia Española. Madrid: Tip. de la Viuda e Hijos de Tello, 1897.
- Perés, Ramón D. Historia de la Literatura Española e Hispano-Americana. Barcelona: Ed. Sopena, 1947.
- Pfandl, Ludwig. Pereda, der Meister des Modernen Spanischen Romans. Hamburgo: 1932.
- Prat, Angel Valbuena. Historia de la Literatura Española. vol. II. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1946.
- Ragucci, Rodolfo. Letras Castellanas. Buenos Aires: Sociedad Editora Internacional, 1944.
- Romera-Navarro, M. Historia de la Literatura Española. Nueva York: D. C. Heath y Cia., 1928.
- Ruiz, V. C. Eguía. "Un Novelista Original: Pereda" en Literaturas y Literatos, Primera Serie. Madrid: Saenz de Jubera, Hnos., 1914.

Tannenberg, Boris de. "Pereda", en L'Espagne Littéraire (Primera Serie). Paris: 1903.

-----. Ecrivains Castellans Contemporains: J. M. de Pereda, en "Revue Hispanique", vol. V. 1898.

Revista: Mundo Hispánico, "Las Famosas Regatas en el Cantábrico", Agosto, 1948. Madrid.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS